

EL COJO ILUSTRADO

Año XIII

15 DE NOVIEMBRE DE 1904

Nº 310

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUALB. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALS



Japoneses perdidos en un campo de la Manchuria

LAS MADRES DE LOS GRANDES ESCRITORES



En la sombra de que voluntariamente se hallan rodeadas, las madres de los grandes escritores merecen, á mi juicio, nuestra atención. Fueron ellas las inconscientes intermediarias que el destino escogió para

crear los genios. Dieron al niño la vida carnal, y, más tarde, reciben de él la vida del espíritu, se convierten en confidentes de ensueños, en consoladoras de decepciones. Sin ninguna preparación, tan sólo por la fuerza de su amor, muchas de ellas han comprendido la organización complicada del artista, le han prodigado los mimos de que ha menester este eterno convaleciente.

Los celos maternos que tan á menudo se ejercitan contra las gentes, rara vez se vuelven contra el arte. En esto hay tal vez un egoísmo no confesado. El arte defiende al artista contra la mujer, á la cual sólo deja el segundo papel. Está, mal resignada, pretende invadir los dominios que no le están reservados, y de estos disentimientos sale el hombre lacerado para volver á acercarse á su madre.

Las madres de los hombres ilustres son algo así como las abuelas venerables de la familia de elección que escogen para sí los jóvenes entre sus mayores. Forman un batallón sagrado: madres venturosas que se han ido las primeras, dejando á su hijo vivo y lleno de gloria; madres doloridas que sobrevivieron al fruto de sus entrañas y cuyo duelo se aumenta con el pesar inmenso de la obra inacabada.

En el óvalo de un marco un tanto pasado de moda aparece la graciosa y tierna cara de la señora de Lamartine. Los comienzos de su vida estuvieron llenos de obstáculos. A pesar de oposiciones de familia había hecho un casamiento de amor. Separada de su marido, preso durante el Terror, pasó momentos de angustia. El 9 termidor puso fin á sus días de prueba. Se instaló con su marido en la vivienda familiar de Milly y vivió apaciblemente rodeada de sus hijos, cinco niñas y un niño.

Desempeñó un gran papel en la educación de ese hijo que estaba destinado á ser ilustre; para decir verdad, ella lo formó. «Mi pensamiento—escribe éste en sus *Confesiones*,—siempre en comunicación con el de mi madre, se desenvolvía, por decirlo así, dentro del suyo. Las otras madres sólo llevan á su hijo nueve meses en el seno; puedo decir que la mía me llevó doce años en el suyo, y que he vivido dentro de su vida moral como viví de su vida física en sus entrañas, hasta el momento en que de ellas fui arrancado para ir á vivir la vida pútrida ó cuando menos glacial de los colegios. Leía al través de sus ojos, sentía por entre sus impresiones, amaba al través de su amor. Ella me lo traducía todo: la naturaleza, el sentimiento, la sensación, los pensamientos. Sin ella nada habría podido deletrear de la creación que tenía ante los ojos; pero ella me ponía el dedo sobre todas las cosas. Su alma era tan luminosa, tan coloreada,

tan cálida, que no dejaba tinieblas ni frío sobre nada. Al hacerme comprenderlo todo poco á poco, me hacía amarlo todo al mismo tiempo. En una palabra, la instrucción insensible que recibía no era una lección: era la propia acción de vivir, de pensar y de sentir lo que á sus ojos realizaba yo, con ella y por su medio».

Esta solicitud materna acompañó á Lamartine durante toda su vida.

Después de ese viaje á Italia en que conoció á Graziella, volvió á Macón donde habitaba entonces su familia durante el invierno. Su madre comprendió en el acto lo que esa vida triste y estancada de un rincón de provincia tenía de odioso para un joven.

Hé aquí las palabras con que lo recibió: «Sabes que mi felicidad es verte á mi lado, y sin embargo te quiero antes de quererme á mí misma, y con todo y sentirme tan dichosa de volverte á ver, no puedo dejar de afligirme y asustarme por tu regreso».

Lamartine nos ha trazado el retrato de esa madre exquisita: «Su superioridad no estaba en su cabeza, sino en su alma: En el corazón es donde Dios ha colocado el genio de las mujeres, porque las obras de ese genio son siempre obras de amor. Ternura, piedad, valor, heroísmo, abnegación constante de sí misma, serenidad sensible, pero dominando por la fe y la voluntad lo que en su alma sufría: tales eran los rasgos de ese genio elevado, que notaban en su vida y no en sus obras escritas, todos los que á ella se acercaban. A su lado, tan sólo por el atractivo era que uno se sentía dominado. Era una superioridad que sólo se reconocía adorándola».

Ana Carolina Justina Fleuriot nació en 1794 en Pont-l'Éveque. Huérfana, fué confiada á dos antiguas maestras de Saint-Cyr que dirigían un pequeño colegio en Honfleur. Un alumno de Dupuytren, Cleofás Flaubert, vino á Rouen para descansar de una labor exagerada. El joven se enamoró de la gracia frágil de aquella niña de trece años, grave, apasionada, con sus ojos sombríos y sus largos cabellos negros. Adivinó la pequeña alma tierna de la niña y pidió su mano. Aceptada su petición, quiso que su novia volviese al colegio para terminar sus estudios. Cuando se casó con la señorita Fleuriot, Flaubert conoció la dicha rara de tener una mujer que no había desperdiciado su sensibilidad en pasioncillas; todos los minutos de su vida sentimental pertenecían á su marido que se mostró digno de esa ternura.

El nuevo matrimonio se instaló modestamente, primero, y después con más desahogo, cuando el doctor Flaubert fué nombrado cirujano en jefe del Hotel-Dieu.

Gracias á los recuerdos que nos han sido relatados, hemos podido reconstituir la fisonomía moral de la que Flaubert llamaba cariñosamente «mi querida vieja».

Educada en un medio libre pensador, la señora Flaubert siguió siendo deísta como Voltaire y Rousseau. Hizo bautizar á sus hijos en la religión católica. Después que hicieron su primera comunión, dejaron de practicar y se les dejó en toda libertad de conciencia. La señora Flaubert no buscaba en sus hijos la intimidad de

alma que es el consuelo de las mujeres mal casadas. Nunca se alteró la paz de su hogar, jamás tuvo disentimientos con su marido; así fué que cuando éste murió tuvo un inmenso dolor. Poco después perdió á su hija, casada con M. Hamard.

Entonces la señora Flaubert se retiró á una quinta que su marido había comprado, el Croisset, y se instaló con su hijo Gustavo y su nietecita.

Gustavo Flaubert tenía veinticinco años, y se había consagrado por entero á las letras.

¿Cómo iba á hacer la madre, ya en edad avanzada, para conformarse con una existencia común con su hijo, cuyas opiniones extremistas diferían totalmente de su propia manera de pensar?

Más feliz, la señora Flaubert habría sido quizás menos comprensiva; pero se acercaba á su hijo sensibilizado por el dolor. Sin esfuerzo se convirtió en una admirable madre de escritor, papel difícil entre todos los papeles.

Se ignora cuánta abnegación han menester los que viven con un artista ó cerca de él. Han de tener, en primer lugar, la fe absoluta, que es la llama de que se alimenta el arte, la abnegación humilde é inteligente para descargar de la vida material á esos seres inaptos para ocuparse de ella. Hay que rodearlos de silencio, no del silencio que cae pesadamente sobre los ensueños y los aplasta, sino de un silencio amigable en el cual puedan esponjarse sin desconfianza.

La señora Flaubert supo adaptarse á ese papel; su personalidad evolucionó á una edad en que, de ordinario, no se modifica. No deseaba que su hijo se casase, segura como estaba de que ninguna mujer sabría resignarse á ocupar el segundo lugar en la vida de ese escritor apasionado, que amaba el arte como una religión. Se ignora sin duda que gracias á las instancias de su madre fué que Gustavo publicó *Madame Bovary*. El, desdeñoso de la consagración del público, habría guardado en su gaveta la obra que perfeccionaba por escrúpulo artístico. Y la novela, edificada durante tantos años de labor, no fué comprendida. Ese prurito que tienen los mediocres de rebajar lo que no pueden alcanzar, inspiró un procesoruidoso del cual Flaubert salió victorioso. Su madre había guardado intacta su admiración por el libro de que presentía la belleza.

La guerra de 1870 emocionaba dolorosamente á la señora Flaubert. Ante el cambio de su «querida vieja», Flaubert pensaba en la muerte. Hizo confidencias á Jorge Sand: «¡Lo peor de la invasión para mí, es que mi pobre y buena madre ha envejecido diez años! ¡Qué cambio! Ya no puede andar sola y tiene una debilidad que aflige. ¡Qué triste es ver cómo los seres queridos se desmoronan poco á poco!»

Estas aprensiones se realizaron. El 6 de abril de 1872, la señora Flaubert se extinguió después de una cruel agonía. Flaubert expresaba así la angustia de su soledad:

«He comprendido desde hace quince días que la pobre viejecita de mi madre era el sér que más he querido. Estoy como si me hubiesen arrancado una parte de las entrañas».

En el mismo año que Gustavo Flau-



ALARMA. — Por J. Bretón

bert, había nacido en Rouen la que debía ser madre de otro escritor ilustre. Laura Le Poittevin y Gustavo Flaubert, fueron, por decirlo así, educados juntamente.

A los veinte años Laura Le Poittevin era una muchacha alta y bella que revolucionaba á todo Fecamp. Se la juzgaba «excéntrica». Montaba á caballo, fumaba cigarrillos, leía á Shakespeare.

Muy bella, muy rica, su mano había sido muy solicitada. A los veinticuatro años se decidió á aceptar la proposición de Gustavo de Maupassant, joven hidalgo de los alrededores, muy seductor. Fué un matrimonio de amor; pero estos dos seres no habían nacido para entenderse. La joven esposa tenía un alma grave y leal; el marido velaba con una exterioridad seductora, su medianía intelectual y su debilidad de carácter que lo arrastraba de aventura en aventura.

La maternidad consoló á la señora Maupassant de sus tristezas de esposa; el 5 de agosto de 1850 su hijo Guy vino al mundo y dos años después nacía Hervé.

Sin embargo, la joven señora juzgó que su dignidad le exigía dejar á ese marido cuya liviandad se agravaba. La separación se verificó con elegancia, sin debates judiciales. Laura de Maupassant se retiró á su quinta de Etretat y se encargó de la primera educación de sus hijos.

Pensó que el mayor sería un buen escritor. Hizo como el jardinero que, viendo nacer la frágil planta rara, la desembaraza de malas yerbas y la cuida con precaución. Volvió hacia el arte—eso sol del talento—los gérmenes de ideas metidos dentro del alma del pequeñito, lo

libró de las luchas que malgastan tanta energía, permitió, en fin, que emplease todos los instantes de su breve existencia en la edificación de la obra.

Y entonces nació entre la madre y el hijo, no una de esas afecciones en que el uno da y el otro recibe, sino una ternura recíproca. El escritor á quien se ha dado fama de egoísta, renunció á un viaje con Huysman para quedarse acompañando á su madre. Más tarde, cuando por causa de enfermedad tuvo que instalarse en el sur, Guy abandonó á París, las amistades literarias, para seguirla á Antibes y á Canas. La señora de Maupassant, que vino á ser la confidente nunca hastiada, no se limitaba á admirar, sino que se penetraba de la obra que criticaba juiciosamente. Sólo á ella era confiada la delicada tarea de corregir las pruebas.

Dos grandes pesadumbres debían despedazar la vida de la señora de Maupassant, primeramente la muerte de su segundo hijo Hervé, después la enfermedad del mayor, sorprendente para todos aquellos que conocieron la robusta salud física y moral del escritor. Ella asistió á la agonía de aquella alma genial, y tuvo que recibir la muerte definitiva de Guy casi como una liberación.

Entonces se retiró á Niza, en ese valle Saint-Maurice que enlutan las montañas veladas de cipreses.

Condenada á permanecer acostada, casi ciega, engañaba su enfermedad de vivir ocupándose en la obra póstuma de su hijo de que dirigía la publicación. Conservó hasta el fin una lucidez maravillosa. Murió el 8 de diciembre de 1903.

Ahora la casita blanca está definitiva-

mente cerrada; pero en el estrecho jardín, los grandes iris blancos y cárdenos renacerán en sus tintas de duelo y su ligero perfume parecerá la supervivencia de un alma emocionante.

Hay otra madre de gran escritor de la cual apenas se atreve uno á hablar. El hijo conserva su recuerdo en el alma, celosamente, como en un santuario cerrado, y parece una profanación el solo hecho de entreabrir las puertas.

En dos de sus libros apenas se la ve pasar, voluntariamente esfumada, y sin embargo se adivina la importancia que tuvo en el hogar esta silenciosa y grave silueta, y también el lugar que ocupó en el corazón de ese hijo que sufre al levantar el velo que cubre su imagen ante ojos indiferentes.

Después de quebrantos de dinero, la señora Viaud, la madre de Lotí, había dejado la *Isla* (la isla de Olorón) para ir á instalarse en la morada familiar de Rochefort, casa de provincia modesta que olía á austeridad hugonota. Allí vivió con su marido, su madre, su suegra, la tía Berta y la hermana Clara.

Tomamos de la obra de Lotí las páginas llenas de emoción en que habla de esta madre tan querida: «Se abrió la puerta y mi madre entró sonriente. ¡Oh, qué bien que la reveo todavía, tal como se me apareció allí, en el marco de aquella puerta, llegando acompañada de un poco del sol y del aire del exterior! Todo lo vuelvo á ver, la expresión de su mirada al encontrarse con la mía, el sonido de su voz, hasta los detalles de su traje que hoy parecería tan raro y anticuado. Volvía de hacer alguna excursión

matutina. Llevaba un sombrero de paja con rosas amarillas y un chal de barés lila, sembrado de ramilletes de un morado más oscuro. Sus rizos negros—sus pobrecitos y queridos rizos que no han mudado de forma, pero que ¡ay! están ahora disminuidos y enteramente blancos—no tenían entonces mezcla de ningún hilo de plata. Despedía un olor de sol y de verano que había tomado fuera. Su cara, encuadrada aquella mañana por el sombrero de gran lazo, la tengo del todo presente en la memoria.

«Junto con un ramo de jacintos rosados me traía un cacharrito para agua y una jofainita de muñeca, imitada en extrema miniatura de esas porcelanas con flores que poseen las buenas gentes de las aldeas.

«Se inclinó sobre mi cama para besarme y entonces ya no tuve deseos de nada, ni de llorar, ni de levantarme, ni de salir; ella estaba allí y esto me bastaba, me sentía enteramente consolado, tranquilizado, cambiado por su bienhechora presencia.

«Yo debía de tener un poco más de tres años cuando esto sucedió y mi madre alrededor de cuarenta y dos; pero yo no tenía la menor noción acerca de la edad de mi madre, nunca me vino siquiera la idea de preguntarme si era joven ó vieja; y tan sólo un poco más tarde noté que era muy bonita. ¡No, en aquel tiempo, era ella, y se acabó! Era como una cara única, que yo no trataba de comparar con ninguna otra, de la cual irradiaba para mí la alegría, la seguridad, la ternura; de donde emanaba todo lo que era bueno, inclusive la fe naciente y la oración....

«Quisiera, en la primera aparición de esta cara bendita en este libro de recuerdos, saludarla con palabras distintas, si fuere posible, con palabras hechas para ella, de esas que no existen, palabras que por sí solas hicieran derramar lágrimas bienhechoras, que tuvieran no sé qué dulzura de consuelo y perdón, y que encerrasen también la esperanza obstinada, siempre y á pesar de todo, de una reunión celestial sin fin....»

Durante los años en que Lotí recorría el mundo, la querida mamá, viuda, y la tía Clara permanecieron solas, «paseando sus faldas negras é iguales en aquella querida morada casi vacía y silenciosa como una tumba».

Y á cada regreso, Lotí encontró á las dos guardianas del hogar, á las dos madres tan dulces y amantes, hasta el día en que el hogar se halló definitivamente vacío.

Por esta vez dejaremos la galería de las madres que todas tienen entre sí una semejanza y aparecen un poco esfumadas. Ellas no son ya individualistas, sino el amor, la bondad, la abnegación. El hijo no está ya en su seno, pero siempre se halla en su corazón y en su pensamiento. Sus ojos, fijos en él, resbalan distraídos sobre las cosas vecinas. Se callan para escuchar las voces nuevas y, acordándose de haber guiado los primeros pasos de las piernecitas vacilantes, conservan al través de la vida un ademán lento y grave. No son tristes como las lámparas de los muertos; sino que lámparas de vivos, permanecen atentas y precavidas. Y por esto es que á partir de la maternidad, la vida de estas mujeres sólo es ya la vida de sus hijos.

TONY D'ULMÉS.



LA VIDA

La vida es hermosa para muchos hombres, cuando unida á la fortuna, á las comodidades, tienen un espíritu frívolo y un cerebro de zoofito. Para ellos la vida se reduce á comer y beber bien, á entregarse á mancebías baratas ó caras, lícitas ó ilícitas, á dormir y por último morir. En verdad que este es el modo más razonable de pasar la vida, á pesar de ser la forma en que menos empleo tiene la razón, ese trasto viejo que los necios queremos adaptar á todos los usos. Sí, la mejor manera de vivir es atrofiarse la facultad de pensar, de raciocinar sobre abstracciones, renunciar á toda especulación que no tenga por fin inmediato el placer, la distracción física. Heliogábalo, daba punto y raya á la raza de filósofos que tanto ha engañado al mundo y hecho más amarga la vida. Si se estudia la vida, desde el punto de vista más razonable que presenta, esto es: el modo de pasarla lo menos mal posible, ya que la extinción completa del sufrimiento es imposible, se llegará á la conclusión de que el ideal de vida pasable es el de las marmotas y los osos polares en los grandes inviernos: roncar sumergido en un sueño profundo en el que el dolor si se siente, es á través del embotamiento de la somnolencia; el dolor pierde su realidad, su intensidad se esfuma en las vaguedades de la inconsciencia; y la felicidad si se siente es también bajo el mismo aspecto ilusorio y vago que tiene en la realidad de la vida despierta.

A veces cuando estoy sumido en mis reflexiones sobre la vida, al considerarla tan sombría me pregunto: ¿no estaré engañado al considerar la vida de este modo? ¿no sufriré de esa obsesión pesimista del siglo y que puede decirse es la enfermedad más general del espíritu moderno? ¿no podría yo hacer un esfuerzo y ver sonrisas en todos los fruncimientos de cejas, caricias en todos los zarpazos, tonos rosáceos y alburas alegres en las brumosas tinieblas y en las misteriosas oscuridades, inocencia en donde hay carne que palpita y malicias que surgen inconscientemente, sinceridad en toda palabra? ¿cómo evitar el ver detrás de la sonrisa halagadora, detrás de la frase amable, detrás del beso mismo, unos dientes fríos y cortantes? Ah! no—me digo—por algo tienen los labios la disposición de una herida entreabierta y los dientes filos de hacha y los colmillos agudezas de espada. Por algo es la lengua roja como la sangre, movediza como una serpiente y viscosa como un sapo. ¿Por qué no alborozarme teniendo en torno mío la vida exuberante, los rumores alegres de la savia nutriendo organismos, los conjuntamientos de los sexos, la unión de las razas en un esfuerzo supremo de placer de diversión? No todo es malo, no todo es negro, no todos los estados son morbosos, no todas las palpitaciones son álgidas? El calor no es dolor, no es dolor la luz, no es dolor la primavera, la

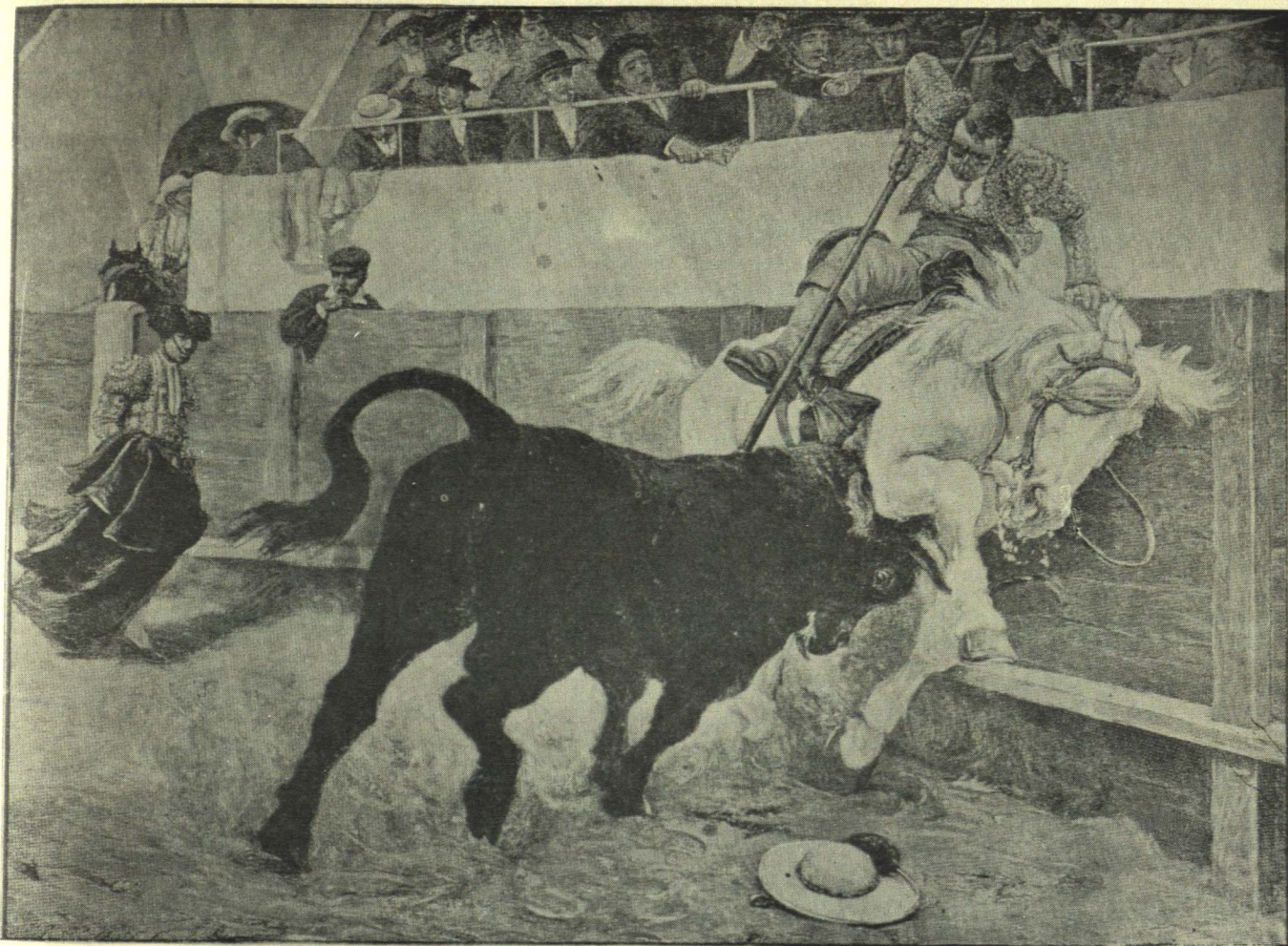
carcajada inocente del niño no es dolor. Yo mismo ¿no me río satisfecho, no tengo momentos en que gozo? ¿No es, pues, ir en contra de la experiencia subjetiva y de la observación externa afirmar que todos los actos de la vida son dolorosos? Jamás acostumbro responderme á estas preguntas consoladoras que nacen como una eflorescencia optimista de mi juventud anhelante por envolver en tules brillantes las tinieblas, porque pronto, más pronto de lo que podía esperar viene algo á afirmar mis ideas: es la respuesta que viene volando á encajarme sus puntas agudas.

La vida es la actividad, el movimiento y la actividad es el esfuerzo y qué esfuerzo no es doloroso por más que el salario ó retribución no lo sea?

Todo lo que se mueve por esfuerzo propio ó ajeno vive. Así la locomotora es un cuerpo al que la actividad del hombre ha dado la vida en cierto modo. Y aun cuando esté inmóvil en el fondo del depósito, fría, con sus acerados músculos en aparente reposo, como una bestia dormida en su establo, ¿quién afirmaría que la vida no reside allí? ¿quién afirmaría que sus átomos no están en vibración, quién afirmaría que allí no hay palpitations infinitesimales, condensaciones misteriosas, atracciones y repulsiones discretas, exasperaciones del roce, rupturas calladas y fusiones invisibles, en una palabra todas esas manifestaciones de la actividad del Cosmos, en pequeñas proporciones?

Matar un animal no es destruir su vida, es quitársela para darla á otros seres. Esa vida subsiste encima de todas las transformaciones que sufra un organismo. La putrefacción es un fenómeno vital de transformación. Quién sabe si el gusano que aplastamos con el pie, el gorgojo que encontramos difunto en el plato ó el mosquito que falleció ahogado por el vino de nuestra copa tienen ableno más ilustre que el nuestro? ¿Quién sabe si traen en sus patas, en sus alas negras y aceradas, en su aguijón ó trompetilla, átomos que un tiempo ó vibraron en la espada de Colatino ó en la diadema de Carlo Magno, ó que se movieron con el hambre filicida de Ugolino ó con las oraciones de Francisco de Asís? ¿Quién afirmará que no llevamos por un feliz ayuntamiento los átomos que constituyeron al primer hombre? Sí, á través de los siglos innumerables, á través de los cataclismos llevamos en nuestro sér fragmentos de la humanidad difunta, los lodos de todos los pantanos, la savia de todos los vegetales y la sangre de todas las bestias. Lo que fue garra de león es acaso lengua de mujer. La vida se modifica y la Naturaleza inflexible y creadora recoge indistintamente lo impuro y lo noble, fragmentos de estrellas y porciones de estiércol para forrar el cuerpo y el alma de sus hijos.

CLEMENTE PALMA.



UNA PICA. — Por René Choquet

EL FUEGO Y EL AGUA

I

Amo el pálido fuego—EL HERMANO FUEGO—cuya lengua de oro dice terribles palabras; que brilla en la tierra y en el espacio; en las pupilas de los astros y en los cráteres abiertos en el aire como sangrientas bocas devoradoras.....

Amo el fuego, espíritu sutil y profundo, que da vida al universo; que alegra el hogar; que purifica lo que toca; que crea y destruye; que vibra en los objetos y en las cosas y pone su ritmo cálido en la sangre de los héroes, en el cerebro de los pensadores y en el corazón de los poetas.

Amo el fuego, dulce en la mirada de las vírgenes y trágico sobre el horror de los incendios; pero siempre poderoso elemento que mueve las energías humanas, creador de los gérmenes y de los fecundos espasmos, alma de las caricias, padre de los besos!

Amo el fuego, tesoro de la juventud, gloria del día, bello y fúlgido en el esplendor de los ocasos escarlatas.

Amo el fuego vencedor del hierro en el bracerero de las fraguas; resorte de maravillosas industrias; que corre por el mundo cual río de luz, y abrasa con su hábito los seres y las cosas.

Amo el fuego, flor de pudor y de castidad sobre las carnes mórvidas de las doncellas; que enrojece los ásperos rostros de los guerreros e impulsa a los hombres de hierro a la gloria ó a la muerte;

y transforma en sagrada ceniza los cadáveres amados.

Amo el pálido fuego cuya lengua de oro dice terribles palabras.

II

También amo á la HERMANA AGUA, que en las noches lunares dice sus secretos en el surtidor;

que tiene el alma cristalina; que es dulce y acerba: que se deshace en ondas melodiosas en los lagos azules y en los mares irritados se eleva en negras montañas á los altos cielos; que tiene una voz y una canción; que gime y llora y despeina su cabellera de espumas sobre las anchas playas.

Amo el agua que da vida á los seres y á las rosas y á todo lo que se estremece y palpita sobre la tierra; y que es también engendradora de la muerte.

Amo el agua misteriosa, muerta en los estanques, en el silencio nocturno, á la sombra de los sauces: ó que dice, con su monótona lengua metálica, cosas tristes de melancolía y de pena.

Amo el agua vibrante y alegre al resbalar sobre los guijarros, en pleno mediodía; que se desprende de las cumbres de las rocas, formando luminosas cabelleras de plata; que refulge al sol y se pierde en los verdes boscajes como enorme serpiente; y que se derrama de los cielos oscuros para nutrir y dar vida á la tierra maternal.

Amo el agua que impulsa las fábricas

colosales y ayuda al campesino en la ruda tarea de la siembra;

que es incolora en el diáfano vaso, verde en el estanque poblado de lotos y de nenúfares; azul en la lejanía de los horizontes marinos.

Amo el agua, ya baje de las nubes en las noches de tormenta, ó en las claras mañanas tiemblen sus gotas como luminosos diamantes en los cálices de los lirios marmóreos.

Amo á la HERMANA AGUA—eterna vencedora del HERMANO FUEGO.... Ella tiene una amargura divina cuando—al rudo impulso del dolor inmortal—sale por los ojos en una lluvia de lágrimas heladas.

FRILÁN TURCIOS.

MELODIA GALANTE

(Couflaut Valera)

La noche es perfumada. La fiesta palatina encanta los salones con su pompa triunfal; la orquesta ritma el canto de dulce sonatina que se desgrana en claros arpegios de cristal.

Modula una damita de grácil figulina, gustando un epigrama, su risa musical, y un poeta galante con devoción se inclina de una bella al oído, tejiendo un madrigal.

Un susurro de risas y de crujir de sedas llega al jardín en calma. Bajo las arboledas por unos ojos lindos se cruzan dos espadas.

El parque está encantado á la luz de la luna, la orquesta suéna lejos, y entre las frondas una fuente llora monótonas leyendas olvidadas.

EMILIO CARRERE.

CONSTANTINO RICHARD

I

Los esposos Richard, casados por amor, deseaban ardientemente tener un hijo. Y como si la tan deseada criatura quisiese precipitar la realización de tal anhelo, vino al mundo antes del plazo fijado por la Naturaleza. Su madre murió á consecuencia del alumbramiento y su padre se ahorcó de una viga, por no poder soportar la muerte de su esposa.

II

Constantino Richard tuvo una infancia ejemplar, pero en extremo desgraciada. En el colegio sufrió castigos que no merecía y recibió palizas destinadas á otros compañeros suyos. Terminó sus estudios con la reputación de un desaplicado y en el bachillerato hizo la versión latina de un condiscípulo que fué aprobado, mientras él recibió unas terribles calabazas por haber copiado á su amigo.

Un carácter vulgar se hubiera descorazonado ante estas contrariedades. Pero Constantino Richard estaba persuadido de que la dicha es la recompensa de la virtud y resolvió vencer á toda costa la mala suerte á fuerza de heroísmo.

Entró en un establecimiento comercial que al día siguiente fué devorado por un incendio. Constantino se arrojó entre las llamas para salvar la caja de caudales, y con grave peligro de su vida logró sacar los valores en ella encerrados.

Pero el fuego los consumió en sus manos. Cuando salió de la hoguera fué detenido por dos agentes de la autoridad y al cabo de un mes se le condenaba á cinco años de cárcel por haber tratado de apropiarse, á favor de un incendio, de una fortuna que no corría ningún riesgo en una caja incombustible.

En la prisión donde se hallaba estalló un espantoso motín, y al querer auxiliar al jefe del establecimiento le hizo resbalar involuntariamente, á causa de lo cual el digno funcionario fué asesinado por los rebeldes.

A los pocos meses fué enviado por veinte años á Cayena.

Seguro de su inocencia, se evadió al cabo de algún tiempo, regresó á Francia con un nombre supuesto, creyó que la fatalidad cesaría de perseguirle y se consagró de nuevo á la práctica del bien.

III

Un domingo vió que un caballo desbocado arrastraba un carruaje hacia un precipicio. Arrojóse sobre la bestia y se rompió una pierna; pero logró impedir la inevitable caída. Por su desdicha, el animal retrocedió, y cayendo sobre la muchedumbre aplastó á un anciano, á dos mujeres y á tres niños. Es de advertir que no había nadie en el carruaje.

IV

Convencido de la inutilidad de los actos de heroísmo, resolvió Constantino Richard practicar secretamente el bien y se consagró á aliviar miserias ocultas y desconocidas de la generalidad. Pero el dinero que llevaba á las familias necesitadas era dilapidado por sus jefes en las tabernas. Un perro callejero que recogió se volvió rabioso á los pocos días y mordió á seis personas del barrio, y el sustituto militar que compró para un pobre huérfano, vendió al enemigo las llaves de una fortaleza.

V

Constantino Richard pensó que el dinero hace más daño que bien, y que en vez de diseminar su filantropía, valía más concentrarla en una sola persona. A este fin, adoptó á una muchacha huérfana que no tenía nada de her-

mosa, pero que estaba dotada de excelentes cualidades y á la que educó con el cuidado y la ternura de un cariñoso padre. Fué tan bueno con ella, que un día la muchacha se arrojó á sus piés y le confesó que le amaba. Constantino trató de desengañarla y le dijo que tan sólo la consideraba como á una hija.

Al otro día se la encontró tendida en el suelo con un puñal clavado en el corazón.

VI

Constantino juró que en adelante, para practicar el bien, se contentaría con impedir el mal.

Un día púsole la casualidad sobre la pista de un crimen que iba á cometer uno de sus amigos. Hubiera podido denunciarle á la policía, pero prefirió tratar de evitar el crimen sin perder al criminal. Por tanto, intervino íntimamente en el hecho que se preparaba, se apoderó de todos los hilos de la trama y esperó el momento oportuno para desbaratarlo todo.

Pero el pillastre á quien quería salvar, descubrió su juego y combinó el asunto de tal modo que se cometió el crimen, se salvó el criminal y Constantino fué detenido.

La acusación fiscal contra Constantino Richard fué una obra maestra de lógica. Recordó toda la vida del acusado, su infancia deplorable, sus castigos en el colegio, la audacia de su primera tentativa de robo, su odiosa complicidad en el motín de la cárcel, su evasión de Cayena y su regreso á Francia bajo un nombre supuesto. Desde aquel momento, sobre todo, el orador llegó á la más alta cima de la elocuencia forense.

Anatemizó la conducta de aquel hipócrita, de aquel corruptor de familias, que para satisfacer sus pasiones horribles enviaba á los maridos á las tabernas; de aquel fingido bienhechor, que por medio de nocivos presentes procuraba labrarse una malsana popularidad; de aquel monstruo oculto bajo la capa de un filántropo.

Puso en evidencia la refinada perversidad de aquel malvado, que se apoderaba de los perros rabiosos para dañar al vecindario; de aquel demonio que amaba el mal por el mal y que, con riesgo de su persona, detenía un caballo desbocado para precipitarlo luego contra la muchedumbre indefensa. ¡Aquel miserable era capaz de todo! Además, había mil razones que infundían la creencia de que había sido cómplice del sustituto comprado por él para hacer traición á Francia.

Con respecto á la huérfana encontrada muerta en su casa, ¿quién sino él podía haberla asesinado?

A pesar de las insistentes negativas del acusado, su culpabilidad era evidente. No había más remedio que condenar á aquel hombre con todos los rigores de la ley.

Tratábase, no sólo de un gran criminal, sino de esos genios del crimen, de uno de esos monstruos que hacen dudar de la virtud y aborrecer la humanidad.

Ante semejante acusación, el abogado de Constantino Richard no podía invocar más que la locura de su patrocinado. Habló de casos patológicos, disertó sobre la *neurosis del mal*, presentó á su cliente como un monómano irresponsable y solicitó que se le encerrara en un manicomio.

Constantino Richard fué condenado á muerte por unanimidad.

VI

La muerte de Constantino fué, como su infancia, ejemplar; pero desgraciada. Subió el infeliz al patíbulo sin miedo, con la conciencia tranquila y con una serenidad de mártir que todo el mundo tomó por un acto de cinismo inconcebible.

En el momento supremo, al saber que el verdugo era pobre y padre de una numerosa familia, le dijo al oído que le había legado toda su fortuna, y el ejecutor de la justicia se emocionó de tal modo con la noticia, que tuvo que repetir tres veces la operación para cortar la cabeza á su bienhechor.

JUAN RICHEPIN.

MENSAJE

Desde una costa de Bretaña te envío esta carta de amor, mientras una tristeza que daña me tiene enfermo el corazón.

Pienso mucho en tí. Como un niño lloré con tu retrato y con tu flor. Y no fue por nostalgia. Tu cariño así lejos, me daña el corazón.

Eres mi patria. Desde niño erré por el camino del dolor; como á ti solo debo cariño, mi patria está en tu corazón.

Sueño con mi país, y del sueño, entre un divino resplandor surge tu rostro risueño á alegrarme el corazón.

Lejos se quiere más! Es un ensueño lleno de celeste resplandor este vivir vago y risueño cuando espera algo el corazón.

No me olvidéis! En Bretaña hace un frío aterrador, pero más que ese frío daña el olvido de un corazón.

RAFAEL SILVA.

St. Nazaire: Octubre de 1904.

DITIRAMBO A BACO

Te llaman camarada los poetas risueños,
Dios que sanas con jugo de tu viña los males
De los pobres mortales.
Para el que apura sales de dolor tienes sueños
Que son copas de un vino que hace dulces las sales.

Abismas tu áureo cáliz en el tonel profundo,
Mientras el tirsó agitan las bacantes en coro
Y vuelcas un tesoro
Más rico y más fecundo
Que la hermética ciencia, que el acero y que el oro.

Mi musa picaresca
Te acaricia los pámpanos y la barba fragante,
Posa en tu faz bermeja su alada boca fresca
Y su ebriedad divina le apunta en el semblante,
Rojo cual la fatiga de insaciada bacante.

Dame versos de oro cual la rubia champaña,
Cual la rubia cerveza;
Dame versos de púrpura como el vino de España...
Buen dios! en sangre baña
Mi pálida tristeza!

En los agrios zarzales dejó blancos vellones
Y estampó rojas huellas,
Mi alma, casta monja que elevaba oraciones
A las blancas estrellas.....
Hoy apura en tu cáliz la miel de sus canciones!

A tu influjo, oh! risueño Numen de las orgías,
Mi corazón en fiesta
Lanzó el maligno espíritu de mis melancolías
Y animan la floresta
Como tropa de sátiros, las libres ansias mías!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

1904.



Después de la batalla: Prisioneros rusos al cuidado de soldados japoneses

¡SALVE!

Prendida en gloria mi conciencia, ufana
de ver cual tu bravura al ruso humilla,
Japón querido, hincada la rodilla,
saludo tu pujanza sobrehumana.

Nunca centella de tu ejemplo hermana,
en sacrificio por la patria brilla;
y en tu brega, mil siglos de mancilla
estás vengando de la stirpe humana.

¡Tiemblan los Czares viéndote tan fuerte!
Ya venciste al destino y á la muerte,
aunque sucumbas en la lidia fiera.

De hoy en más, contra el negro despotismo,
tu sandalía, al clamor del patriotismo,
de redención y luz será bandera.

TOMÁS IGNACIO POTENTINI.

VENUS CRIOLLA

Venus morena en la que el sol ha impreso
El ósculo voraz de una ansia loca,
Tu muslo es muslo cincelado en roca,
Tu busto es busto modelado en yeso.

Juega en tus ojos el amor travieso
Y tu alto seno que á morder provoca,
Es un manjar conque la hambrienta boca
Se regalara en el festín del beso.

Persiguen los requiebros tu hermosa
Como á una sierva voladores lazos;
Alguien te enlazará por la cintura

Y entre la flama tropical entonces,
Feliz mancebo en sus robustos brazos
Hará gemir tu doncelléz de bronce.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

PRIMAVERA

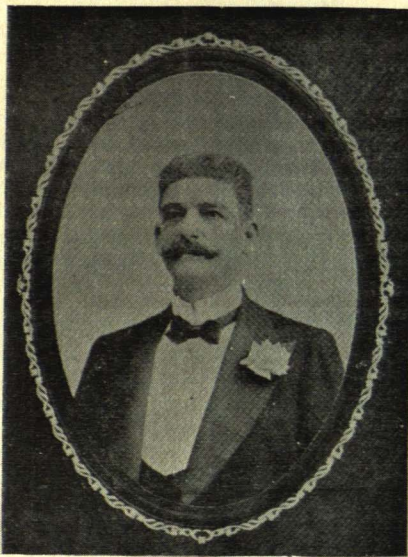
Estremécese el aura tremulenta,
y la tierra, á los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor á más estragos,
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellón extiende.

Y, empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosión de pétalos y frondas.

MANUEL JOSÉ OTHON.



FRANCISCO R. DE GORNAGA

Nueva York, setiembre de 1904.

A Herrera Irigoyen.

En Caracas.

Creo hacer obra buena, intensamente patriótica, pidiendo á usted sitio de honor en la galería de EL COJO ILUSTRADO para el retrato del doctor Francisco R. de Goenaga, hijo de Caracas, nacido en nuestra más alta clase social, antiguo estudiante de nuestra Universidad en los cursos de ciencias naturales y graduado de médico en España con nota brillantísima.

A la curiosidad de la patria, que no lo conoce, respondo, con la conciencia de quien formula el más justo y eminente concepto, estas sencillas palabras que bien quisiera poder repetir en muchos otros casos: es un venezolano que honra á la patria en el extranjero.

Ciertos espíritus tienen el derecho, y aun el deber, de asumir la más augusta representación de la patria para cumplir á nombre de la patria ejemplarizadoras obligaciones que una elevada y rigurosa conciencia, formada á la luz de una moral fecunda, establece y activa como grupo de energías esenciales en la consumación de la justicia humana, la vitalización del ideal, y la perduración de las almas en la fe y el amor de las abstracciones más heroicas y famosas.

Esta vez no hago otra cosa que ejercer austeramente aquel derecho y cumplir voluntariamente aquel deber, consagrandolo con este leal homenaje una vida cuyos méritos rescatan más de una sombra del esplendoroso gentilicio, sinónimo de venerables patrimonios en los más claros días de la historia.

La patria ha perdido de vista á este hijo ilustre que como tantos otros ilustres hijos suyos, heridos precozmente por la sempiterna tormenta, arrebatados fueron para siempre al regazo nativo por la implacable ola cercenadora.

El hallazgo de una patria en el destierro, y la transformación en dulce arrimo de la playa torva y desolada, son gloriosas concreciones de su esfuerzo, su valentía, su osada actividad, su alma de entusiasmo y de combate.

Mientras la patria se hundía en el abismo sin fondo de las orgías sangrientas, allá en los nefarios tiempos del despotismo cómico y pomposo, él fundaba patria en extranjera tierra, y en la extranjera tierra acrisolaba con su triunfo y sus virtudes el nombre de la noble patria ausente, amada aunque perdida, más amada cuanto más desgraciada.

Allí me lo encontré, en su segunda patria—irrevocable por la raigambre del corazón, de la sangre y del tiempo—un buen día que nunca agradeceré bastante á mi destino, generoso esta vez en grado sumo.

Yo no ponderaré su talento, ni su vasta cultura científica, ni sus éxitos profesionales, ni la blanca y serena belleza de su hogar, donde la pura plata de sus años reflorece gloriosamente en el oro nuevo de los retoños inefables; no contaré la leyenda de su lucha por la victoria, verdadera odisea que confirma hermosamente la herencia heroica del alma venezolana. Diré sólo cómo es eminentísimo por la clásica hidalguía del espíritu, cómo no falta en su cofre una siquiera de las joyas divinas. Es íntegro como un filósofo y sensible como un filántropo. Tiene todas las virtuosas sabidurías del corazón; y á la impetuosidad del gladiador une la galantería caballeresca de Don Juan.

En la capital de Puerto Rico ocupa una alta posición social, oficial y científica. El Manicomio, de que es superintendente, es obra suya de la cual pueden con sobrada razón enorgullecerse él y la Isla.

En una conferencia sobre Fisiología, en la Escuela Superior de San Juan, pude admirar su saber y sus múltiples dotes.

Si hay allí algo ingenuamente popular es la simpatía que él inspira. En todas partes pude darme cuenta de la atmósfera de cariño público que lo rodea.

Yo proseguía mi interrumpido rumbo al Norte. Cuando de pié sobre las aguas azules de la bahía de San Juan cambiamos el adiós de la partida, tras la emoción del doloroso abrazo comprendí que por la elevación de su pensamiento y por su excepcional grandeza de alma viviría eternamente en mi amor y mi respeto.

Con él de la mano me presento ante la patria para decirle que el viejo árbol heráldico todavía reverdece; y que no síntoma de mortal agotamiento sino augurio de gloriosa primavera bien podrían ser sus pocos brazos lozanos.

JACINTO LOPEZ.

HONRADAMENTE

Froilán Turcios—de Honduras—escritor de fama y mérito, ha publicado un libro que titula «Hojas de Otoño».

Leo el libro, y marco á su margen, sin propósito de crítica, ni de análisis, las impresiones sinceras que su lectura me produce:

«LA RISA DE LA MUERTE»

I

Narración grave y honda, de psicología viril; los nervios se contraen y se dilatan precipitadamente al leer los capitulitos de este cuento cruel; es un libelo en contra de la Risa; no pienso así; la Risa es un puñal que mata sin escándalo, que hiere con hidalguía, que perfuma el veneno de la vida; los que no rien nunca son cobardes; la Risa es arma de valientes; los espíritus desdenosos rien de todo; y el desdén es valor; la Risa es odio, anatema, virtud; la Risa es dolor, y en los labios de los hombres altivos, indica desprecio!...

«EL CASO DE ERNESTO»

II

Páginas sin alma; no tienen color, ni esencia.

«LA NOVIA DE LUDOVICO»

III

No es verosímil la leyenda; el amor es humano; el olvido á los muertos es una ley natural, y sobre la tierra de las tumbas crecen las rosas de nuevos ideales, sin que vaya el áspid del recuerdo á herir los pétalos de esas flores nuevas; la vida es pasión, y mientras vibre la carne, lo demás enmudece!

«AMOR SACRÍLEGO»

IV

Excelentes líneas de psicología fuerte y sensual; dice aquí el misticismo sus mejores palabras, sus himnos más fervorosos; habla del dolor de la castidad, de las horas del deseo incontenible, de las noches largas sin besos, ni caricias, cuando el lecho arde como un infierno.

«EL TÍO ROBERTO»

V

La impresión de este frágil cuento, es intensa; se mira en su fondo un tenue colorido de amargura y de realidad, que perdura en los sentidos del lector, casi como un recuerdo de personal sufrimiento, de amores ya remotos y tristes...

«PAULINA»

VI

Es raro el modo de hilar sus sueños este autor; hay en su libro vulgaridades y aristocracias de estilo, que se juntan y surgen con lamentable abandono.

«ROMANZA DE ULTRATUMBA»

VII

Aquí duerme un amor, y la extraña y doliente filosofía de las ideas, dice, cómo ha quedado en el alma del poeta



ANTES DE LA PROCESION. — Por G. Signorini

el aroma íntimo de las horas que vivió esta dulce ternura; no mueren los afectos; se extinguen á intervalos, y luego en los días de tristeza reviven y se juntan los de ayer y los de hoy...

«TRISTEZA DE OTOÑO»

VIII

El dolor de una ausencia... ¿quién no lo ha sentido?... Y quién no ha olvidado ese dolor después... á la vuelta del camino?...

«LA MUSA MELANCOLÍA»

IX

Sensación extraña y bella que deja en la sangre la dulzura de un bálsamo, el filtro de un pecado ideal...

«EL VIENTO NOCTURNO»

X

Si. El viento habla... mis oídos han escuchado sus plegarias; la voz del viento es profunda; tiene armonías de cóleras, de tristezas, de amores.

«DÍA DE INVIERNO»

XI

Estas pobres páginas son lividas y endebles; no hay en ellas color; la dulzura de las manos ducales turba un momento

la estesia del autor, y pone sus emociones fantásticas en los nervios de una mujer rara; las mujeres no aman un detalle único en los hombres; aman todo el varón, sin parcializarse por una virtud solamente; ese instinto de singularidad del amor es vicio de los hombres muy refinados...

«BAJO EL CIELO INMUTABLE»

XII

Es como un heliotropo ya mustio, como un fragmento de cristal leve y diáfano, este cuentecito sin fragancia.

«EN LA SOMBRA PROFUNDA»

XIII

Hermosas y crueles páginas!... Es doloroso que su autor revele tan fútil conocimiento del alma femenina. La psicología de Eulalia es inverosímil; la mujer suicida se entrega inevitablemente á la desesperación y al miedo antes de morir; ese estoicismo para la muerte no es propio de las mujeres; el hombre mismo es cobarde para ese acto glorioso de la vida.

«LA NOCHE DE DIFUNTOS»

XIV

Es cierto. Los poetas son los más exquisitos amantes; saben los secretos de

las caricias inolvidables y raras; la pasión de los celos la sienten como ningún hombre; son fuertes y mansos, crueles y benignos...

«SALOMÉ»

XV

Una simple ficción. El hombre actual no muere crucificado por un deseo inapagable, ni por un afecto inextinguible; para todo anhelo sin éxito hay el bálsamo de la ausencia; hoy se ama lo que fácilmente podemos adquirir; lo que nos está vedado apenas produce á nuestro espíritu, desdén; la carne incita siempre al abuso, nunca por abstinencia; sólo el ideal de la belleza ultraterrestre insinúa en las almas de selección, el deseo de morir; la carne provoca los celos de los hombres, como el dinero incita sus más terribles odios. La lucha de la vida es por el oro y por la carne. Los exóticos luchan por el triunfo de las ideas y de la Belleza. Serán los vencidos!

«IMPRESIONES DE ESTÉTICA»

Inefable exposición de ideas; sublime Alocución de supremo Arte; credo lírico y original, pleno de sensaciones blancas, de propósitos juveniles, de sueños azules. Aquí ha consignado el poeta su alma y su fe, toda su fe infantil, extremada-

mente digna del cariño y perdón de los que amamos ese sentimiento virginal, extinto ya en nosotros. En Tegucigalpa los poetas creen todavía!...

« FANTASÍAS »

En la urdimbre rara de estas prosas breves, canta con frecuencia el tedio de las ideas iguales; las frases muy repetidas ofenden la memoria del lector, y fatigan su estética. Se siente la monotonía de un bello paisaje marino, invariable... Los colores no cambian en la inmensidad del lienzo, que, a pesar de su belleza se hace fastidioso.

« FANTASÍAS NOCTURNAS »

Graves máximas de la vida, fragmentos de Kempis, filosofías acres, y palabras tristes y sonoras... a veces vacías...

« OTRAS PROSAS »

Froilán Turcios ha de vivir como un Ermitaño; habla de la muerte como de cosa dulce; lo imagino un triste, con perfil de Crucificado; si no fuere uno de tantos poetas, que lloran el dolor de los otros, filosóficamente!

« IMAGEN AGRESTE »

No hallé aquí nada que satisficiera mi gusto; habría podido suprimirse del libro esta nota gris.

« EL FUEGO Y EL AGUA »

Conceptos evidentes y profundos que han venido a mi cerebro en hora de recogimiento y de angustia.

« PÉTALOS GRISES »

Nada... Un ramillete inodoro de hojas de cardo, de mustios lysés; ortigas del recuerdo... que no sangran.

« PÁGINAS »

No tienen ningún interés.

« PSICOLOGÍA DOLOROSA »

Esta confortable lectura que ofrenda Turcios al difunto poeta José Asunción Silva, es, para los espíritus lacerados por la vulgaridad de la vida, un grito de alerta; la ruta se abre para todos, luminosa y amplia; por allí transitan los valientes; el dolor les indica el camino ya cubierto de huellas de sangre y de gloriosos laureles!

« PÁGINA DE ANTAÑO »

Sabor de absinthio deja en los corazones ultrajados este cuentecito sutil; es lo más venenoso del libro; rara flor de belleza que impregna los sentidos largamente con un hábito de indócil pesadumbre.

« HORA DIVINA »

Este poeta de la prosa es magnífico en las psicologías breves; para el cuento es algo deficiente; su rica imaginación de

artista pule con sabiduría incomparable, diminutas joyas de oro; no sabe su fantasía como se hace la obra de tamaño regular; le pone a sus filigranas el alma de los siglos!

« LA CIUDAD DEL SILENCIO »

Fragmento de albo marfil... estatuita de Tanagra... leve lirio de bruma... así es tu leyenda de ensueño... poeta...

« LAS VIEJECILLAS »

Yo las odio... Amé una... muy bella! El tiempo jamás infamó su hermosura... y la muerte avara se la llevó a los sesenta años... joven para mi amor... bella y gentil para mis ojos... inolvidable para mi ternura... Odio las viejecitas de los otros!

« ESTÍOS LEJANOS »

Flor de invernáculo.

« OJOS INCONSOLABLES »

Página en blanco.

« EL PERRO NEGRO »

Graban estos renglones una estela de sangre; la emoción es eléctrica; apenas sentimos el escozor de la pena, cuando se extingue como la llama de un rescoldo.

« AGUAS MUERTAS »

Letales y amargas son estas opiniones, como aguas alevés; hay en su fondo verdes abismos de amargura, limos de tristezas indóciles; quietud de dolores pacíficos; rebeldes fosforescencias de ira fuerte; la sumisión del agua es hostil; ella no ha nacido esclava...

« EL ALMA DE LA TARDE »

Holocausto de palabras fervientes, al Crepúsculo.

« EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO »

Aquí no quiso Turcios decir su emoción franca; el libro de Nervo es un jardín de flores raras; pero hay muchas de arteificio; tiene joyas de incomparable valor, y otras sin precio, inútiles abalorios que afean el collar del artista mejicano, del gran poeta místico.

« EL CASTILLO DE ELSINOR »

Pedro Emilio Coll es uno de los más preclaros e ilustres patricios del moderno Arte. Su obra de pensador se admira en cualquier palabra de sus prosas; ninguno vierte como él la esencia de las ideas, por sistema dosimétrico, infalible para los venenos.

« SANGRE PATRICIA »

El último y buen libro de Díaz Rodríguez, arranca homenajes pálidos a la Musa de Turcios; canta el poeta con anemia el mérito de la obra y cuenta sus impresiones con un débil entusiasmo de incrédulo.

« Á LUIS II DE BAVIERA »

Himno de simpatía y aplauso al Rey de la Locura.

« LUCIÉRNAGAS VERDES »

Grande análisis de las cosas triviales.

« PROSAS INÉDITAS »

Flores maravillosas de sueño y de angustia.

« PARIS »

Ah! El supremo mar de amor! La ciudad feliz, arcana, indescifrable! La que incendia el cerebro de los hombres con el fuego de los deleites voluptuosos, y pone vinos de sabor eternal en los labios de las mujeres livianas. Oh! Paris! Maldito quien no haya ido al antro de tus bellezas inmortales!

« Á FEDERICO KRUPP »

No! poeta! Krupp fue un filántropo; sus cañones han segado la humanidad y han producido el abono de sangre humana que necesitan los pueblos; para mí es más útil el hombre sabio que destruye vidas, que el hombre bruto que las produce; un padre de familia pobre y fecundo, es un criminal repulsivo a quien la ley absurda protege!

« WALT WHITMAN »

Homenaje lírico a un poeta.

« MARGINALES »

Páginas de Lujuria.

« Á SARA BERNARDT »

Grito de romanticismo fiel, para una vieja y excelente artista.

« PRIMER AMOR »

El título indica lo insustancial del cuentecito.

« FRASES FINALES »

Veinticuatro composiciones en verso, apenas estimables; para mi gusto únicamente dos buenas: « A León XIII, » y « Hermana Melancolía ». Le acontece a Turcios como a Cicerón, que producía ingente prosa y execrables rimas. Virgilio sufría del mal opuesto, y calló su ineptitud.

RESUMEN.

El libro es obra de arte. Hay en su fondo sabiduría de colores, sutil estesia; su autor se subleva como artista en los fragantes arcaísmos de la prosa, en la eurytmia fuerte y fina, en la idea flexible y robusta. Para mi análisis, este cultivador de jardines generosos, es un gran romántico, un monje visionario de prodigios rebeldes; un moderno Jesús, sin Pasión; sus dolores los imagino ideales, y sus venenos que ofrece como sin antidoto, los he absorbido sin temor a la muerte. Los pomitos están sellados cuidadosamente, como si fueran mortales; pero, la droga es sana; no hay en su esencia el ácido del dolor inclemente, ni del escepticismo triunfal!



EL JUEGO DE AJEDREZ. — Por Elwin Lord Weeks

UNA VISION DEL AÑO 2000

El Napoleón Amarillo.

Cuando he leído, en estos días, la noticia de la guerra y el ataque de la flota rusa, me he acordado de una «narración» que yo quise escribir antes sobre el peligro amarillo y que ha quedado en estado de proyecto: el «Napoleón amarillo».

Era un sueño, pero la guerra actual nos manifiesta que podrá ser un día una realidad, el día que las hormiguitas color de oro se liguen todas contra la vieja Europa.

El «Napoleón amarillo» nació en China, la noche de una derrota que los europeos habían infligido á los celestes.

Muy niño, había oído á su padre, un mandarín letrado, hablarle de un hombre extraordinario que sometió, en otro tiempo, á toda la Europa de los bárbaros de Occidente. Y el niño chino, al soñar en los relatos de su padre, había dicho: «Yo seré el Napoleón amarillo».

El niño fué á Europa, convertido en hombre. Había trabajado, había aprendido, había dedicado su idea fija y su fortuna á estudiar, y de regreso á su país había despertado en el pueblo de China, acostumbrado á las invasiones, la idea de patria y el culto de las virtudes militares. Transformó el armamento.

Y una rebelión—enorme y pululante—como las sublevaciones chinas, una rebelión que sacudía á la vieja China de su letargo le permitía demostrar, por el hecho brutal, los progresos realizados por el ejército chino, regularizado y disciplinado bajo su dirección.

Aplastaba á los insurrectos, y jefe militar de millones de hombres, destronaba al viejo emperador aletargado en su trono de Pekin, y, como Bonaparte, se hacía consagrar emperador.

Entonces, el Napoleón del Asia quería llegar á ser rey de la tierra.

Admirable táctico, sabiendo manejar la dinamita, los ferrocarriles y el valor humano, soñaba con agrupar todos los pueblos del Asia en un inmenso imperio y arrojarlos en seguida á la conquista del mundo.

Se anexaba el Tonkin y el Anman, se apoderaba de Siam y de las islas de la Sonda, sacudía á las Indias de su letargo, y ayudado por los cipayos que se habían sublevado, expulsaba á los ingleses; en el norte penetraba en Siberia, inundando con sus millones de soldados amarillos, el Imperio de los zares, mientras que sus buques, sus acorazados, después de haber franqueado el Mar Rojo y bombardeado Alejandría, asolaban las costas de Italia y de Francia.

La Europa entera se había ligado contra el peligro común; pero el depósito

inagotable del Asia derramaba sobre ella, sin cesar, metódicamente, sus millones de soldados amarillos.

Las llanuras de Rusia y Alemania habían sido inundadas por este torrente de hombres, y de victoria en victoria, de capital en capital, el Hijo del Cielo, omnipotente, llegaba un día al palacio de las Tullerías, al palacio del Napoleón de que le habían hablado antes.

Ya no había Europa. Sólo había el «Napoleón amarillo». Y él reinaba. La emperatriz, procedente de Pekin, había desfilado por las calles de París, delante de lo que quedaba de parisiense, raza casi desaparecida.

Y los años pasaban. La tierra entera no estaba conquistada. Quedaban sus grandes territorios, y allí juntamente las poblaciones se agitaban en rededor de un mahdi que había conquistado ya una parte de Africa.

Soñaba todavía con expediciones lejanas el «Napoleón amarillo», é impulsaba sus armamentos, pasaba revistas, cuando una noticia telegráfica le comunicaba que los negros habían expulsado sus tropas de Argelia, pasado el Mediterráneo y que el Mahdi había desembarcado en Marsella.

Entonces el «Napoleón amarillo» movilizaba su ejército, y ahora la invasión amarilla tenía que luchar contra la in-

vasión negra; la formidable Africa desbordaba sobre el viejo mundo.

Esto no es más que un cuento: no es sino un sueño y un mal sueño, una visión macabra del año 2000. Pero no por eso dejo de pensar en esa narración que yo quería escribir y que no escribiré jamás, al ver desarrollarse delante de mí ese duelo sangriento de la Rusia y del Japón, de la Europa y del Asia, esa guerra que yo creía lejana y que se efectúa en el momento mismo en que escribo estas líneas.

JULES CLARETIE.

GRIS DE NIEBLA

Mi pena es infinita.

¿Tú comprendes

una infinita pena?...

¡No te rías!

Mira! se acercan lúgubres Theorías...

Ya empiezan mis suplicios;

ya desgarran mis carnes con cilicios

que con saña me clavan...;

mira! cómo me graban

con fiereza, en la crisma,

el signo de un raro cisma...

Y ese cisma

me abisma

en hondas abstracciones...; mas no puedo

seguir en ellas porque me dan miedo...

—

Padezco tanto!...

Que me causa espanto

mi continuo quebranto,

y lloro amargamente...

Me flagelan

fuertemente

las lúgubres Theorías,

y las Melancolías

con sus ojos tan hondos, oh! me hielan!...

—

Mira! cómo se acerca la caterva

proterva

de Males que derraman sus agruras

en mi vida, y me llenan de torturas...

—

Mira! cómo revuela en torno mío

el ave tenebrosa del Hastío,...

ya vierte su graznido

muy subido...

ya me hinca su garra,

y mis carnes desgarran!

¡Que cese ya tu risa!

y apártala de mí, aprisa!... ¡aprisa!

—

Tú que eres claridad, tú que eres orto

de Sol, deja que absorbo

contemple tus hechizos, tus ternezas,

y ahuyente, para siempre, mis tristezas...

—

Oh! no rías mi bien!...

Tú no comprendes

una infinita pena...

¡Oh! no rías!

cuando lleguen la lúgubres Theorías

y atormenten mi vida...

¡Tú no entiendes!

LINO RAMÓN CAMPOS.

CRONICAS DE POETA

LECTURAS ROMÁNTICAS.

Acabo de leer, en un libro de historia de Venezuela, escrito por un fraile franciscano, una historia romántica. Estos frailes, historiadores de Venezuela, son algo poetas. A la manera de éstos sufren del divino mal de la imaginación. De un guijarro hacen una perla. De una bellota fabrican un lirio. Pero guijarro ó bellota, la historia que he leído es una oriental perla, es un fino lirio labrado en cristal y oro, nacido en el cerebro de un místico, que es jardín prodigioso de toda suerte de flores de belleza y fábula.

Pero, volvamos á la romántica historia. Es la vida de un fraile misionero que llegó á Venezuela, cincuenta años después de la conquista, de no se qué puerto de la tierra española, á redimir de la vida idólatra unas tribus caribes, después de tres meses de aventura sobre la mar, en una de aquellas tardías carabelas de antaño.

Fray Juan Moro se llamaba el franciscano. De su pasado nadie sabía. Su vida era un misterio. Un día llegó al convento y vistió el hábito. Esa era toda su historia. La ruda vida monástica mató la rosa de sus mejillas sembrándole en cambio los heliotropos de las ojeras,—jardines de añoranzas. Pero del dolor de Fray Juan Moro sólo se conocía la belleza: los heliotropos tristes. Jamás partía de sus labios una queja de donde solo volaba la mariposa de nieve de la oración en viaje hacia los rosales celestes. Su pecho era un cofre cerrado lleno de inéditas perlas dolorosas. Jamás alma alguna logró mirar el oriente de esas perlas. Avaro del dolor lo guardaba como un tesoro. Y como un artista labraba el oro de su dolor como una alhaja. Alrededor de su tristeza creció una leyenda, la eterna leyenda de todos los solitarios y todos los tristes: la vana leyenda del amor. Acaso, y esto era lo más probable, alrededor de su silencio y su tristeza no había sino vacío y asco del mundo. Vacío y asco del mundo que lleva á los hombres á los polos de la vida: al todo ó á la nada. Al cetro ó á la cruz, al palacio ó á la tebaida. Nadie imagina estos originales espíritus, almas de cien grados, que son las almas de muchos poetas y de muchos místicos. Pero en el páramo de esas almas también se crían flores. El hielo también florece. Y una de esas flores de hielo era la que se abría en el alma de Fray Juan Moro, flor que le reclamaba, diariamente un riego de lágrimas silenciosas, y que le hacía nacer en torno á su vida una fragancia infinita, una fragancia celeste, la fragancia que espiran todas las cosas puras.

Su vida no podía ser más hermosa. Nadie más severo que él en las prácticas piadosas. Había quitado de su alma toda mancha terrenal. Con el hierro de su cruz de penitente había hecho una hoz para podar la vña de su vida, podándola de tal modo que los racimos opulentos inclinaban las trojes. Su báculo de peregrino sólo indicaba los caminos más ásperos, los caminos sembrados de guijarros y de ortigas; y su báculo los hacía fáciles, porque en su báculo florecía la virtud como en una vara la candidez de los lirios. Cada camándula de su rosario era un muro de zafiro por cima del cual se miraban los sangrientos rosales de la penitencia. Sus manos eran á la vez manos de jardinero y de pastor. El sabía cuidar la florecilla nacida en las grietas del pecado para hacerla amable á la mirada de Dios, y cuidaba y lavaba él mismo el vellón de las ovejas para que nunca perdieran la blancura divina.

Cuando llegó á Venezuela Fray Juan Moro ya estaba en la plenitud de su vida seráfica. Dice bellamente el historiador: En la virtud de la santa pobreza, fué tan singular y rígido observante que los que ignoraban la esencia de nuestro pobrísimo instituto solían mirarle con ojos de ridiculez y de miseria. Era tan

ajustado en el uso de las alhajas religiosas que jamás le embarazaron para levantar el corazón á las mansiones eternas. Sus alhajas se reducían al hábito que regularmente era de sarga ó estameña parda y vasta, del cual nunca se despojó, ni para el descanso del sueño; unas sandalias que cuando se le caían á pedazos pedía por amor de Dios otras á uno de los religiosos más cercanos; el breviario y manto que trajo de España, y conservó para realce de su extremada pobreza tan llena de remedios que apenas se conocía cual de ellos fué el de su primera tela.

Puede decirse que vivió en un perpetuo ayuno. De tan prolongada abstinencia le resultó una enfermedad de todos los miembros que vivía en un perenne temblor que le privó del ejercicio de los brazos impidiéndole el sacrificio de la misa. Llegó á estar tan débil que ya no tuvo fuerzas ni aun para levantar la levísima carga de la hostia. Temiendo volcar el cáliz consagrado renunció á decir misa contentándose con oír la á un compañero.

No obstante su extremada debilidad continuaba predicando el evangelio á los indios, y fué fundador de muchos de sus pueblos.

Pero un día,—y aquí termina la historia maravillosa del santo—los indios caribes cansados de la prédica del evangelio de Jesús resolvieron sacrificar al buen franciscano.

Fué una tarde en que regresaban de una expedición de cacería, ebrios de sangre y de licor. Cada uno traía su carcaj lleno de flechas multicolores. A la entrada del pueblo encontraron á Fray Juan Moro, encaramado en un árbol en actitud extática, cantando la hora de nona pues era día de la gloriosa Ascensión del Señor. Uno de los caribes enristró el arco y disparó una flecha. La flecha con su penacho de plumas, amarillas, azules, rojas, verdes, como una ave policroma partió silbando el aire y fué á clavarse en el cuerpo del fraile que permaneció en la misma actitud moviendo sólo los labios su oración. A aquella flecha siguieron otras, silbadoras y policromas, que cual bandada de carneros pájaros tropicales, pintorescos y bizarros cruzaban el aire encendiéndolo en mil colores, é iban á clavarse en los brazos del buen franciscano.

Pero según la leyenda—cada flecha policroma al clavarse en la carne del Santo, se tornaba de pronto blanca como la nieve.

La lluvia de flecha, seguía incendiando el aire, con su vuelo policromo, y eran en el aire como un vuelo maravilloso de mil pintorescos pájaros. Toda la maravillosa escala del color, toda la luz cambiante del iris, que llevan en sus sedas las plumas de las aves tropicales. De los arcos distendidos de los indios á los brazos y el pecho del fraile se tendía como un arco iris trémulo, hecho de silbidos y plumas radiantes.

Bajo el sol radiante de la tarde, las plumas lanzaban reflejos de piedras preciosas. Era una fiesta del color, un crimen raro y pintoresco bajo el oro de la tarde moribunda.

Y ante la admiración de los indios que contemplaban el prodigioso tornarse en plumas albas el penacho policromo de las flechas silbadoras, murió el santo al fin, herido por una flecha más certera que las otras, que como un pájaro voraz y pintoresco le picó el corazón.

Y entonces, al ser atravesado el corazón del Santo por la flecha final, todas las demás flechas pintorescas, tornadas por virtud del milagro en plumas albísimas, de singular blancor, se fueron uniendo á las espaldas de Fray Juan Moro, hasta formarle dos amplias alas blancas, dos alas color de nieve, que agitándose en el aire primero muy levemente, como para tomar impulso, y después un poco más rápidas, arrebataron al Santo, de la tierra obscura y ruidosa, hasta perderse en las nubes.

A. FERNANDEZ GARCIA.



GENERAL STOESEL. — Héroe de la obstinada defensa de Puerto Arturo

DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

EPILOGO (*)

¿Que hay errores en este mi libro? Indudablemente que sí, y maravilla sería que no los hubiera; pero tengo la conciencia de que en él se contiene mayor número de aciertos, lecciones de incuestionable utilidad que la juventud estudiosa debe conocer y que los profesores están obligados á acatar con el respeto que á la verdad se debe. Y esta profunda convicción, que ni las coces del odio militante en ciertos círculos intelectuales, ni el desdén de la multitud, podrían arrebatarle, es gaje precioso de satisfacciones inefables, muy superiores, infinitamente superiores á las que en algunas almas se producen por un aplauso inconsciente tributado desde abajo, por una flor de estímulo ofrecida galantemente desde arriba, por un bombo vulgar pagado de antemano con otro bombo de pueril compañerismo;... satisfacciones legítimas que me ponen al abrigo de todo cuidado acerca de cualquier juicio temerario, ya favorable, ya adverso, privado ó público con que se me reciba.

Lo que mi libro es, eso es, y ni los aplausos inconsiderados podrían mejorarlo, ni las hostilidades deprimirlo; y si para los unos y para las otras me declaro sordo-mudo, para las sabias advertencias y discretas observaciones que cualquiera me haga, estaré siempre alerta, dispuesto á tomarlas inmediatamente en consideración con insospechable respeto y sincera gratitud.

Bien conocido me es el juicio de la turba secuz de la escuela ó tendencia literaria que hoy priva en nuestra América; y su brutal y ridícula crueldad, lejos de afligirme, colma la persuasión en que estoy acerca de la utilidad de mi trabajo, y ni siquiera me hace temer que luego en hora nefasta para esta clase de estudios, puesto que el espíritu literario de esa turba, el Momo que la inspira, el ridículo fantasma convulso que la mueve, eso, como quiera llamarse, que flota, que chillar, que sopla en los cerebros y los congestiona; ese arlequín cubierto de lentejuelas y flores de papel, cascabeles y cencerros que va vociferando y haciendo muecas de enano loco por las oficinas de los periódicos; ese farsante autolaureado, autoglorificado, que se da serenatas á sí mismo cada vez que un acceso de locura le hace cantar ó berrear sus incoherencias de manicomio; ese macaco espantañón, charlatán sacamuelas, histrión de aquellarre; ese murciélago encandilado que sirve de musa macabra á la ciega turba, no es, visto como se quiera, sino el resultado natural de un estado de alma epidémico, transitorio: nadie, nada. Injustos seríamos para con nuestra época si fijáramos ahí su fisonomía característica, y no pasaríamos de ser tontos de capirote, si supusiésemos en eso los caracteres de un estado permanente, ó siquiera medianamente durable.

Es cierto que la agresiva aversión á la Gramática y á la crítica objetiva, no está del todo localizada en esa turba, sino que

se nota en algunas personalidades literarias muy dignas de aprecio y hasta de admiración; pero esto mismo no merece más que la compasión que inspira todo servil vasallaje á las imposiciones de una moda absurda. (*)

—«*Detestamos la crítica gramatical*»,— dicen estos; y no tienen la perspicacia de ocultar la lima que de línea á línea corre en actividad incesante. Leyendo sus versos y sus prosas, palpamos la tarea gramatical á que se entregan desde el momento en que se sientan á escribir; sentimos el paso de la pluma que tacha la palabra sospechosa, el giro anfibológico, la traslación violenta, las cacofonías inexcusables; vemos claramente la perplejidad en que caen ante la rebeldía de una construcción; asistimos á las varias vacilaciones en que se detienen, y, por último, nos hace sonreír la infantil satisfacción con que sacan á relucir alguna excelente regla desconocida entre el vulgo.

—«*Sinceramente detestamos la crítica gramatical*»—exclaman; y corren presurosos á pedir rectificación si un error tipográfico les hace decir *insinceridad*. Así son ellos sinceros.

—«*La crítica gramatical es labor de sabbandijas. La Gramática es rémora del genio. Viva la libertad!*»—repiten muy orondos; como si el público no estuviera mirando y admirando la dócil manada que, al expresarse así, van formando detrás del original é insigne polemista don José María Vargas Vila, quien más por un arranque de la pasión política que por razonada convicción filosófica, y sin incurrir en generalizaciones estafalarías, llamó *ratas* á ciertos gramáticos de Colombia. En la absoluta incapacidad de copiar la faz excelsa del privilegiado escritor, y como temerosos, por craso error, de valer menos si no se parecen á él, le imitan servilmente en sus funestas aberraciones mentales y hasta en sus pequeños extravíos. Es muy fácil, y lo fue para todo Londres, renquear como Byron: lo difícil es, cantar como él. Escriban como Vargas Vila, y les perdonamos la renquera.

Que Fernández García salga una vez afirmando la existencia de un nuevo castellano en la América, denigrando la Gramática, calificando de *tarea ignominiosa* la crítica objetiva y cantando un himno de alabanzas al descoyuntado verso decadente, y ya tenemos un corro de sugestionados que repiten las peregrinas especies sin hacer de ellas el más ligero análisis. Imitar tales renqueras es muy fácil y muy cómodo para los que no quieren darse el trabajo de estudiar la lengua nativa: lo que no les es dado á todos es ir en la práctica contra semejantes afirmaciones, y desmentirlas tan brillantemente como lo hace el mismo Fernández García, cuando esculpe sus bellos pensamientos de rica poesía en láminas de oro puro; cuando en bruñida prosa y en versos de impecable sonoridad, en que triunfa la labor gramatical y resplandece la luz tradicional de la genuina lengua castellana, nos regala y nos embriaga con el vino delicioso de nuestros clásicos.

[*] No aludo á los escritores que no gustan de la crítica gramatical como género literario, pues cada cual tiene sus aficiones; me refiero, sí, á los que infaman esta crítica y enarbolan enfurecidos el látigo de la injuria y de la calumnia sobre el honor de quienes la cultivan por desinteresado amor á la primera de las artes y al habla nacional.

Copio un soneto suyo, el último que ha publicado, para hacer más palmaria la exactitud de este juicio:

ROSA NEGRA

Su corazón fue un pájaro divino
á quien ó cantar su desconuelo,
una tarde, en un árbol del camino,
bajo el azul crepuscular del cielo.

A posarse en mi hombro alegre vino,
pero al notar lo amargo de mi duelo,
lanzando el ¡ay! aterrador de un trino,
partió el azul con el fulgor del vuelo.

Mi vida es un rosal infuisto y sombrío
en donde abrió sus pétalos la rosa,
la rosa negra y triste del hastío.

Miró el ave la flor de negras galas,
y al aspirar su esencia venenosa,
tendió al azul las temerosas alas.

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.

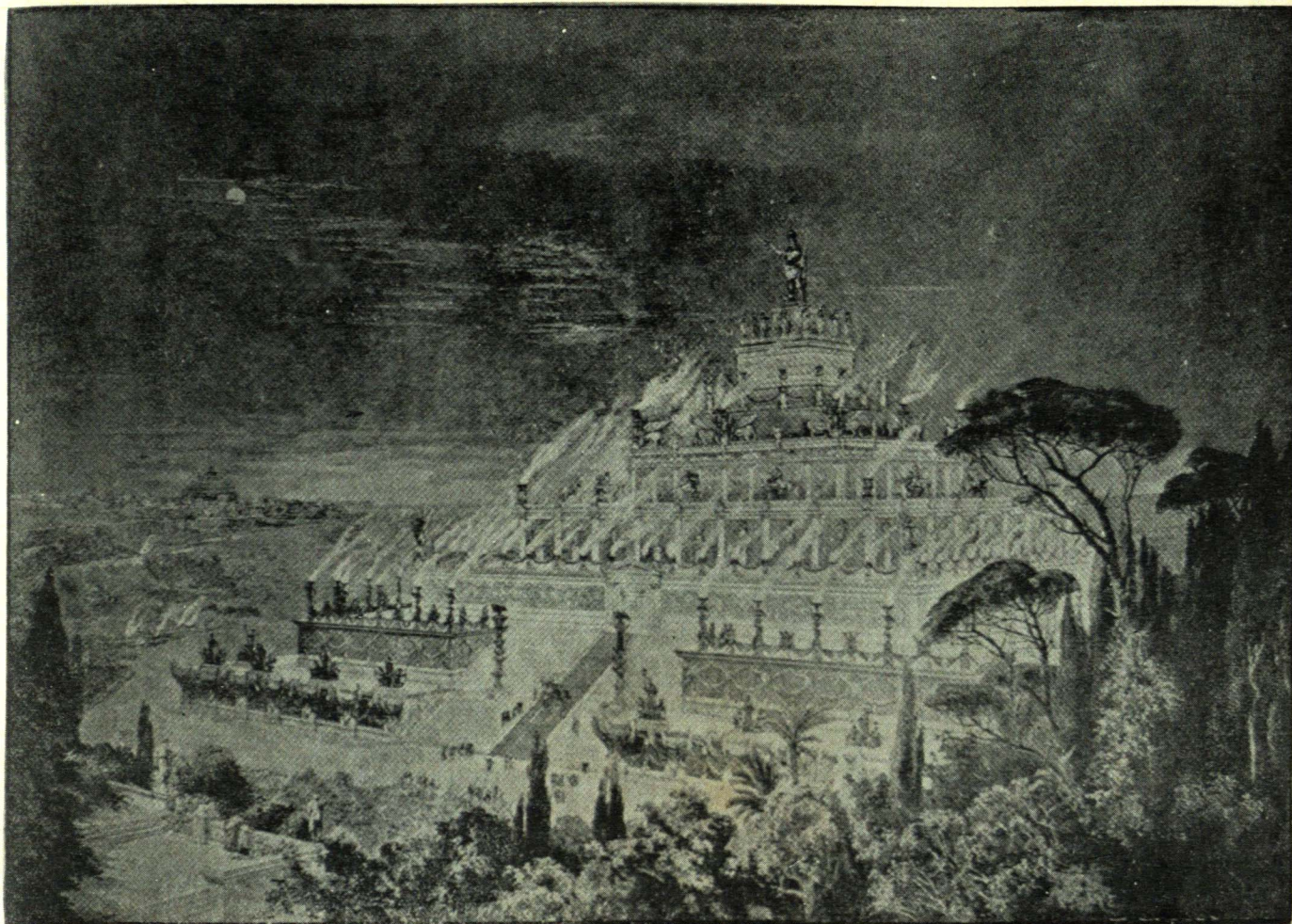
¿Qué anacronismo lingüístico ni poético podría haber, si sustituyéramos la firma de esos primorosos versos, por la del divino Herrera, y los fecháramos en Sevilla 1580? ¿Hay en ellos algo, siquiera una leve sombra, de la moderna gerigonza? Servirán ellos, en manera alguna, para cohonestar las impremeditadas teorías literarias de su autor?.... Canten así, si pueden, sus imitadores, y les perdonaremos las teorías.

—«*Viva la libertad: eso es lo que hoy vive!*»—exclaman muy satisfechos; pero bien saben ellos que cualquier cosa vive hoy, que todo tiene su hoy, que la dificultad está en alcanzar un mañana, y que en posesión, como indudablemente lo están, de las energías capaces de alcanzarlo, propenden al suicidio cada vez que se doblegan bajo la tiranía de una moda efímera ó ante los prestigios bulgüeros de un hoy harto fugaz. Saben muy ciertamente que *Arte* quiere decir *colección de reglas para hacer bien una cosa*, y que así como el pintor necesita conocer las suyas y observarlas, so pena de no ser más que un pintamonas, y así como la casa en construcción se vendría abajo si el alarife *modernista* prescindiera del rutinario nivel y de la vulgarísima plomada, así la ignorancia literaria, el desconocimiento de las reglas gramaticales, no producirá jamás la forma verdaderamente artística capaz de conquistar un día siguiente. La forma literaria sin Gramática es casa desplomada, por más recargada que esté de vistosos adornos, ya que el follaje afestonado de los frisos no es lo que sostiene al edificio, y es una locura engastar preciosidades en cosa deleznable.

Miguel Angel no habría pintado su maravilloso *Juicio Final* en la cúpula de la Capilla Sixtina, si muchas prosaicas y menudas reglas arquitectónicas, sabias y escrupulosamente observadas, no le hubieran garantizado la solidez, y, con ésta, ese mañana religión del verdadero artista.

Y aun apartando la solidez. ¿Qué artistas son estos que enamorados de un pensamiento original,—si los hay,—desprecian la corrección y la limpieza de la forma? ¿Es bello conjunto el que formaría una rica perla sobre sucia y rota chancleta? ¿Quedaría muy lucida la hermosa Cleopatra, tan recordada entre los *modernistas*, saliendo á triunfal paseo en un carromato de conducir estiércol? ¿Tenía gusto exquisito y delicadezas de artista, aquel maniático que ofreció á los

[*] Si hay alguna persona que venga leyendo mis artículos, á ella le ruego me permita interrumpirlos hoy con la publicación de estas líneas. Continuaré.



LA HOGUERA DE HEFAISTION. — Por F. Buracz

libertadores de Colombia un apetitoso banquete servido en palanganas y *chamber-pots*?...

Y apartando todavía la belleza. Por sobre el deleite están la enseñanza y la persuasión como supremo objetivo de la palabra, y ni el filósofo enseñaría nada, ni el orador persuadiría a nadie, si no basaran sobre la ley gramatical la expresión de sus pensamientos. Que los libros y los periódicos necesiten de sagaces buzos que les desentrañen el sentido, y que los discursos y conferencias resulten enigmática aglomeración de palabras, á causa de que los autorés de unos y otros, por ese extraño modo de entender la *libertad*, dieron de mano á los preceptos que la razón establece, y se complacieron en ensartar á trochemoche sus ideas, por grandes que estas sean, equivale á una muy lamentable desgracia social, porque paraliza la educación moral é intelectual de la comunidad, y por consiguiente hace imposible, de toda imposibilidad la civilización del pueblo.

Lo que yo no he creído nunca es que los estudios gramaticales, el encarecimiento de las reglas gramaticales, la crítica puramente gramatical, sean obra del genio, labor de iluminados y clarividentes, fruto celestial de inspiración sublime. Ni siquiera el dictado de *escritores* me han merecido jamás los autores de textos gramaticales que no hicieron cosa de verdadero ingenio, pues sé muy bien que el perfecto conocimiento de las

reglas no puede comunicar á nadie la facultad de *producir*, como en las academias militares, por sabias que sean, no se gradúa nadie de *Napoleón*, y como no se fabrican adrede en las escuelas de Bellas Artes los *Michelenas*, los *Schuberts*, los *Bartholdis*. Nuestro nunca bien ponderado maestro don ANDRÉS BELLO no escribió *La Oración por Todos* y sus otras obras poéticas, porque era un gramático, sino porque era un inspirado; y todos los conocimientos filológicos, respetos gramaticales y delicados escrúpulos en la aplicación de las reglas, virtudes notorias en PÉREZ BONALDE, JOSÉ ANTONIO CALCAÑO, JACINTO GUTIÉRREZ COLL, y MANUEL FOMBONA PALACIO, no habrían bastado jamás á inscribir los nombres de estos cuatro adalides de la Belleza, en la parte más alta de nuestro Parnaso, si el inenseñable *quid divinum*, en armonioso consorcio con las imposiciones del Arte, no les hubiera conducido á la inmortalidad. La Gramática no trata más que de la forma, nos da simplemente el molde, y los que no tenemos talento, ingenio que poner dentro de ese molde, no podemos llamarnos *escritores*; no lo somos, ni lo seremos nunca.

Pero de ahí á suponer que la Gramática, — «fundamento de las letras, ornamento del género humano, maestra de la palabra» — sea obra de viles sabandijas... hay la distancia que media entre la pura oración y la repugnante blasfemia.

Labor de sabandijas!... ¿Y no es á esa

nobilísima cátedra, conductora de todo el saber humano á través de pueblos primitivos y siglos bárbaros, á quien debe su mayor brillo la civilización actual? ¿Y no es á esas *despreciables ratas* de la crítica objetiva, á quienes debemos el habla hermosa de que tanto nos ufamamos, como les deben todas las lenguas modernas el alto grado de perfección que han alcanzado?

—*Labor de sabandijas!*... ¿Y quién te enseñó á deletrear y coordinar esas tres palabras, ingrata criatura?

—*Labor de sabandijas!*... ¿Y esto se escribe y se publica en Venezuela, cuya más alta gloria literaria, el *Príncipe de los Poetas Americanos*, pasó la mitad de su vida entregado abnegadamente á la hoy vilipendiada tarea, de la cual está cosechando la América española, y aun la misma España, frutos abundosos que la inteligencia conserva en trojes de oro!

—*Labor de sabandijas!*... ¿Y tal expresión contra la primera y más venerable de las labores humanas, no es de un palurdo y feroz machetero enemigo de las letras; ni de un avaro yanque adorador del *dollar* y del tanto por ciento; ni del discurso que el inmortal QUEVEDO pone en boca del rey *Sinam*, cuando este bárbaro combate fieramente la introducción de las artes y de las ciencias en Turquía. Es, si ¡oh sarcasmo! de inteligencias consagradas absolutamente al ARTE DE LA PALABRA, que cambian por libros, por papel, tinta y pluma las pocas mo-

nedas que consiguen; espíritus dotados de ligeras alas capaces de sostenerles siempre en majestuoso vuelo por sobre todas las ruindades y miserias de la vida animal; almas soñadoras que sacrificarían llenas de entusiasmo todas las ambiciones del mundo material, por solo un beso de la gloria, por una sonrisa de la Inmortalidad!

—*Labor de sabandijas!*... Pero por sobre semejante procacidad está el fallo de la Justicia que dice:—No hay artemás precioso que la Gramática, porque nada como la palabra atestigua ante el mundo exterior la superioridad del hombre sobre la bestia. El arte de comunicarnos los unos con los otros; el arte de exteriorizar nuestros pensamientos y nuestras voliciones, y de encaminar la razón esclarecida de los grandes espíritus, hacia la penumbra en que vegetan los pequeños; el arte por el cual recogemos el ejemplo de los pasados siglos, y podemos transmitir de generación en generación nuestras ideas, nuestras creencias, nuestros conocimientos, nuestras aspiraciones, usos, costumbres, hechos meritorios, reveses de la suerte, evoluciones de todo género y acontecimientos de toda especie, es la base fundamental de toda civilización y de todo progreso. Cultivarle con amor, defenderle con energía, difundirle con generoso altruismo, honrarle con inteligencia y gratitud, es glorificar al género humano. Perseguirle, escarnecerle y execrar á sus maestros, es, más que la coz del asno, un crimen de lesa humanidad.

P. FORTOULT HURTADO.

Barbada: 1904.

ROMÁNTICA

Yo en otro tiempo fui un bardo que pulsó su bandolina á la faz radiante y fina de una dama, cual un nardo, fragante y alabastrina.

Ya en mí la trova no tiene aquel vigor que amé tanto en la juventud: mi canto ya á la reja á oír no viene la dama que fué mi encanto.

Hay en la casa un profundo silencio, que desconcierta... La calle miro desierta... ¡Y en mí está desierto el mundo, porque mi dama está muerta!

L. TORRES ABANDERO.

1904.

PARA UNAS LIRAS

¡Oh lirás! ¡Oh prodigios! que en la sutil esencia del verso, habéis fundido la esencia de la vida, con el aroma dulce del alma enflorada y el corrosivo aroma de la implacable ciencia.

Del vino de la rima la viva efervescencia guarda en sus embriagueces el germen en que anida la magia que transforma la selva presentida en encantado huerto de eterna florescencia.

Yo de ese vino quiero libar hasta las heces, y para que me embarguen las sabias embriagueces que ponen en el alma como el fulgor de un astro;

Rostand me dé el Borgofia de su gloriosa Galia, escáncieme D' Annunzio su Lácrima de Italia y bríndeme su Oporto el portugués De Castro.

FEDERICO UHRBACH.

1904.

LA POMPA DE DIONYSOS (1)



RA el duodécimo día del mes Elafebolion, año cuarto de la CV olimpíada. Agathocles era arconte en Atenas.

Por todos los caminos llegaban á la ciudad los habitantes de los burgos del Atica. Verdaderas olas humanas invadían las calles y las plazas.

Desde muchos días antes Atenas había comenzado á recibir su contingente de extranjeros, atraídos por el esplendor de las grandes fiestas en honor de Dionysos, el amable dios salvador de Zeus, vencedor de los titanes y conquistador de la India. Llegaban por tierra, atravesando las fronteras de Megara y de Beocia ó desembarcaban en el Pireo, en cuyos tres puertos ondulaba una selva de mástiles.

Las casas de los atenienses estaban llenas de huéspedes, y los viajeros que no encontraban cabida en ellas, acampaban junto á las murallas ó invadían los pórticos, los jardines y todos los lugares públicos. Las calles, siempre animadas y bulliciosas, desbordaban en esos días consagrados al placer y á la licencia.

El pueblo se preparaba para asistir á la gran pompa de Dionysos. A la caída de la tarde cruzaban por todas partes hombres y mujeres llevando coronas, tirsos, vasijas de diversas clases, ramas, flores, antorchas de resina, cestos de mimbre y ofrendas para los altares. Los carros de los ricos y de las damas circulaban con dificultad por entre la muchedumbre. Se veía á los esclavos cargados con grandes ánforas colmadas de vino ó arrastrando á las víctimas destinadas á los sacrificios. Los rostros encendidos y los gritos y los cantos que resonaban en toda la ciudad, eran bien claro indicio de que no se había esperado á la noche para honrar al hijo de Semele.

La multitud se dirigía principalmente al barrio Cerámico por donde debía pasar la pompa, y asaltaba los pórticos, ocupando los sitios más altos ó mejor dispuestos para presenciar el desfile.

Admeto, Areteo y Clinias, reunidos en casa de éste apuraban la última copa de vino de Naxos y hacían las últimas caricias á dos aulétridas que habían amenizado el banquete con los sonos de sus flautas, cuando oyeron algunas voces roncas y lejanas que entonaban un diti-rambo. Admeto recordó entonces la fiesta y exclamó:

—Amigos míos, la pompa debe aproximarse ya á las murallas...

Los jóvenes saltaron de los lechos; hundieron sus manos en las jofainas de plata que les presentaban tres hermosas esclavas y se hicieron atar las correas de las sandalias. Cambiaron después las coronas de violetas y yedra que rodeaban sus sienas y envolviéndose en sus man-

tos salieron precipitadamente. Un esclavo de Clinias los precedía con una linterna. En la puerta esperaban los de Areteo y Admeto con grandes antorchas.

Llegaron al Cerámico. La multitud ondulaba allí como un mar; se apretaba en espesas filas contra los muros ó contra las columnas de las grandes casas y hacía vacilar, en continuo oleaje, las tarimas y los andamios contruidos para dominar mejor el espectáculo. En todas las ventanas se veía bustos femeninos, y en los techos dispuestos como azoteas, grupos de mujeres con lámparas ó teas encendidas y tirsos en las manos.

Los tres elegantes se abrieron paso con dificultad. Oían confusamente un rumor sordo y lejano, compuesto de voces humanas, sonos de instrumentos, gritos y clamores. El rumor se hacia cada vez más distinto. Cuando se aproximaron á la muralla, parecía avanzar ya sobre la ciudad como una orquesta enorme y ensordecedora, en la que se destacaban el resonante timpano, la flauta harmoniosa y el crótalo, la voz de los coros que cantaban diti-rambos, y largos y penetrantes aullidos.

De pronto la gran puerta Dipyla (1) se iluminó con un inmenso resplandor. La pompa penetró en la ciudad, desbordó á lo largo de las murallas y avanzó como una inundación. La multitud que la esperaba la recibió con un atronador alarido, y se replegó sobre sí misma como el agua del océano al estrellarse contra la playa. Crujieron los andamios, se agitaron los tirsos y las teas llameantes, y hombres y mujeres tendieron sus brazos al séquito del dios.

Se vió primero un bosque de antorchas que cubría el espacio de fuego y de humo. A su luz vivísima se destacaban extrañas figuras, envueltas en atavíos fantásticos ó semi-desnudas, agitándose locamente, retorciendo los brazos y levantando sobre sus cabezas mil objetos diversos. Cubiertas con pieles de corza, que descendían desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, danzaban con tirsos, antorchas ó vasos en las manos y amenazaban á los espectadores, lanzando gritos frenéticos. Vestidas con trajes de cazadores, kiton corto y altas botas, jugaban con serpientes que se enroscaban en sus brazos y en sus gargantas, erguían sus cabezas chatas y se precipitaban como dardos, en todas direcciones, con agudos silbidos.

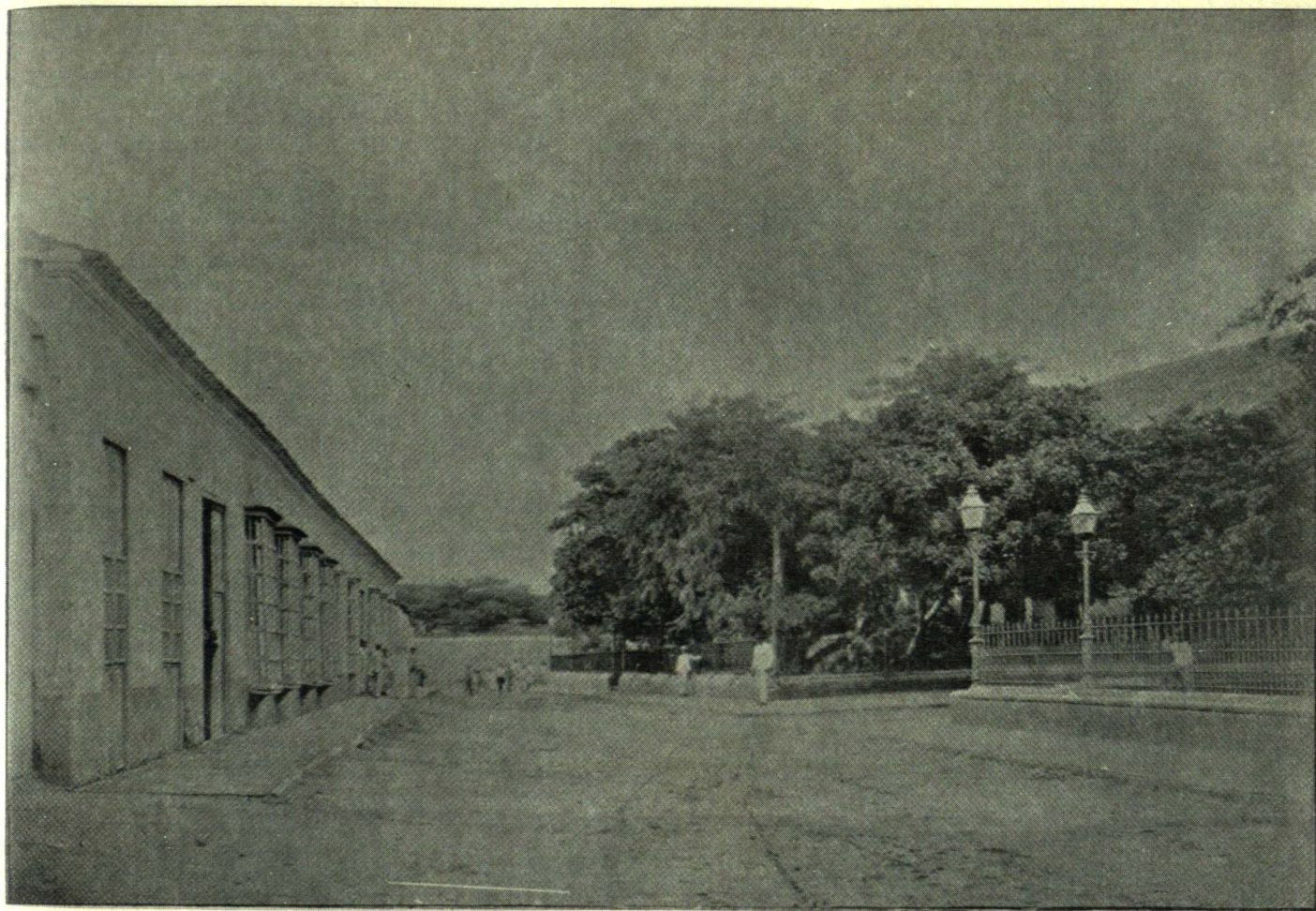
Detrás, grupos de Sátiros, unos flacos, calvos, barbudos, otros rechonchos, imberbes, todos con largas y prominentes orejas, cuerpos velludos, colas de caballo, cuernos en la frente y pies hendidos; coronados de pámpanos, saltando y aullando, deteniéndose á momentos para apurar los jarros y lanzándose después en carreras locas.

Apareció la tropa de Silenos, con grandes odres; viejos, ventrudos, ocultando las flojas carnes con pieles de cabra; montados en asnos, inclinándose á derecha é izquierda, ebrios, con las ramas de viña caídas sobre los ojos, cantando con voz ronca. Su llegada provocó una aclamación inmensa: *Sileno Pappos! Evios! Evios! Evoé!*

Sobre el coro de gritos y de aullidos se levantaron los acordes, impetuosos y vi-

[1] Capítulo de *Los Jardines de Academo*, novela en preparación.

[1] El Dipylon, doble puerta.



CORO: Plaza Federación - Avenida Norte. — Fotografía de Avril

vos, de las flautas y de las citaras y los roncros mugidos de los tambores. Y se oyó la música desordenada y fogosa del ditirambo y los versos en honor de Dionysos resonaron en todas partes. Modo frigio; aquí armonioso y entusiástico; allí desordenado y lascivo. *Evios! Evios! Evoé!*

Llegaron los falóforos. Enmascarados, cubiertos con hojas de yedra y de acanto, ceñidos de pámpanos, enarbolaban largos bastones de los cuales pendían los falos de cuero, de extremo escarlata. Y agitándolos incesantemente, entonaban el himno fálico, religioso y obsceno. A su paso se prosternaba la muchedumbre.

El gran sacerdote de Dionysos avanzaba lentamente. Vestía una amplísima túnica amarilla que caía en numerosos pliegues hasta sus pies; ceñía su vientre y su cintura una ancha faja de vivos colores y complicados dibujos y su frente una especie de mitra, y caía de sus hombros un magnífico manto de púrpura. Lo acompañaban los demás sacerdotes y los seguía una turba que arrastraba por los cuernos a los macho-cabrios que debían ser sacrificados al dios. Las víctimas balaban lastimeramente y sus conductores tenían los ojos fijos en ellas para observar si movían la cabeza demostrando su voluntad de ser sacrificadas.

Evios! Evios! Evoé! Saboé!

Surgían por todas partes infinitos y maravillosos personajes. El dios Pan, que

llevaba, en vez de báculo, un enorme tirso, con su rostro hirsuto, sus piernas de cabrón y la siringa en la mano; enormes máscaras de gestos inmóviles y monstruosos; cuerpos envueltos en pieles de asno ó de cabra; grupos de hombres disfrazados de mujeres, que hacían todo género de contorsiones; otros que ejecutaban danzas regulares al són de las flautas ó simulaban bailes guerreros, ostentando en lugar de escudos grandes vasos, y lanzándose bastones envueltos en ramas y hojas de parra, que hacían las veces de flechas y jabalinas.

Todos ebrios, tambaleantes, roncros, con los rostros purpúreos, las ropas desceñidas, jadeantes, coronados de yedra y de pámpanos.

El frenesí se transmitió á los espectadores. Las mujeres que ocupaban las terrazas unieron sus gritos á los del cortejo, y el pueblo que desbordaba en las calles lo siguió aullando y agitando sus ánforas y sus tirsos.

Clinias, Areteo y Admeto habían retrocedido hasta el pórtico Real. Delante de él se levantaba un altar donde la procesión debía detenerse para ofrecer un sacrificio, antes de seguir por una de las dos calles que desde ese pórtico conducían á la gran plaza.

La pompa avanzaba. En medio de los enmascarados y de los personajes simbólicos que representaban la comitiva que siguió á Dionysos en su conquista de la India, marchaban los coros organiza-

dos por las tribus del Atica, con vestidos magníficos y coronas doradas y resplandecientes. Los tres jóvenes se apresuraron á arreglar el desorden de sus mantos y á afirmar las coronas sobre sus cabezas; acababa de aparecer el cortejo de las canéforas.

Las doncellas de las más ilustres familias de Atenas, vestidas con blanquísimas túnicas de lino, aumentando sus atractivos con sus mejores adornos, se acercaban lentamente, con aspecto modesto y gravé. Llevaban en la cabeza cestos de mimbre que sostenían con una mano, y en ellos diversos símbolos, hojas de hiedra y los primeros frutos del año. Entre esas vírgenes iba Doris.

Llegaron al altar. Los sacrificadores, asiendo á un macho-cabrio lo levantaron en alto. Un sacerdote hizo las purificaciones con el agua lustral contenida en una cubeta que le presentó un asistente, y aproximó la *pátera* para recibir la sangre. En ese momento se oyó una gran voz:

—Guardad, guardad el silencio religioso!

Cesó el tumulto instantáneamente; enmudecieron los instrumentos; se apagó el canto; cesaron de golpe las danzas y las batallas de tirsos y un soplo de fervor religioso pasó por esa multitud, embriagada y frenética.

Clinias que examinaba á las canéforas á la luz de las antorchas, fijó sus miradas en Doris. Nunca había estado más

EL PERRITO RIQUET



ENCIDO el plazo, M. Bergeret tuvo que abandonar, con su hermana y su hija, la antigua casa ruinoso de la calle de Seine, para ir á habitar un moderno departamento en la calle Vaugirard.

Así lo habían dispuesto Zoé y el destino.

Durante las largas horas de la mudanza, Riquet erraba tristemente por el apartamento devastado. Veía contrariado sus hábitos más queridos. Hombres para él desconocidos, mal vestidos, injuriosos y repugnantes, turbaban su reposo é iban hasta la cocina á dar de puntapiés á su fuente de comida y su cántaro del agua. Las sillas eran levantadas á medida que se iba subiendo á ellas y los tapices tirados bruscamente de bajo su pobre cuerpo, al que, en su propia casa, no sabía en donde colocar.

Advirtamos, en honor suyo, que al principio había intentado resistir. Cuando quitaron la fuente había ladrado furiosamente al enemigo. Pero nadie había acudido á su llamado. No se sentía con ánimo y, á no dudarlo, era combatido. Mlle. Zoé le había dicho secamente:

— ¡Cállate!

Y Mlle. Paulina había agregado:

— Riquet, estás ridículo!

Renunciando, pues, á dar alertas inútiles, y á luchar solo por el bien común, deploraba en silencio las ruinas de la casa y trataba en vano, de aposento en aposento, de proporcionarse un poco de tranquilidad. Cuando los de la mudanza penetraron en la pieza en donde se había refugiado, se ocultó por prudencia debajo de una mesa que todavía quedaba allí. Pero semejante precaución le fue más perjudicial que útil, porque muy en breve el mueble se conmovió sobre él, se levantó, cayó crugiendo y amenazó anonadarlo. Huyó asustado y con los pelos de punta y se marchó á otro refugio, no más seguro que el primero.

Y aquellas penalidades, aun aquellos peligros eran poca cosa, comparados con otras que laceraban su corazón. En él padecía, por sobre todo, la moral, como se dice.

Los muebles del apartamento le representaban no cosas inertes, sino seres animados y benevolentes, genios favorables, cuya partida presagiaba crueles desdichas. Platos, azucareros, cazos y caceras, todas las divinidades de la cocina; butacas, tapices, cojines, todos los fetiches del hogar, sus lares y sus dioses domésticos, se habían ido. No creía que jamás pudiera repararse tan gran desastre. Sentía tanto pesar cuanto podía contener su alma. Por fortuna que, parecida al alma humana, era fácil de distraer y pronta al olvido de los males.

Durante las largas ausencias de los que efectuaban la mudanza, cuando la escoba de la vieja Angélica, levantaba el antiguo polvo del piso, Riquet respiraba un olor de ratones, espíaba la fuga de una araña, y su leve pensamiento se distraía. Pues muy pronto volvía á caer en la tristeza.

El día de la partida, viendo que las co-

sas empeoraban de hora en hora, se aflijó en extremo. Le pareció especialmente funesto que amontonasen la ropa en cajas sombrías. Paulina, con alegre prisas, metía sus trajes en un baúl. Se apartó de ella, como si la viese cometiendo un crimen. Y, arrinconado contra la pared, pensaba:

— Esto era lo que faltaba! Ya todo ha concluido.

Y, sea que creyese que las cosas dejaban de existir desde que dejaba de verlas, sea que solamente evitase un penoso espectáculo, resolvió no mirar del lado de Paulina. La casualidad quiso que yendo y viniendo, aquella se fijase en la actitud de Riquet. Esta actitud era triste. La niña la halló cómica y se puso á reír. Y, riendo, lo llamaba:

— Ven, Riquet, ven!

Pero él no se movió de su rincón ni volvió la cabeza. En aquel momento no tenía espíritu para acariciar á su joven ama, y por un secreto instinto, por una especie de remordimiento, temía acercarse al baúl abierto. Ella lo llamó varias veces. Y como él no contestase, fué á buscarlo y lo levantó en brazos.

— Pobrecillo! le decía, qué desdichado!

Aquel tono era irónico. Riquet no comprendía la ironía. Permaneció en los brazos de Paulina inerte y triste, y afectaba no querer ver ni oír nada.

— Riquet, mírame!

Tres veces le hizo esta súplica y las tres veces en vano. Después de lo cual, fingiendo una violenta cólera:

— Vete, estúpido! le dijo.

Y lo arrojó dentro el baúl, cuya tapa volcó sobre él. En aquel momento su tía la llamaba, y salió del aposento, dejando á Riquet encerrado en el baúl.

Aquél experimentó una viva inquietud. Estaba á mil leguas de imaginarse que había sido encerrado allí por simple juego y chanza. Estimando que su situación era ya bastante enojosa, se esforzó en no agravarla con alguna imprudencia, y permaneció algunos instantes inmóvil, sin respirar siquiera. Luego, juzgó útil explorar su tenebrosa prisión. Tanteó con las patas las faldas y las camisas sobre las cuales lo habían arrojado tan miserablemente, y trató de buscar alguna salida de aquel sitio temeroso. En ello se ocupaba hacía dos ó tres minutos, cuando M. Bergeret, que se disponía á marchar, lo llamó:

— Ven, Riquet, ven: vamos á pasear por los muelles. Aquello es el verdadero país de la gloria. Han construido allí una estación de una deformidad superior y de una fealdad maravillosa. La arquitectura es un arte perdido. Han demolido la casa que hacía esquina á la calle del Bac y que tan buen aspecto presentaba. Sin duda que la reemplazarán con alguna estupidez. Siquiera nuestros arquitectos introdujeran en el muelle de Orsay el estilo bárbaro de que tan espantoso ejemplo han dado en la esquina de la calle de Washington, sobre la avenida de los Campos Eliseos. . . . Ven, Riquet. . . . Pero ¿en dónde está el perro? Riquet, Riquet. . . .

La voz de M. Bergeret llevó á Riquet un gran consuelo; y contestó con el ruido de sus patas, que rasguñaban desesperadamente la pared del baúl.

— ¿En dónde está el perro? preguntó M. Bergeret á Paulina, que pasaba llevando un paquete de ropa.

bella la hija de Alkydamas. Los ojos brillantes, encendidas las mejillas, el alto seno agitado por la respiración anhelante, el cuerpo virginal descubriendo sus líneas puras y mórbidas, bajo la fina tela. Sobre su cabellera castaña caía, desde la sagrada cesta, un adorno antiguo, de rara riqueza, compuesto de infinitas cadenillas de lentejuelas de oro, en forma de hojas de árboles, que ocultaban la nuca y el cuello hasta el nacimiento de la espalda; en los extremos, ocho cadenas más largas resbalaban sobre los hombros, terminadas por grandes eslabones. Clinias no pudo apartar ya sus miradas de la admirable joven. Desde aquel instante la fiesta quedó reducida para él á la contemplación de esa figura hechicera.

Entretanto el sacrificador elevaba al cielo la cabeza de la víctima para ofrecerla al hijo de Zeus y de Semele, y alzando el cuchillo, corto y ancho, le quitaba la vida de un solo golpe.

Vinieron luego las libaciones. El sacerdote bebió en el vaso sagrado y derramó tres veces el vino en torno del cuerpo sangriento. Después gritó:

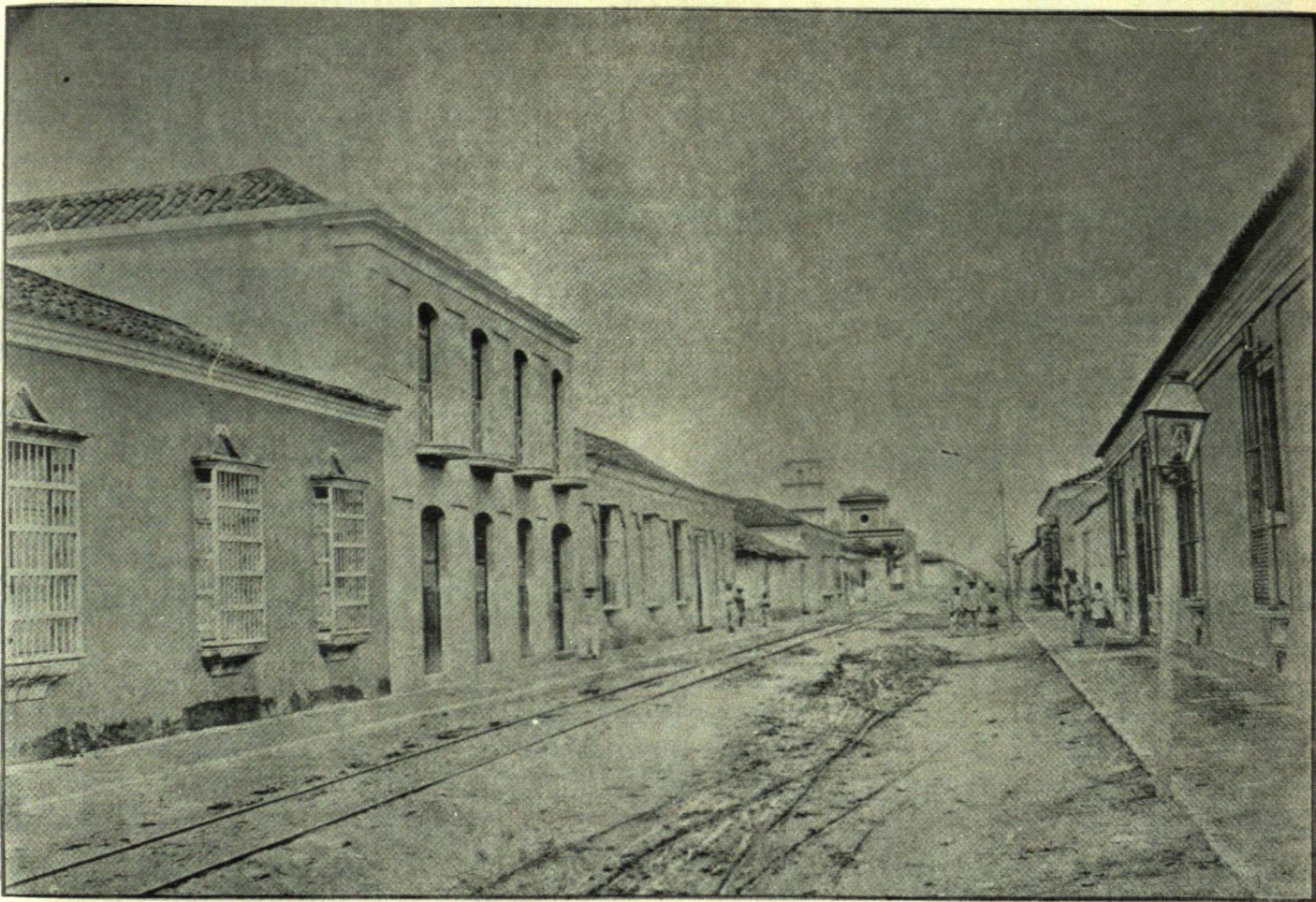
— Invocad al Dios!

Y la muchedumbre entonó el canto:— ¡Oh, hijo de Semele! Oh, Dionysos, autor de las riquezas!

La procesión continuó su marcha. El cortejo volvió á sus danzas, á sus músicas, á sus alaridos y á sus contorsiones; volvieron á agitarse sobre las cabezas las teas y los pámpanos; las serpientes, enroscadas un momento en los pechos y en los brazos desnudos, irguieron silbando sus largos cuerpos zigzagueantes; Sátiros y Panes reanudaron sus gestos lascivos; los Silenos, abrazándose á los cuellos de los asnos, los hostigaron con los talones; vibraron de nuevo las notas de los ditirambos, y un grupo de furiosos se precipitó hacia el altar para teñirse las manos con la sangre de las víctimas.

Y la ciudad entera, desde el Dipyllo hasta la puerta Diocaris y desde la puerta Acarnense hasta la puerta Itonia, resonó con un inmenso clamor, que pasó como un largo trueno bajo el cielo límpido de aquella noche de primavera.

Mientras la pompa avanzaba hacia el Agora como un luminoso torrente, á favor de la obscuridad que quedaba á su espalda un gran número de mujeres descendía de las terrazas, atravesaba las calles donde algunos rezagados marchaban aún, cantando con voz ronca y deteniéndose para beber el vino de las vasijas que llevaban en las manos. Pasaban las mujeres la puerta Dipyla y se perdían entre los monumentos y las estatuas, que destacaban entre los árboles, á la escasa luz de la luna, la inmóvil blancura de sus mármoles. Más tarde llegaron los libertinos de la ciudad, completamente ebrios, cantando ditirambos y agitando sus bastones convertidos en tirso. Y de entre los sepulcros salían gritos y aullidos, que indicaban á los hombres la presencia de las *lobas*, las cortesanas de la infima clase, ambulando sobre la hierba, junto á la estela funeraria de algún héroe ó al sepulcro de un grande hombre.



CORO: Calle Falcón. — Fotografía de Avril

—Está en el baúl, papá.

—¿Cómo en el baúl? ¿Y por qué está ahí?

—Porque es muy bruto, contestó Paulina.

M. Bergeret fué á libertar á su amigo. Riquet lo siguió hasta la antecámara, agitando la cola. Luego, un pensamiento asaltó su espíritu. Entró en el aposento, corrió hacia Paulina y se paró contra la falda de la joven; y después que la acarició tumultuosamente, en señal de adoración, regresó á reunirse á su dueño en la escalera. Habría creído faltar á la discreción y á la religión si no daba aquellas demostraciones de amor á una persona cuyo poder había llegado hasta hundirlo en un profundo baúl.

*

En la calle, M. Bergeret y su perro tuvieron el espectáculo lastimoso de sus muebles domésticos instalados en la acera.

Mientras los mozos de cordel que hacían la mudanza bebían en donde el tabernero de la esquina, el armario de espejo de Mlle. Zoé reflejaba la hilera de transeúntes, obreros, alumnos de Bellas Artes, muchachas, comerciantes, carromatos, fiacres, tapiceros, y la farmacia vecina con sus botes, y las serpientes de Esculapio. Recostado contra un mueble, el retrato de M. Bergeret padre sonreía en su marco, con cierto aire de dulzura y de pálida fineza y los cabellos en venda-

val. M. Bergeret consideró á su padre con un afecto respetuoso y lo retiró del sitio en que se hallaba. Acomodó también, al abrigo de ofensas, el pequeño velador de Mlle. Zoé, que parecía avergonzado de hallarse en la calle.

Sin embargo, Riquet frotó con sus patas las piernas de su amo, levantó hasta él sus miradas afigidas, y parecía decirle:

—Tú, antes tan rico y tan poderoso, ¿te has vuelto pobre? ¿Te has hecho débil, oh! mi dueño? Permites que hombres cubiertos de viles harapos invadan tu salón, tu dormitorio, tu comedor, que se refrieguen contra tus muebles y los saquen fuera, que arrastren por la escalera tu sillón profundo, tu sillón y mío, el sillón en donde ambos reposamos por las tardes, y á menudo en las mañanas, uno al lado del otro. Lo he oído gemir en los brazos de esos hombres mal vestidos, ese sillón que es un gran fetiche y un espíritu benevolente. Y tú no te has opuesto á los invasores. Si ya no tenías genios que llenasen tu hogar, si ya has perdido hasta esas pequeñas divinidades que calzabas en la mañana, al saltar del lecho, tus pantuflas, que yo mordía jugando, si ya eres indigente y miserable, oh! mi amo ¿qué va á ser de mí?

ANATOLE FRANCE.
De la Academia Francesa.



BICROMA

—

¡Oh Niña!

Pienso en horas insomnales que á mi regreso tu vestido sea de albor polar y verdes tropicales.

Anhelo verte así cuando te vea: entre alegres verdes de esmeralda y alburas adorables de ninfea;

un matiz de hojas nuevas en la falda, un blancor de jazmín en el corpiño, —ni el rojo lazo, ni la cinta gualda.

Tú sabes que soñando soy un niño, que un niño, á veces, puede ser esteta, y que por cosas de vestir no riño.

Si te digo un capricho de poeta —mi sueño bicolor— decirte quiero, porque no has de reir: eres discreta,

la causa del capricho. De viajero la pampa atravesé, y una mañana admiré la blancura de un garcero sobre el fresco verdor de la sabana!

A. ARVELO LARRIVA.

CRONICAS LITERARIAS

EL VERSO EN EL TEATRO



OMO en todas partes se sigue la moda que nos muestran los figurines de París, no esta de más que nos enteremos por qué derrotero camina ahora en la gran ciudad la moda literaria, y concretando más, la moda dramática.

En estos últimos tiempos la prosa reina casi sin excepción en el teatro francés. El realismo primero, y el naturalismo más tarde, exigían que el teatro fuese copia fiel de la vida; y como en ella no se habla en verso, sino en prosa, y ésta por lo común mala, y cuando menos incorrecta, el lenguaje dramático solía y suele ser una jerga llena de solecismos y de dicharachos. ¿Se habla mal en sociedad? Pues hay que hablar mal en la escena. Para muchos dramaturgos de Francia y de fuera de Francia, el nuevo canon fué una revelación. ¿Conque la Gramática estorba para el lenguaje teatral? ¿Conque sin habernos calentado los cascos podemos manejar el diálogo dramático al primer golpe? Y las puertas de la dramática, reservadas antes tan sólo á los poetas ó á los literatos, se abrieron de par en par para muchos Jourdain que escribían en prosa sin saberlo... y sin saberla.

No quiere esto decir que la prosa estuviese antes proscrita del teatro. En prosa escribió Shakespeare muchas escenas de sus dramas inmortales; en prosa escribían Molière y Beaumarchais; en prosa escribió Victor Hugo algunos de sus dramas; en prosa escribió Moratin sus mejores comedias, y aun en prosa escribió Lope la *Dorotea*. Pero siendo esto verdad, no lo es menos que, hasta fecha relativamente muy próxima á nosotros, la forma poética era la que en la escena dominaba.

No hay bien ni mal que cien años dure, y ahora adviértese en el teatro francés una reacción en favor del verso; reacción que sin duda se sentirá pronto en España. Poco há, la obra en verso de Juan Aicard *Le Père Lebornnard*, injustamente olvidada, quizás, principalmente, por su forma métrica, ha obtenido un gran éxito en la Comedia Francesa. Maurice Donnay está escribiendo un drama en verso, titulado *Armanda Bejart*, nombre, como es sabido, de la esposa de Molière; Francisco Curel trae entre manos otra obra en verso, titulada *Le coup d'aile*, y en verso escriben asimismo, á la hora presente, Edmundo Rostand una comedia, *El polichinela*; Jorge Porto-Riche un drama, *El amor de Wanda*, y Catulo Mendes otro, cuyo protagonista será Searrón.

No será, pues, de extrañar que dentro de poco resuene en todos los teatros de París el acompasado martilleo de los alejandrinos, y que en España, á imitación de Francia, fluya de nuevo sobre las tablas del escenario, el interrumpido raudal de redondillas, quintillas, décimas y romances, tan del gusto de nuestro pueblo.

El anuncio de renacimiento de la forma poética en el teatro, pone, por de-

cirlo así, sobre el tapete esta cuestión: ¿Cuál es el lenguaje más propio de la obra dramática, el verso ó la prosa?

Merece la pena tal cuestión de que se emborronen una cuantas cuartillas.

**

Los defensores de la prosa á todo trance emplean como principal argumento el de la verosimilitud. «Es absurdo—dicen—que el novio corteje y piropee á su novia en quintillas, y que el marido dispute con su mujer en cuartetas, y el yerno falte á su suegra en endecasílabos. La verosimilitud exige—siguen diciendo—que se hable en escena como se habla fuera de ella; de este modo la ficción escénica y la realidad se confunden, y la ilusión del espectador es completa.»

A primera vista el argumento parece no tener vuelta de hoja; pero á poco que se le examine se echa de ver que su solidez tiene más de aparente que de real. El espectador no va al teatro en busca de que se le engañe: su placer precisamente consiste en la comparación que establece entre el hecho real y su imitación escénica. «¡Qué bien se muere tal actriz!»—decimos. Y con este elogio no queremos significar que la comedianta—nos dé la impresión verdadera de la muerte, sino que nos hace sentir la fidelidad con que la muerte está imitada por la artista. Quiero decir con esto que el público asiste siempre al teatro con el convencimiento de que va á presenciar una ficción: ficción los muros y los árboles, ficción el tiempo de la acción dramática, ficción cuanto en ella se hace y se dice, y la forma en que se dice. Y la prueba de que esto es así, es el efecto cómico que producen en la masa general del público los insultos, pongo por caso, que algún candoroso espectador de la galería dirige al traidor del melodrama.

Con razón escribía Sarcey, en su *Ensayo de una estética del teatro*, que «el público tiene el privilegio singular de ver las cosas bajo otro aspecto, y esclarecidas con otra luz de como se nos presentan en la realidad. El público las cambia; donde hay ciertas líneas, él ve otras; lo que está coloreado de un modo, él lo ve con colores distintos.... Si le presentásemos los acontecimientos humanos tales como son y pasan en la realidad, le harían el efecto de que eran falsos.»

Si el personaje habla en verso, el público lo aceptará de buen grado, siempre que el verso imite artísticamente la conversación, como admite sin dificultad, ó más bien con placer, un telón de selva cuando está bien pintado. De seguro que este telón causará *ilusión mayor* y más efecto artístico que si se colocasen en el fondo del teatro ramas y troncos de verdad. Cuando vemos, por ejemplo, la hermosa escena en que contienden el alcalde de Zalamea y don Lope de Figueroa, ¿á qué espectador se le ocurrirá pensar que es inverosímil que hablen en romance agudo el soldado y el labriego? Póngase esta escena, bien llana por cierto y sin sombra de lirismo, en prosa, y se verá cuánto pierde de energía, y por consiguiente, de verosimilitud. La concisión misma del verso, el realce que éste da á las palabras más importantes de la cláusula, las vueltas que el poeta tiene que dar á su pensamiento para ajustarle á la medida y á la rima, son ca-

sos todos que aumentan la fuerza expresiva del lenguaje.

Conviene también tener presente que sobre la verosimilitud menuda, que se halla al alcance de todas las inteligencias, está la otra, la grande, la que prescindiendo de las pequeñeces de la realidad, de la imitación pueril de lo vulgar, nos eleva á la región de lo eternamente verdadero. Nadie, en la vida, es verdad, hace soliloquios en versos; pero, ¿hay algo más verdadero que el monólogo, en verso, de *Hamlet*?

¿Qué el verso es artificioso? Pero, ¿no hay arte en la prosa? ¿Quién habla como los personajes de *Un drama nuevo*? ¿Qué personas se expresan con la corrección, lógica y pulcritud que las de *El sí de las niñas*?

¿Quién se expresa como los de Echegaray, quién como *El abuelo*, de Galdós? Más llaneza y más verdad que en la prosa de estos autores hay en cualquiera de los romances de Lope ó de Tirso.

**

No negaré yo que, dado el prosaismo del teatro moderno, lo cominero y ruín de muchos de sus asuntos, lo bajo de las personas que intenta pintar, se impone á veces el uso de la prosa. Quizás sería lo mejor emplear ésta para las escenas que pudiéramos llamar de bajo vuelo, dejando el verso para aquellas situaciones en que el sentimiento y la pasión traspasa los límites de lo vulgar. Así lo hizo Shakespeare, y así lo hicieron en España Hartzenbusch y el duque de Rivas.

Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto, ó tal me lo parece, que no hay razones sólidas para desterrar el verso del teatro, particularmente en España, en donde la flexibilidad de su métrica hace que la versificación se ajuste perfectamente á todas las gradaciones del estilo.

Quizás la única dificultad verdadera que el verso ofrece es la de manejarle con soltura. Sinceramente creo que si el verso fuese, como en otro tiempo, requisito indispensable del teatro, no sería, como es ahora, tan numeroso el gremio de autores.

AUGUSTO F. VILLEGAS.
(Zeda.)

ASÍ!

Para el Doctor Patricio Mago.

Nostálgico de hermosos ideales
que agitan, implacables, tu existencia,
alta la frente y limpia la conciencia,
avanzas de la vida en los breñales!

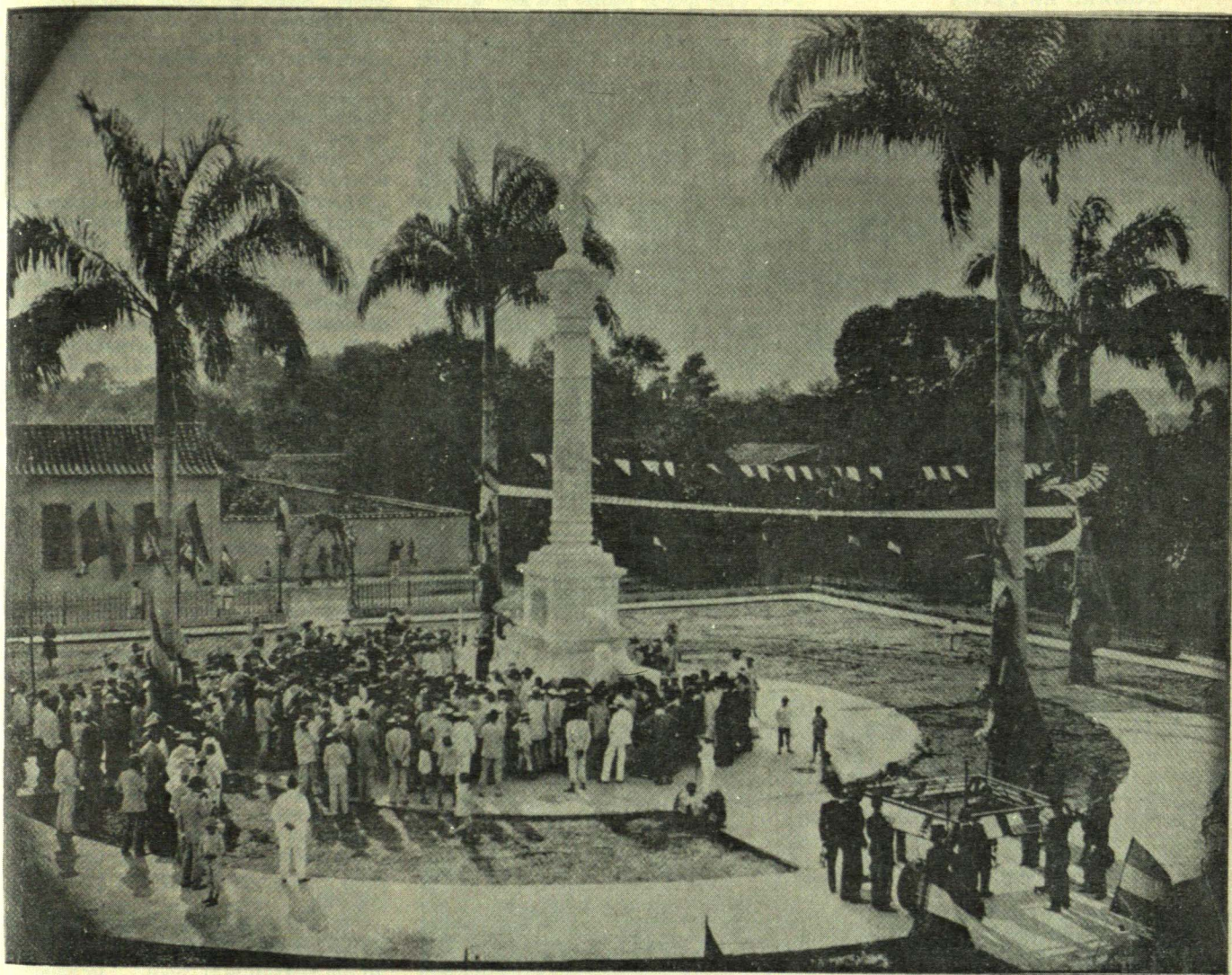
Si del mundo te hieren los zarzales
con poderosa y pertinaz violencia,
no vaciles jamás en su presencia:
contra el mar del dolor, rocas morales!

Avanza siempre, soñadora el alma,
y firme el corazón, al incentivo
de ser atleta en el combate rudo!

Y así del triunfo lograrás la palma!
Que en toda lucha, para el pecho altivo,
la voluntad es el mejor escudo!

G. QUINTERO L.

Caracas: octubre de 1904.



INAUGURACION DEL MONUMENTO DE TOCUYITO — 14 de septiembre de 1901 — Construido por J. Rovessi

LA LUCHA CONTRA EL POLVO

El polvo es el enemigo del hombre.

Lo perseguimos sin piedad, hace un cuarto de siglo, en nuestros aposentos y en nuestras casas. Desde que los automóviles lo suscitan en los caminos, se han hecho grandes esfuerzos para tratar de suprimirlo. Por iniciativa del doctor Guglielminetti ha llegado á constituirse una sociedad denominada «Liga contra el polvo», y, diariamente, esta liga lleva á cabo experimentos. Se ha intentado, como se sabe, esparcir petróleo, como se hizo, hace años, en Argelia y en la Gironda. Pero el gasto era fuerte en demasía. Se ha probado con el alquitrán, pero ofrecía muchos inconvenientes. Por último, acaba de descubrirse un barniz bastante barato, que parece satisfacer en la práctica. Se trata de la «westrumita», producto graso, barniz de aceite mineral, el cual se hace soluble en el agua, por saponificación con productos amoniacales. Esta westrumita, ensayada en Burdeos el año último, dió mucho mejores resultados y más rápidos que el alquitrán.

Ahora se han hecho nuevas pruebas, con motivo del circuito eliminatorio del gran premio Gordon-Bennett. El Gobierno había prevenido que se tomasen todas las precauciones, para evitar que los torbellinos de polvo ocultasen á los automóviles sus respectivas posiciones durante la carrera. En efecto, estos vehículos, animados de una velocidad de cien kilómetros por hora, levantan tanto polvo en tiempo seco, que no se ve, detrás de ellos, á veinte metros de distancia. ¿Cómo

esperar desgarrar ese velo opalino tan peligroso? El doctor Guglielminetti propuso, al Automóvil-Club, el riego con la westrumita. Así se ensayó. El polvo desapareció como por encanto. Fue preciso, para llegar á este resultado, emplear cincuenta toneles de riego y cien hombres. En cuatro días, bajo la dirección de ingenieros y agentes viajeros, todo el circuito de los Ardenes fue puesto al abrigo del polvo. Dos veces se regaron ochenta y ocho kilómetros; se mezclaron veinte toneladas del producto con novecientos de agua, que á veces era necesario ir á buscar lejos. El éxito fue completo.

Pudo prevérsele así, porque en marzo y abril, con ayuda de una subvención de la «Liga contra el polvo», el doctor Guglielminetti había ya regado una superficie de sesenta mil metros cuadrados, en el camino nacional de Niza á Monte-Carlo, con gran satisfacción de los habitantes y de los extranjeros. La travesía de Beaulieu, que sufría á diario del polvo después del paso de los automóviles, fue libertada del azote. Según M. Baud, conductor de puentes y calzadas en Villafranca, el camino no fue regado sino cuatro veces (dos veces al 10 p₁₀₀, una al 5 p₁₀₀ y la última solamente al 2 p₁₀₀).

Siempre se forma, á la larga, un poco de polvo; por ejemplo, ocho ó diez días después del riego, cuando pasan los automóviles, pero es polvo pesado y no hace torbellino.

Después de la lluvia, el camino, cubierto de westrumita, seca inmediatamente, en tanto que el que no ha sido preparado, permanece lleno de lodo, á lo menos durante tres ó cua-

tro horas. La westrumita da, en suma, buenos resultados.

Penetra algunos centímetros en la calzada y ésta toma un tinte amarillento y adquiere una superficie limpia y unida. Así tratada la calzada, no conserva sino por espacio de dos días un olor característico de lino calentado, que no tiene nada de desagradable. El camino se seca dos horas después del riego, de manera que no es necesario interrumpir la circulación si se riega durante la noche ó temprano de la mañana. Es bueno, para hacer la operación, escoger un día de buen tiempo: la lluvia que cae cuando el barniz está seco, no tiene ninguna influencia perjudicial: el disolvente del aceite mineral se evapora rápidamente, el producto se hace insoluble y no lo levanta el raudal de la lluvia.

Trátase de hacer ahora ensayos en París, en la vía del Bosque de Boulogne denominada «camino de la orilla del Sena.» Lo que se ha hecho ya ha dado resultado; se ha hecho también un ensayo en la avenida de la Grande-Armée, cerca de la Porte-Maillot. Aún no se puede juzgar de los resultados.

La cuestión importante que queda por resolver es, en definitiva, la siguiente: el kilómetro de riego parece costar cerca de trescientos francos con la westrumita. Este gasto no sería excesivo, aun repetido, si el producto arregla convenientemente el empedrado. Hasta podría hacerse una economía en la conservación de las calles. Pero hasta ahora los experimentos son muy limitados, para que pueda formularse una conclusión definitiva.

HENRI DE PARVILLE.

POEMAS EN PROSA

DÍAS GRISÉS Á LA ORILLA DEL MAR



o sé de nada más reparador, nada más dulce que saborear los días grises, sin horas, sin tintes cambiantes, en que el Océano y el cielo, como adornecidos, parecen reflejarse, fundirse en algo vago, lejano,—una gran cortina de gasa flotante que ocultase el infinito.

Los barcos anclados, inmóviles, semejan negros cuervos marinos, que se ciernen sobre las aguas. Se advina al sol por los resplandores nacarados que platan á intervalos el gris.

Las altas escarpas destrozadas pierden sus contornos, y ya no se ven aparecer esas sombrias macizas que se alargan sobre las rocas tapizadas de ovas y sobre los charcos profundos en que las anémonas marinas dilatan sus pétalos babosos.

El aire en calma tiene leves sonoridades que se prolongan como ecos. Las olas, apenas onduladas, se quiebran sin fuerza, en la arena descolorida, como el cielo y el agua.

Son los instantes de tranquila melancolía, en que se intenta resucitar los ensueños muertos del pasado, en que se busca el tormento exquisito del recuerdo, en que ya no se siente la fuerza de amar de nuevo, de aparejar hacia lo desconocido del día siguiente.

Mejores que los tórridos mediodías de agosto en que el sol flamea en medio de los trigos maduros, en que se ocultan las aves bajo las hojas incendiadas; mejores que las albas de abril, en que las flores de los cerezos se esparcen como una nieve odorante, por los caminos cubiertos de yerba salvaje; mejores que los crepúsculos violeta en que la luna sube como un globo rosa por detrás de las colinas; días lentos y muelles, que matan el corazón y adornan el sér.

Diríanse los abrazos envolventes de una mujer que hubiese venido decidida á los adioses de la ruptura, y que, no atreviéndose á pronunciar las palabras crueles, hunde su cabeza blanda, llorando, en nuestros brazos, tendidos hacia ella.

PAUL BOURGET.
De la Academia Francesa.

LA ENSEÑANZA MUERTA Y LA ENSEÑANZA VIVA



Encuentro solo en el salón de clases. Los niños acaban de despedirse. Quiero detenerme un rato á pensar é invito á los demás maestros á que piensen conmigo.

Ahí, á mi vista, están las mesas, las pizarras, los mapas y una porción de objetos de enseñanza los cuales en lenguaje mudo, pero elocuente, me hablan de los niños que acaban de marcharse.

Empiezo á discurrir ¿qué medios he empleado hoy para cultivar la inteligencia de mis discípulos? ¿He sentido grandes anhelos para mejorar la enseñanza? ¿Me he dejado llevar de una vergonzosa rutina?

A la verdad, no me hallo satisfecho de mí mismo. Encuentro grandes deficiencias en mi labor; encuentro todavía resabios de la antigua escuela; cierto mecanismo, ciertos amaneramientos que aún no he desterrado.

Lo reconozco y lo confieso de buena fe: tengo aspiraciones de maestro moderno; pero me acusan desplantes de maestro rutinario. Es preciso decir claramente las cosas como son.

Pero, ¿por qué no realizo mis aspiraciones? ¿Por qué sigo los procedimientos arcaicos de mis predecesores? ¿Qué obstáculos se oponen á que ponga en práctica mis ideales?

Ah! Es que estoy supeditado á un Reglamento que embota casi todos mis móviles de acción. Es que las familias de mis alumnos no se fijan más que en los efectos de relumbión, desentendiéndose del espíritu racional de la enseñanza. Es que no puedo trabajar en otro sentido con los escasos medios que me rodean.

¿Qué partido voy á tomar? ¿Cómo vencer estas resistencias de lo viejo contra lo nuevo, de lo estéril contra lo fecundo, de la enseñanza muerta contra la enseñanza viva? ¿Seguiré el camino más cómodo que es el de la pasividad? ¿Dejaré de rebelarme contra el sentido del vulgo?

Eso nunca. Yo no concibo el niño convertido en automática ó simplemente como aparato fonográfico, puesto que tiene todas las facultades del sér pensante, así como tiene todos los órganos del sér viviente.

Niño quiere decir hombre en miniatura; quiere decir alma, inteligencia, corazón, salud y vida, y tiene derecho á esperar de nosotros, los maestros, el desarrollo de todo esto, por ineludible ley de conciencia.

Educar al niño no es embodegar en su cabeza vana palabrería; no es vaciar en su mente frases hechas que otra mente elaboró. Educar al niño no es hacerle desempeñar el papel de las esponjas, que dan de sí únicamente el agua que han chupado y aun mezclada con las impurezas que contienen.

Palabras, frases, definiciones, clasificaciones, textos y más textos áridos, incursos, balumba intelectual, todo fútil, todo hueco, todo engañoso, aunque con apariencia de algo que tal vez se podría llamar pedantería.

Cada vez que, iluminado por la antorcha del buen sentido, me doy cuenta de mis labores escolares, formo el propósito de barrer y limpiar la enseñanza de aquellas escorias, y aunque las dificultades enumeradas en un principio y las otras casi insuperables de la concurrencia de niños que se agrupan alrededor del maestro, le obligan á uno á ceñirse á ciertos procedimientos, no obstante lucho.

Ved aquí el problema que debemos solucionar; éste es el nudo de la cuestión que sólo por medio de la lucha hemos de romper. Para ello preciso es montar en el entusiasmo que produce su *conquista*. Cada vez que consigo arrancarle un girón á la capa que envuelve la rutina, siento una alegría inmensa, la santa alegría que produce el deber cumplido.

¿Arriba! maestros de primera enseñanza, ¿qué importa que los hombres no nos aplaudan, si del fondo de nuestra conciencia se levanta la imponderable satisfacción del éxito?

Yo quisiera que todos los compañeros de profesión que recorren estas líneas intentaran algunos pasos hacia adelante; quisiera que cada palabra mía, que cada letra que imprimo en este papel despidiera rayos de luz que ahuyentaran las sombras de las inteligencias obstinadas en no querer salir de la obscuridad de las prácticas arcaicas de *illo tempore*; quisiera que cada pensamiento mío, tan pobre como sea se convirtiera en el badojo de campana para despertar la fe y llamar á la lucha.

Ha llegado la hora, queridos compañeros, de arrancar al niño de la esclavitud á que le condenamos, encadenándolo al libro, á la frase hecha, al pensamiento que no comprende, á la palabra que se le atraganta, á la esfera que le asfixia, porque se halla pobre de aire, de luz, de calor y de vida.

Interrogo de nuevo esas mesas, esas pizarras y esos mapas que tengo delante y trato de medir el alcance que tienen tales objetos como medios de enseñanza, y hasta de inventar otros nuevos, que yo no sé, pero que

pueden surgir del campo inagotable de las ideas redentoras.

Pero sobre todo de la palabra del maestro que suaviza las asperezas del libro y amplía é ilumina los conceptos; y con la palabra el tono suave que los endulza, y con el tono la mirada penetrante que trata de buscar por los repliegues de aquellas inteligencias que se entreabren como los capullos de la rosa al bienhechor rocío.

No seamos los evangelistas de la aridez que destruyen los tiernos brotes de las plantas, llenas de savia natural para esquilmarlas y empobrecerlas; para vestir las después con flores de trapo, que pueden ser pintorreadas, engomadas y hasta aparentemente hermosas, pero que carecen de aroma.

¿Pues qué! ¿No os causa pena y enojo el estar sentados ó de pie, pasivamente, desempeñando el triste ridículo papel de tomarles á los niños sus lecciones de memoria? ¿qué pensáis de aquel niño que, colocado en nuestra presencia, arrugando el entrecejo y mirando hacia arriba como si tratara de invocar todos los númenes, os vierte la lección, y como no acierte á recordar todas sus palabras, la convierte en un verdadero galimatías? ¿Al escuchar tamañas barbaridades y despropósitos, ¿no os dan tentaciones de coger aquel texto insípido y arrojarlo por la ventana?

En varias ocasiones en que esto me sucede (porque también yo pago alguna vez tributo á la rutina), abandono algunas veces la sección y empiezo á dar largos pasos por el aposento, pensando cómo me arreglaría yo para evitar tamañas desquisiones en mi escuela.

Entonces pienso que el mal arranca de muy lejos. Apenas el niño lee de corrido, y ya se le dan lecciones de memoria en libros que no comprende y de los cuales apenas si saca algunos átomos de substancia, todo para halagar la vanidad, la absurda vanidad de las familias.

Oh! llevar muchos libros en cartera es señal evidente de saber mucho. Así los alumnos de segunda enseñanza con sus libracos de tomo y lomo llevan muy orondos por esas calles la ciencia debajo del brazo. Así muchos sacan los sobresalientes á expuertas cuando vierten de memoria los textos en los exámenes. ¿Qué gasto de *fósforo cerebral* más improductivo!

Sobre el eje del fastidio giran las teorías más enrevesadas y los conceptos más desabridos, embarazando aquellas inteligencias, llenando aquellas cabezas de ciencia infusa, inoculada, no adquirida, que es cómo si dijéramos ciencia ilusoria, porque la instrucción calcada en el libro sin despertar ideas ni entusiasmos; la instrucción que no se siente, es letra sin espíritu; es farrago científico y nada más.

Pero tengo que referirme ahora á nuestras escuelas de instrucción primaria. Tengo que referirme á lo que observo todos los días, á mis experiencias de más de treinta años, y en verdad os digo que no sé cómo se puede enseñar á hablar y á escribir correctamente por medio de un tratado de Gramática al uso, ni sé cómo puede enseñarse la ciencia de los números, con un tratadito de Aritmética cualquiera, ni sé tampoco como puede enseñarse Religión y Moral con el precepto frío, sin rasgos que subleven el alma contra todas las injusticias y la predispongan á todos los sentimientos humanitarios.

Y no se diga que después de la lección teórica vienen los ejercicios prácticos. Aquí existe una preocupación, porque, ó los ejercicios prácticos se hacen derivar del libro ó no. En el primer caso la enseñanza es librotasca, porque el libro impera, el libro informa, el libro es el principal factor, y la acción del maestro, quieras no quieras se halla encadenada en el libro, sacrificando de

esta suerte inspiraciones de momento, sacrificando espontaneidad y frescura. En el segundo caso, es decir, cuando los ejercicios prácticos no se derivan del libro, éste muchas veces se convierte en un objeto inútil.

Inviértase el orden: vengan dos factores principales en la enseñanza: el maestro y el niño. Enséñese ante todo á pensar y á discurrir mediante el recurso magno de las *lecciones de cosas*. Abonado y preparado el campo intelectual, las plantas, que son las infantiles inteligencias, entonces se nutren y se desarrollan con vida propia. Subordínase entonces la teoría á la práctica, no la práctica á la teoría, esto es, que conozca el niño el fenómeno antes que la ley, que forme el análisis antes que la síntesis, y desempeñe entonces el libro el papel secundario que le corresponde.

No se trata de suprimir el libro completamente; no se aboga aquí para desterrar los pequeños textos de las escuelas. El papel que le corresponde al libro es el de *auxiliar* simplemente, sometido siempre á la acción del maestro. Esto cuando se trate de libros de fácil acceso; libros que tracen rumbos nuevos; libros cuya doctrina no sea repulsiva á los niños, sino fácil y amena; libros de buen corte pedagógico, de frase viva é interesante.

Cuando de lectura se trate, claro está que el libro es factor indispensable; pero con tal que pueda razonarse lo que se lea, porque de otra manera, es luz que no alumbra, es alimento que no nutre, es palabra que se evapora.

JUAN BENEJAM.

LA REHABILITACION DEL TABACO



El tabaco, al igual del alcohol, está condenado como el peor de los venenos. Una, diez, veinte ligas, ramificadas por todas partes, le hacen una guerra atroz. Es una verdadera cruzada, y si á esta hora los fumado-

res no están excomulgados, como antes se hacia con los infieles, es sin duda porque en el Vaticano se recuerda que la solanácea, objeto de tantas hostilidades fue introducida en Italia por un Nuncio, y en Francia por un legado de la Santa Sede.

Sin embargo, la yerba del gran prior ó de la reina, como se la llamaba en tiempos de Catalina de Médicis, ha tenido en vano abogados como Molière y Tomás Corneille: el primero declaraba que *quien vive sin tabaco es indigno de vivir*, y el segundo hallaba en él «sus más caros amores.» En vano: los adversarios son numerosos y entre ellos figuran la mayor parte de los higienistas y de los médicos.

Ahora bien, hé aquí que un docto colega alemán, el doctor Leonhardt Furst, de la Universidad de Leipzig, afirma que en el fondo de este proceso hay un error. Hasta ahora, el tabaco no había sido sometido á experimentos metódicos de laboratorio.

El sabio profesor de quien se trata ha emprendido este trabajo, y los resultados que ha obtenido le parecen concluyentes. Según él, la proscripción del tabaco es tan injusta como absurda: se puede fumar impunemente, con tal de que se sepa fumar. Prohibir este placer,



Monumento de Tocuyito, construido por Roversi. — Vista del Poniente

porque en ciertos casos, bajo ciertas condiciones, pone en peligro la vida de los imprudentes ó de los ignorantes, sería tan ilógico como pretender prohibir el uso de los cuchillos porque hay asesinos.

El error proviene de que se confunden los efectos del tabaco con los de la nicotina. Mientras que ésta es tóxica, el tabaco, cuando se le elimina ese elemento terriblemente nocivo, es no solamente inofensivo, sino benéfico. Tal es la tesis de Furst, y es curioso seguirla en su desarrollo.

En su origen, el tabaco no se empleaba exclusivamente sino en medicina. Así lo observó Colón entre los indígenas, quienes se servían de él para auyentar los mosquitos. Los portugueses fueron los primeros que lo importaron en Europa, como artículo de comercio. Juan Nicot, embajador de Francia en Lisboa, en 1569, lo llevó á la corte. El médico de la reina lo aconsejó á la irascible italiana para calmarle de los nervios. Fue la época de gran boga de la nicotina.

Los grandes señores, las grandes damas, los bufones de Enrique III, todos fumaban, y cuando en el Palacio del Traje, que formó parte de la Exposi-

ción de París en 1900, se colocaron algunas «pipas» de tierra sobre la mesa de la cámara en donde las delfinas concedían audiencias secretas, el detalle era perfectamente histórico.

Lo que ahora distingue la cuestión del tabaco de antes, es el abuso. Antiguamente no se fumaba, no se tomaba rapé sino muy moderadamente; hasta existía un código de etiqueta y de elegancia á este respecto. Tampoco se usaba la famosa droga sino en casa ó en la intimidad. En Londres y en Berlín, hace sesenta años, se llegó hasta formarles causa á los que fumaban por la calle.

Hoy se fuma,—porque tomar rapé ya casi ha pasado de moda,—inconsideradamente, y las consecuencias son fatalmente funestas. Una gran serie de males totalmente desconocidos de nuestros mayores derivan de semejantes excesos: neurosis, cardialgias, gastralgias y otras que debilitan el organismo y precipitan la muerte.

El tabaco encierra, como nadie lo ignora, un principio que mata: la nicotina. El grabado y la litografía han popularizado la escena de la primera «pipa.» ¿Quién no la recuerda? Esas náuseas que producen convulsiones estomacales

no reconocen otra causa que el veneno contenido en el tabaco. Poco á poco, como Mitrídates, el organismo se habitúa á él y se hace, en apariencia, indemne. Poco á poco, también, el gusto por la pipa, el cigarro ó el cigarrillo se torna en una necesidad, á veces tan imperiosa, que no es raro ver á un mendigo gastarse dos cuartos recibidos como limosna en *caporal* primero que en pan.

Los fumadores obstinados, los que no cesan de fumar, se destruyen el sistema nervioso y el aparato digestivo, por la excesiva absorción de nicotina; contraen insomnios, males de cabeza, jaquecas periódicas; pierden la memoria y se prepara una parálisis parcial ó total. Nada, á este respecto, más instructivo que el examen, con ayuda del estetoscopio, del corazón de un fumador. La diástole y la sístole funcionan irregularmente, el pulso se hace lento ó bien indica fiebre. El mismo aparato respiratorio se afecta: las pulmones se dañan progresivamente, se mueven anormalmente, hasta que cesa todo movimiento.

El descubrimiento de la nicotina data de 1828; se debe, científicamente, á Possett y Reimann, pero la nicotina alcaloide, que no existe sino en el tabaco y que entra siempre en combinación con los ácidos málico y cítrico, no había sido observada metódicamente. Tiene el aspecto de un líquido negruzco, límpido, oleoso, con un fuerte olor, que es el mismo del tabaco. Sus propiedades tóxicas las comprueban los hechos siguientes:

Si se le da á un terranova en pleno desarrollo una sola gota de nicotina, muere al cabo de sesenta segundos, y ninguna potencia eléctrica es capaz para resucitarlo. Un cuarto de gota mata á un conejo. Para hacer perecer instantáneamente á una pajarera, basta tocarle sucesivamente á cada pájaro el pico con una varilla impregnada en nicotina.

La dosis mortal para el hombre varia, pero recientes experimentos han establecido que 0g.003 de veneno introducidos en el estómago de una persona que goce de perfecta salud, le producen tales convulsiones que pierde rápidamente el conocimiento.

Para obtener la nicotina, se rompe el tabaco y se le macera en agua acidulada, y luego se agrega potasio, éter y ácido oxálico. Se deja evaporar hasta la consistencia de sirop, después se destila y el resultado es un líquido oleoso, negruzco, que pesa un décimo más que el agua: es nicotina pura.

En medicina se la emplea raramente y más á menudo como aplicación externa sobre una contusión ó un esguince. Obra como irritante local para combatir un mal interno.

Sus propiedades oleosas no le impiden ser notablemente líquida y fácilmente evaporable, lo que favorece su acceso al organismo por medio de los pulmones. Una vez ingerida es imposible expulsarla y su acción se opera lentamente.

El envenenamiento por la nicotina es difícil de descubrir, tanto más cuanto que el fumador, temeroso de ser contrariado en su hábito, disimula con frecuencia su mal al médico.

El doctor Furst refiere que tenía entre sus enfermos un joven estudiante rumano, de edad de 26 años, y una cantatriz de café-concierto. Uno y otra fuma-

ban de 35 á 50 cigarrillos por día. Antes de llevar á tal punto el abuso del tabaco, ambos gozaban de una robusta salud. El cigarrillo les había desecado la garganta, hécholes perder el sentido del gusto y aun el del oído, afectándoles la vista. Otros tres enfermos eran terribles fumadores de cigarros; un periodista, de edad de 33 años, y dos comerciantes de 45 y 49 años. Los tres sufrían horriblemente de reumatismo y dolores articulares.

El tratamiento empleado para cuatro ó cinco enfermos de esta especie fue durante mucho tiempo ineficaz, á causa de la falta de sinceridad en las declaraciones de los pacientes. Al fin, cuando se dirigieron á Furst y le confesaron su pasión por el tabaco, les impuso como primera condición abstenerse por completo durante un mes del uso del tabaco. Después de este lapso, pudo diagnosticar su mal y en cada caso no prescribió otros remedios, para hacer desaparecer poco á poco los síntomas de envenenamiento por nicotina, que la abstinencia no del tabaco, sino del abuso del tabaco.

La nicotina se contiene en mayor cantidad en las partes blandas de la hoja que en los bordes. Estos no contienen sino 1,63 p $\frac{m}{g}$, en tanto que la cantidad intoxicada de las otras partes llega hasta 2,84 p $\frac{m}{g}$. Por el contrario, si se seca la hoja en la planta, la presencia de la nicotina baja hasta 1,20 p $\frac{m}{g}$. Es mayor en el tabaco no fermentado, y disminuye mucho en el que queda expuesto al aire, lo mismo que en el comprimido.

En el tabaco preparado para cigarros ó cigarrillos ó el destinado á llenar la pipa, la nicotina se halla combinada con ácidos orgánicos. Es á este veneno al que debe atribuirse el aroma particular, así como el gusto amargo del cigarro. Si se seca completamente el tabaco, como se hace en ciertas regiones de Alemania, se hace menos peligroso, pero pierde su aroma y su gusto porque la nicotina se evapora.

El docto Furst agrega:

«Tengo delante los análisis químicos de 96 muestras de tabaco, provenientes de diversos países y de diversas fábricas. El máximo de nicotina contenida en ellos es de 3,73 p $\frac{m}{g}$; la media, de 1,32.

Mientras menor cantidad de nicotina tenga un cigarro, es mejor. Un fumador rico, que no tenga el gusto obliterado, puede fumar sin peligro hasta quince cigarros por día, siempre que pague su calidad. Conozco un emperador que por hábito y por gusto, fuma cigarros fabricados con tabaco del país que no pagarían en Nueva York, en donde son caros, á 25 céntimos la pieza; y sé de buena fuente que los cigarros finos, extremadamente suaves y aromáticos de La Habana, que fuman Eduardo VII, Rothschild, Pierpont Morgan, no contienen sino 0,62 p $\frac{m}{g}$ de nicotina. El más perfecto cigarro de Puerto Rico no encierra sino 1,20 p $\frac{m}{g}$, mientras que en los de tabaco alemán hay hasta 2,13 y 2,36 p $\frac{m}{g}$.

Las conclusiones del profesor de Leipzig son categóricas:

El tabaco no es peligroso sino para los que lo fuman malo, para los que mastican el cigarro é infectan de nicotina las membranas de la boca. Cada bocanada

de humo que aspiran es veneno que introducen en el estómago, con tanta mayor facilidad cuanto que la nicotina se mezcla con la saliva.

Cuando se fuma, la nicotina se aloja inmediatamente detrás de la parte encendida del tabaco, y á cada bocanada, el cigarro ó la pipa se impregnan de nicotina y de los otros elementos inherentes al tabaco, esto es, amoniaco, ácido carbónico y otros. Resulta de esto que el extremo del cigarrillo no solamente sabe mal, sino que es peligroso; en los malos cigarros está lleno de veneno. Luego, primera y urgente recomendación:

No fumar jamás un cigarro, un cigarrillo ó una pipa hasta el cabo.

El cigarrillo es más perjudicial á la salud que el cigarro y la pipa, porque el papel, al quemarse, desprende óxido de carbono, nocivo á los pulmones y á los ojos, á la vez. Es también anti-higiénico permanecer en un aposento lleno de humo de cigarrillo. Cuando el humo comienza á cosquillar los ojos, es señal de que debe abandonarse en el acto la pieza. En cuanto á la nicotina, ésta se disuelve con mayor rapidez en verano que en invierno.

A pesar de todo, aunque la nicotina sea un enemigo del género humano, no menos temible que el alcohol, el doctor Furst sostiene que no hay razón para dictar leyes contra el uso del tabaco, que no es preciso dejar de fumar, ni tampoco recurrir al procedimiento del doctor Gérold, que quiere que se neutralicen los efectos tóxicos de la nicotina sometiendo el tabaco á una reacción química.

Indudablemente este procedimiento es bueno (se sabe que se trata de hacer cocer las hojas de tabaco, antes de la fermentación, en ácido tánico mezclado con aceite esencial extraído del *origanum vulgare*), y da tal inocuidad á los cigarros preparados así, que se puede fumar hasta 25 y 27 por día, comenzando antes del desayuno; pero en definitiva, el procedimiento vale tanto como eliminar la nicotina y preservarse de ella.

Ahora bien, aprovechando los consejos de los químicos y los beneficios de la experiencia, hay un método elemental, que se resume en ciertas precauciones fáciles de tomar:

1^a No hacer uso sino de cigarros suaves.

2^a No fumar sino buenos cigarros.

3^a No fumar nunca la última mitad del cigarro, ni el cabo de un cigarrillo.

4^a Si el cigarro ó el cigarrillo se apagan, no volverlo á encender.

5^a No sentarse en una atmósfera de humo de tabaco.

6^a No mascar el extremo del cigarro.

7^a Emplear una cigarrera forrada de algodón, al cual se adhiere la nicotina y no penetra en mayor cantidad en el sistema del fumador.

8^a No fumar en casa sino en pipas de largo tubo y de preferencia en *narghilé*.

Hé aquí el código que, según las últimas conquistas de la ciencias, reabilita al tabaco. Bien pudieran fijarse sus prescripciones en los cafés, en los estantos y aun en las calles.

NUESTROS GRABADOS

Doctor Francisco R. de Goenaga

Remitimos á nuestros lectores la carta que nos dirige de Nueva York nuestro constante colaborador, señor Jacinto López, y que publicamos al pie del retrato del notable venezolano y distinguido facultativo á quien se refiere dicha correspondencia.

Japoneses perdidos en un campo de Manchuria

Desde los tiempos de Crimea, el mundo no había presenciado una guerra más estrepitosa ni más sangrienta que la guerra actual, entre la Rusia y el Japón.

Para darse ligera cuenta del espantoso tormento de esa refriega, es necesario tener presente la naturaleza y las condiciones del terreno sobre el cual se están librando esas batallas monstruosas que recuerdan las de los tiempos fabulosos de la antigüedad asiática, y los lugares en donde están situadas las plazas fuertes que con un denuedo y una furia inconcebibles se están disputando los beligerantes.

Ya no es tanto la pericia, el valor extremo, la resistencia admirable, la fortaleza de ánimo y de cuerpo de los soldados moscovitas y de los infantes de Nipón. Es que Manchuria, el campo colosal de las formidables batallas, por sí sola es el primero y más poderoso enemigo que tienen que someter rusos y japoneses. El palmo descubierta que hay en aquel territorio está ocupado, ó por charcas intransitables, que son seguras tumbas de quienes se atreven á pisarlas, ó por grandes verrugas rocallosas, que oponen al paso de las armas el filo de sus valientes.

El resto de la Manchuria es toda una inmensa é indómita extensión, que la naturaleza y el arte han hecho terrible para las bélicas faenas. En partes, campos extensísimos, literalmente cubiertos de apretadas plantaciones de millo, trigo, maíz; huertas muy ricas de cultivo; bosques tupidos de abedules, sauces y manzanos; los valles estrechos, hondos y largos, oprimidos por montañas impenetrables de malezas, zarzales y espinos; los techos de los ríos, profundos y pedregosos: no siempre azul y diáfano el cielo; no siempre clara la luna, que remonta cortejada de gruesas nubes blancas.

Las *sotnias*, ó guerrillas rusas, acampan materialmente prisioneras de la tierra, que á su rededor es infranqueable; las compañías japonesas pasan noches de exploración y vigilancia, entre gargantas opresoras, á cuya salida los campos cultivados semejan altas marañas de yerbas.

En tal terreno, solamente es práctico y se orienta fácilmente el guía chino, no siempre á disposición ni merecedor de la confianza de uno ni de otro combatiente. De tan múltiples circunstancias afanosas se derivan episodios y escenas como la que reproducimos: un destacamento de infantería japonesa se extravía y perece en un tupido campo de millo, sobre una ladera salvaje.

El general Stoessel

En el momento en que escribimos estas líneas, anuncia el cable que las fuerzas japonesas progresan rápidamente en las operaciones de asalto de Puerto Arturo.

Sea cual fuere el resultado final de este duelo sangrientamente portentoso, lo cierto es que en el incendio que devora la Manchuria y la Corea, entre sus rojos resplandores se destaca noble y magnífica, la figura del intrépido general á cuya bravura y pundonor ha confiado Rusia, en Puerto Arturo, la honra de su nombre, y la defensa y gloria de sus banderas.

El general Stoessel es un hombre culto, caballeroso, muy cortés, de una imperturbable



GENERAL KOUROPATKINE
Comandante en jefe del ejército ruso



MARISCAL OYAMA
Comandante en jefe del ejército japonés

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

serenidad como militar, y de un humor tranquilo y silencioso, más bien taciturno.

Los generales japoneses, al sitiar la plaza, enviaron al jefe de la defensa rusa un parlamentario, con las proposiciones de rendición, sobre las bases siguientes:

1ª La guarnición saldría de la plaza con todos los honores de la guerra, para incorporarse al ejército del general Kouropatkin;

2ª Las personas civiles serían conducidas á un lugar designado por los japoneses;

3ª Los buques rusos anclados en el puerto, comprendidos el *Pobieda*, el *Revitsan*, el *Sebastopol*, el *Peresviet*, el *Palada*, el *Bayan*, doce contra-torpederos por lo menos, y cuatro cañoneras, serían entregados al Japón.

Refiérese que cuando el general Stoessel leyó estas proposiciones, salió de su calma característica y comenzó á pasearse nerviosamente, á largos pasos, profiriendo terribles juramentos.

Inmediatamente contestó á los jefes sitiadores que rehusaba sus proposiciones y que se «mantendría en su puesto y en su deber hasta morir.»

Hasta ahora, el bravo moscovita ha sostenido gallardamente su palabra.

Después de la batalla

PRISIONEROS RUSOS AL CUIDADO DE SOLDADOS JAPONESES

En medio de los furores de la guerra, rusos y japoneses, esto es, los gobiernos y jefes superiores de los dos pueblos en lucha, se emulan en los medios y procedimientos prescritos por la civilización, para hacer menos crueles las penalidades y vicisitudes de los combatientes.

Nuestro grabado representa un grupo de heridos rusos, vigilados provisionalmente por soldados japoneses, mientras son trasladados á las dependencias de la Cruz Roja, la cual se encarga de asistirlos en el cuartel general de inválidos y prisioneros, establecido en Matsuyama, en la gran ciudad de Shikokou, por orden y bajo las responsabilidades del gobierno imperial del Japón.

Toda persona que desee informarse de la suerte y salud de los que, afiliados á la causa de Rusia, han sido hechos prisioneros de guerra por los japoneses, ó que se presume que los son, puede dirigirse á la Legación del Japón en París, en donde se le darán, por cuenta del solicitante, todos los detalles posibles.

La oficina de la legación japonesa se encar-

ga también de las cartas y regalos que se les envíen á los prisioneros rusos. Los ministerios de guerra y de marina del Japón han tomado todas las medidas relativas al tratamiento que debe dárseles: en Tokio hay establecida otra oficina, que se ocupa de llevar nota de los lugares de internación, mudanzas, alzas en los hospitales, defunciones; y redacta los boletines especificativos de la marcha de la salud de los enfermos y heridos.

El gobierno del Mikado ha decretado flete libre y franquicia aduanera para todos los objetos que por las líneas férreas bajo el dominio japonés y por los puertos que ocupa, les sean enviados á los prisioneros rusos.

Los cuerpos del ejército tienen orden para transmitir inmediatamente al general Ishimoto, presidente de la oficina de Tokio, todos los datos relativos á prisioneros de guerra, heridos y muertos del enemigo: igual orden han recibido los comandantes de las escuadras combinadas, los prefectos marítimos y el presidente de la Cruz Roja japonesa.

Todos los objetos que se encuentran sobre los muertos rusos ó que pertenecieron á prisioneros que fallezcan, los remite el gobierno del Japón al Ministerio de Guerra de Francia, para que los haga llegar á manos de las familias ó de los interesados.

La población en donde están reclusos los prisioneros, que como hemos dicho es la gran ciudad de Shikokou, en Matsuyama, tiene gran simpatía por los héroes rusos y los visitan con frecuencia, llevándoles provisiones, objetos de uso, vestidos, etc.

Por último, los sacerdotes cristianos son libremente admitidos en aquella ciudad y pueden ejercer su misión, garantizados por la autoridad del Mikado.

Una pica

CUADRO DE RENÉ CHOQUET

«No permitir que hierva la sangre africana que en las venas llevamos»—decía la señora Pardo Bazán, cuando hacía crónica respecto á la inauguración de un gran circo torero en París.

Lo cierto es que la «sangre africana» ya no solamente hierva en venas de hijos y nietos de bulliciosos musulnes de la *jarana* cordovesa; sino que también entona su himno de alborozo á la luz, al color, al denuedo, en las venas de quienes más retirados han nacido de la tierra de Europa que el dolor filial de nuestro historiador González llamó «pedazo etíopeo incrustado» contra el Pirineo.

Una chispa de la linfa muzárabe ha saltado la barrera pirenaica y ha prendido su ardiente pábulo en vasos apacibles de septentrionales. Aquí tendremos dentro de poco, según anuncios de la prensa diaria, una nueva comoción del pigmento morisco, y la siempre nueva oportunidad de presenciar «las fiestas del sol y de la sangre» que dijo Darío, y que Barrés llamó «de la voluptuosidad y de la muerte.»

Alarma.

CUADRO DE J. BRETÓN

Cuando hay paz entre los hombres y palpitante júbilo en las almas, y el sol es cariñoso en luz, y dócil el agua,—hermana piadosa del labriego,—la vida rústica es una bella vida bendita, primogénita de los dones de Dios.

Así, en los campos felices de la Europa laboriosa: adelante, la ancha avenida, alfombrada de briznas y mutiladas espigas que ya dieron de su seno el grano providente; como talud de oro y jade, la tupida y uniforme hilera de trigos y ceutenos, cuyos ápices flamean contra el horizonte; en un claro, en el que se hacinan las gavillas, hombres delgados y fuertes, aldeanos y campesinas vigorosas, niños laboriosos, que recogen, limpian y atan la mies, con cuyos haces hinchen los pesados carretones que los conducen al granero, á la trilla y al molino.....De improviso, la fatalidad abre sus labios nefandos y sopla su aliento siniestro. Al dulce incendio sin fuego de las espigas de oro, cubre y devora el incendio voraz alimentado por el combustible de los tallos resecaos, y cuando flamean sus banderas de rojo despiadado y flotan, bajo la complicidad del viento vuelto enemigo, las crines deslumbrantes de la pira, el afán pacífico y jubiloso de la siega, se torna rápidamente en confusión de gestos y agonías, bajo el pánico de la éra en llamas.

Es la única muñeca falaz y la única contorsión dolorosa de la vida campesina.

El juego de ajedrez

CUADRO DE EDWIN LERD WECKS

El artista ha ilustrado una página gloriosa de los califatos; una página cantora y voluptuosa de la España árabe, de la delicia musulmática de los siglos IX y X.

Sevilla y Toledo, y Granada y Córdoba supieron de esa magnificencia del imperio agarenos; brillante fulgor de siglos para las letras, el arte y la cultura peninsulares. Época de aljamas encantadas, de palacios fantásticos, de alcázares miríficos, y de mansiones maravillosas, á las cuales los emires gloriosos llevaron á habitar las musas, que se llamaban: «Rhedia; Aischa, Maryem, que recuerdan las Safos, las Aspasias y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia.» Allí vivían ellas, entre los guerreros del Profeta, bajo el encaje y los arabescos de aquella arquitectura de ensueños; acariciadas por el agua y el aura y la fragancia de aquellos baños, aquellas fuentes de mármol y aquellos jardines, asombrados por naranjos y granados y claveles; tendidas sobre suntuosas telas de Oriente, «bordadas por ellas en el fastidio del harén», sintiendo en las carnes que cantan un himno de voluptuosidad y de guerra, las frías saetas del pavimento de azulejos.

La hoguera de Hefestión

Un notable orientalista alemán, el doctor Diodor von Franz Jaffé, acaba de reproducir la pira colosal que, entre otras manifestaciones de duelo, decretó Alejandro el Magno para celebrar la muerte de uno de sus generales, Hefestión, su amigo, compañero de infancia y condiscípulo, según afirmación de Quinto Curcio.

Esta hoguera monumental, levantada, por las célebres falanges macedonias, costó diez mil talentos, ó sean 56 millones de bolívares.

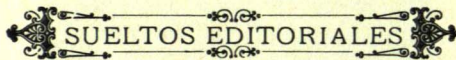
Monumento de Tocuyito

Reproducimos las vistas del monumento que el escultor Roversi ha construido, según las disposiciones del Decreto expedido por el general Cipriano Castro, Presidente de la República, para conmemorar la batalla de Tocuyito, final de la Revolución Restauradora.

Vistas de Coro

La capital del Estado Falcón es, como se sabe, la más antigua de la América española, después de Cumaná.

Es actualmente una ciudad de diez mil habitantes, embellecida por algunas plazas y alamedas; contándose entre las primeras la plaza *Federación*, cuya vista publicamos junto con la de una de las calles principales, y en la cual plaza se ha erigido una estatua del Mariscal Juan Crisóstomo Falcón.



LA VOZ DE LA NACIÓN

El día 2 del mes corriente entró este apreciado colega de la capital en el segundo año de su existencia periodística.

Para celebrar su primer aniversario, *La Voz de la Nación* promovió, entre nuestros escritores y poetas, un Certamen literario, cuyos temas fueron *Castro político*, *Castro guerrero*. Los concurrentes fueron numerosos, según lo hace constar el Jurado que designó el colega; y entre las composiciones recibidas se adjudicó el premio á una de que resultó autor el señor doctor R. López Baralt, y se distinguió con mención especial otra del señor Carlos Benito Figueredo.

Enviamos al colega nuestras cumplidas y sinceras felicitaciones.

SEÑORA JUANA A. REYNA DE HERNAIZ

El día 3 del mes corriente falleció en esta ciudad la distinguida dama cuyo nombre sirve de título á estas líneas.

Deja en duelo un hogar por muchos títulos merecedor del aprecio y de las consideraciones de nuestra sociedad; y solitario y vacío un sitio que ella supo ocupar dignamente, por el valor y la altitud de sus virtudes.

A su esposo, á su hijo y á sus hermanos, y á las familias Hernáiz y Reyna enviamos el testimonio de nuestra sentida condolencia.

DOCTOR S. VAAMONDE BLESBOIS

† en Caracas, el 29 de octubre de 1904.

El día 30 del mes pasado, celebráronse, en el templo parroquial de Nuestra Señora de la Candelaria, las honras fúnebres para la inhumación del cadáver del DOCTOR VAAMONDE BLESBOIS.

Una larga enfermedad que él mismo, facultativo distinguido por sus conocimientos, sabia de difícil si no imposible curación, había postrado á aquel buen ciudadano, excelente padre de familia y hombre de ciencia, que tan oportunos, útiles y sabios servicios prestó á la sociedad, á la Patria y á nuestras cátedras universitarias.

El DOCTOR VAAMONDE era profesor de Patología interna y Patología general en la Universidad Central; profesor que por su ciencia y sus condiciones fue siempre apreciado sinceramente por sus colegas y querido y respetado de sus discípulos.

Aquéllos y éstos, así como las numerosas relaciones que en vida tuvo el

DOCTOR VAAMONDE, formaron fúnebre cortejo á sus despojos, ofrendándole el homenaje postrero de consideraciones y de afecto que con tanta justicia merecía.

Enviamos á su estimable familia la expresión muy sentida de nuestra pena, por la desgracia que á ella y á la República aflige.

SOCIEDAD "AURORA BENÉFICA"

Hemos recibido el cuadro que esta corporación ha publicado con motivo de la elección de sus nuevos funcionarios, ocurrida el 2 de septiembre retro-próximo.

Deseamos á la sociedad «Aurora Benéfica» acierto en sus labores y agradecemos el envío que se nos ha hecho.

DUELO

El hogar del señor doctor Laureano Villanueva viste luto en estos días, por la muerte de uno de los niños de su hijo Laureano, víctima de una enfermedad violenta, cuyos desastrosos efectos no pudieron delener y vencer la ciencia con sus recursos, ni el cariño con sus salvadoras solicitudes.

Reciban la expresión de nuestra condolencia los afligidos padres del niño JULIO VILLANUEVA.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Ley Orgánica: Estatutos y Reglamento de la Academia Nacional de Medicina.

La obra de Castro y los hombres de Castro, por Esteban D. González.

Voto Razonado: A los cerebrales, por Juan Liscano.

Homenaje á la memoria del Presbítero Doctor José Antonio Ramos Martínez.—Carúpano.

Alegato ante el Tribunal de 1ª Instancia en lo Civil de la Sección Occidental del Distrito Federal, en el juicio que, por nulidad del testamento de la señorita Trinidad Machado, siguió contra sus sobrinos Tiburcio y Tomás Rodríguez Machado el señor Juan Bautista Machado Echezuría, por el doctor José Santiago Rodríguez.

Viajes del Presidente: De Puerto Cabello á Nirgua y de Nirgua á La Victoria.—Crónicas telegráficas, escritas expresamente para *El Constitucional*.

Constitución del Estado Guárico sancionada por la Asamblea Constituyente en el año de 1904

Damos las gracias á los señores remitentes.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en «El Cojo Ilustrado», hemos suplido que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta Empresa artículos de personas á quienes no conocemos. Esto nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y además nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo á esas personas con quienes no tenemos relaciones: QUE NO NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HEMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

SECCION DE AJEDREZ

(Esta sección está á cargo del señor Carlos Perret Gentil, de La Guaira, á quien debe dirigirse toda comunicación que á ella se refiera)

PARTIDA Nº 11

Jugada el 9 del actual en el «Club Ayacucho» en la sesión de 20 Partidas simultáneas dada por el Director de esta sección con el resultado de 10 ganadas; 4 perdidas y 6 Tablas.

Apertura del «Peón Dama»

Blancas.—Señor C. Perret Gentil Negras.—Señor Martín Ayala

- | | |
|-----------|-------------|
| 1—P 4 D | 1—P 4 D |
| 2—C 3 A R | 2—P 3 R |
| 3—P 3 R | 3—P 4 A D ! |
| 4—P 3 A D | 4—C 3 A R |
| 5—A 3 D | 5—P 5 A |
| 6—A 2 A | 6—A 3 D |
| 7—0—0 | 7—0—0 |
| 8—C D 2 D | 8—C D 2 D |
| 9—P 4 R | |

Correctamente planteado el juego por ambas partes inician las Blancas un juego abierto.

- | | |
|----------|------------|
| | 9—C x P |
| 10—C x C | 10—P x C |
| 11—A 5 C | 11—D 2 A D |

Con excelente criterio emprenden el contra ataque; los peones doblados son muy eficaces para proteger el Rey, y la línea abierta del C R que tomará la Torre procurará un fuerte ataque.

- | | |
|------------|------------|
| 12—A x C | 12—P x A |
| 13—D 2 D | 13—A 5 A ! |
| 14—D 2 R | 14—R 1 T |
| 15—R 1 T | 15—P 4 A |
| 16—A 2 A | 16—T 1 C R |
| 17—P 3 C R | 17—A 3 D |
| 18—C 5 R | 18—P 4 C D |
| 19—T D 1 D | |

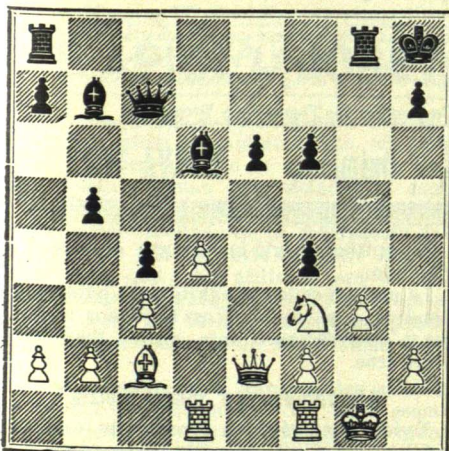
Un error; esta Torre debió colocarse en 1 R para dar libertad á la Dama.

- 19—A 2 C †

La cooperación de los Alfiles Negros es muy eficaz. Si contestasen ahora las Blancas P 3 A R † perderían el caballo al atacar lo las Negras con P 3 A.

- | | |
|------------|------------|
| 20—R 1 C | 20—P 3 A R |
| 21—C 3 A R | 21—P 5 A ! |

Negras.—Señor Ayala.



Blancas.—Señor Perret.

El asalto es conducido por el joven Ayala tan vigorosamente que obtuvo el premio de la mejor partida. La situación es muy interesante.

22—A 4 R !
Unica jugada para evitar un desastre inmediato

- | | |
|------------|------------|
| 23—P A x P | 22—P x P |
| 24—D x A | 23—A x A |
| | 24—A x P ! |

Es evidente que si las Blancas capturan este alfil recibirían el mate en dos jugadas.

- | | |
|------------|----------|
| 25—R 1 T | 25—A 3 D |
| 26—D x P | 26—T 3 C |
| 27—T 1 C R | 27—D 2 R |

Esta simplificación favorece al contrario siendo más difícil, jugando á un tiempo varias partidas, afinar con la jugada precisa mientras no se han cambiado las Damas.

- | | |
|----------|----------|
| 28—D x D | 28—A x D |
| 29—T 1 R | 29—A 1 A |
| 30—T x T | |

En su afán de simplificar, favorecen al adversario uniendo sus peones aislados. Debían jugar C 4 T y tenían á su favor para el final: la línea dominada por la Torre; los peones mejor situados y caballo contra alfil.

- | | |
|----------|----------|
| 31—C 4 T | 30—P x T |
| 32—R 2 C | 31—R 2 C |
| 33—R 3 A | 32—R 2 A |

Un error grave del cual inmediatamente se aprovechan las Negras. Era menester mover P 3 T R.

- | | |
|------------------|------------|
| 34—P 3 T R | 33—A 3 D |
| Golpe decisivo ! | 34—T 1 T R |
| 35—R 4 C | 35—P 4 A † |
| 36—R 5 C †† | |

Las Blancas estaban bajo la impresión de que las Negras para ganar el Caballo habrían de jugar A 2 R † en cuyo caso las Blancas ganarían inmediatamente con T x A † seguido de C x P † ganando la Torre y no vieron, debido al cansancio de semejante lucha, el golpe de gracia.

- 36—T 4 T † Mate

La Guaira, 24 de octubre de 1904.

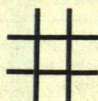
Notas por

CARLOS PERRET GENTIL.

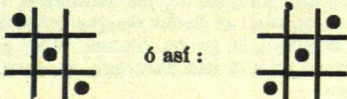


El juego de Cruz y Punto ó sea † y •

Lo juegan dos personas, teniendo en medio un papel en el que previamente se traza el siguiente dibujo.



Uno de los jugadores debe marcar cruces (+), y el otro puntos (•). El juego consiste en poner uno de ellos su marca en un espacio cualquiera de los nueve que se forman entre las cuatro rayas; luego el otro pone la suya en otro espacio, y así prosiguen alternativamente, hasta que un jugador ha logrado colocar tres cruces ó tres puntos (según lo que sea su marca) en línea. El que primero lo consigue es el que gana. Al decir tres marcas en línea, quiere decirse que pueden encontrarse diagonalmente así :



Verticalmente así :



y horizontalmente de cualquiera de los tres modos siguientes :



Ahora, para tomar parte en un juego no basta saber jugar; es preciso también saber ganar, y en la «cruz y punto» puede uno salir triunfante sin necesidad de recurrir á trampas ni á otros procedimientos feos. Tampoco está la ventaja en este juego de parte del que tiene la salida ni del que juega en segundo lugar, sino simplemente de parte del que juega mejor.

Un ejemplo vale en este caso más que cualquier explicación.

Figurémonos que el jugador que tiene la salida, y á quien llamaremos A, marca cruces; su contrario, llamémosle B, marcará por consiguiente puntos.

A pone una cruz en el espacio superior de la izquierda, y B un punto en el espacio inferior de la derecha, en esta forma :



Si A es un buen jugador, ya no necesita más para saber que va á ganar. Por de pronto, pone otra cruz en el espacio superior derecho.

B debe marcar en seguida en el espacio superior central, á fin de impedir que su contrario complete la línea á la jugada siguiente. El juego, por consiguiente, se presenta ahora así :



A marca ahora en el espacio inferior izquierdo; de manera que apenas B vuelve á jugar, él podrá completar una línea de cruces. En efecto, habiendo quedado el juego así :



si B pone un punto en el cuadrado central, A pondrá una cruz en el espacio izquierdo, que queda vacante; y si B marca en este mismo espacio, A marcará en el cuadrado central, formando una línea diagonal y ganando el juego.

Algunos consejos no vendrán mal á los principiantes.

El que empieza el juego, si quiere ganar, como es de presumir, debe poner su primera marca en una esquina de lo que podríamos llamar el tablero de juego. Haciéndolo así, está casi seguro de ganar, á menos que el contrario marque en el cuadrado central. Por el contrario, si uno sale marcando en este cuadrado, para que gane será necesario que el contrario no ponga su primera marca en ninguna esquina.

De aquí que si el primer jugador no sabe lo que se trae entre manos, el segundo podrá ganarle fácilmente con solo poner su primera marca en el centro ó en una esquina, según que aquél haya salido por una esquina ó por el centro, respectivamente.

La dificultad está cuando los dos jugadores lo son de veras; entonces es cuando el juego se hace más interesante y cuando ninguno está seguro de poder ganar. Esto es, después de todo, lo que sucede con todos los juegos habidos y por haber.

Esperando . . .

Entre los papeles dejados por el infortunado escritor español D. Salvador López Guisjarro, sobre su mesa, revueltos con ápuentes y observaciones, para trabajos en preparación, ha encontrado una de las personas que han asistido á sus últimos momentos, una cuartilla, escrita con mano temblorosa.

Contenía versos.

En ellos reflejó, sin duda, el escritor sus últimos pensamientos, que por tantos motivos pudieran haber sido desesperados.

Lejos de eso, estos versos son un himno á la esperanza.

Ciertamente, cantar á la esperanza cuando la intrusa está cerca, y cuando apenas hay pan, es un raro y admirable ejemplo de confianza en Dios.

Hé aquí los versos, que si no tuvieran otro mérito, tendrían el de ser expresión de los sentimientos de un alma que se va :

«En cuanto á recordar mi mente alcanza de la edad de inocencia y de pureza en que la vida terrenal empieza, veo un astro irradiar : es la Esperanza.

Y su luz, ora opaca y abatida, ora cual la del sol clara y brillante, no dejó de alumbrar ni un solo instante mi existencia agitada y combatida.

Pisando flores ó pisando abrojos, á merced de los fallos del destino, seguí con frente altiva mi camino sin apartar de aquella luz mis ojos.

En vano fué que la fortuna airada sus codiciados dones me negase ; en vano que en el mundo yo no hallase ni el puro amor, ni la amistad sofiada.

En vano que el horrible sufrimiento desgarró mi alma con tenaz porfía ; pues si un día me vence, en otro día cobra mi corazón fuerzas y aliento.

Y aunque el dolor me vaya aniquilando ; aunque para mí mal no halle consuelo, no desespero, no : pienso en el cielo ; sé que Dios está allísigo esperando.

La vuelta al mundo en canoa

UN VIAJE ARRIESGADO

La Tilikum es una canoa sacada de un tronco de árbol hace treinta y cinco años, que primeramente perteneció á un jefe indio de Alaska, el cual se la vendió á un marino llamado Voss.

Hoy está anclada en el puerto de Margate (Inglaterra), enarbolando bandera inglesa en uno de sus tres palos, y llamando la atención de todos porque su patrón ha dado en ella la vuelta al mundo, recorriendo 40.000 millas en tres años, tres meses y doce días.

Su arriesgado capitán ha referido las peripecias del viaje, que empezó en el Pacífico, pasando después, entre otros puntos, por Samoa, islas de Fiji, Australia, Nueva Zelanda, Nuevas Hébridas, Cabo de Buena Esperanza, Brasil, etc., acompañado solamente de una persona atrevida, pues más no cabían en la embarcación.

El compañero que ha desembarcado con él, al finalizar el viaje, es el décimocuarto que le ha acompañado ; los anteriores abandonaron la empresa en el primer puerto que encontraron por miedo al viaje, que, como se verá, no era nada de agradable.

El capitán Voss se ha tenido que pasar cinco días solo en su canoa, porque según cuenta, no sin que se le salten las lágrimas á 1.200 millas de Sydney medio zozobró la embarcación, y las olas arrastraron á su compañero Begent á las once y media de la noche. El capitán viró en redondo, llamó á grandes voces al naufrago, pero vino el día sin que lograra encontrarlo. Si grave era la pérdida de un buen amigo, no lo era menos la de la única brújula que llevaba en el bolsillo. Por

otra parte, había perdido días antes el ancla; de suerte que hubo de proseguir el viaje sin compañero, sin ancla y sin brújula.

Voss, apesadumbrado, no podía descansar, ni comer, ni dormir. Cinco días después de esta catástrofe, se desencadenó un violento huracán que arrancó de cuajo el palo trinquete de la canoa, y con gran trabajo pudo recogerlo y volverlo á montar.

Una noche, á 125 millas de Sydney, vió las luces de un vapor que venía directamente hacia la canoa, invisible para el piloto, porque los faroles de la canoa no podían alumbrar. Voss empapó entonces un trapo en aceite de kerosina, y con la llama advirtió al buque de su presencia y evitó un serio desastre.

Para comprobar todo cuanto dice el capitán, posee una serie de documentos firmados por cónsules, capitanes de trasatlánticos y otras personas de respetabilidad.

De sus recuerdos de viaje, es digno de extractar lo que dice respecto de los indígenas de Nuevas Hébridas :

«Esta gente —dice— es tan salvaje como hace tres siglos, pues entre otros ritos, conserva el de enterrar vivas á las viudas de los jefes.

Los isleños de Humphrey nos recibieron muy bien. El rey Manahiki organizó un banquete en honor mío y de mi compañero, un banquete monstruo que, aunque destinado á dos personas, hubiera sido suficiente para llenar el estómago de 300 salvajes de buen apetito. En el centro de la mesa nos pusieron un cerdo entero asado, mientras varias muchachas indígenas nos ponían grandes sombreros de paja que otras nos quitaban para ponernos otros.

Entre otras atenciones, el rey nos ofreció dos hijas suyas para que nos casásemos con ellas. Yo me disculpé diciendo que estaba casado, y mi compañero hizo otro tanto.»

En un islote deshabitado al Oriente del archipiélago de Fiji, el capitán Voss encontró un esqueleto humano, al lado del cual había una escopeta antigua. Todo parecía indicar que era una víctima de los caníbales. Pero pudo comprobar el hecho de que estas tribus no se comen á la gente blanca, sino que la destierran en una isla para que se muera de hambre.



LA NIÑA CARMEN NEYRA, hija de Don José Neyra, Belascoain 13, Habana, Cuba, fué atacada de tumores, á causa del artrismo (inflamación de las articulaciones) y estuvo bastante mal. El Dr. Muñoz Bustamante, con medios externos y la legítima **Emulsión de Scott** logró colocarla como hoy se encuentra, perfectamente bien. La niña está completamente curada. Por la pureza de sus ingredientes la **Emulsión de Scott** legítima destierra estos malos de raíz.



Exjase la verdadera Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuevas y rechácese las imitaciones. Los consumidores deben poner especial cuidado y observar que el nombre Scott y Bowne y el triángulo con las palabras *Perfect, Permanent, Palatable* aparezca en cada frasco. Téngase cuidado también con las preparaciones que han adoptado nombres similares, esto es que á primera vista pueden confundirse con el de la legítima Emulsión de Scott.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

El capitán recogió la calavera de este desgraciado.

La curiosa canoa se exhibirá al público en Londres, y el capitán Voss leerá sus aventuras y observaciones ante varias Sociedades científicas.

Los ratones con fuerza motriz

Todos conocerán esos aparatos en que una ardilla ó un débil pajarillo hace girar una rueda cada vez que intenta andar.

David Hatton, hombre sumamente práctico, se dijo, observando una de estas jaulas maniobrada por un ratón, que tal trabajo exigía una fuerza muy pequeña á causa del poco peso de los ratones ; pero que no costando nada

SOLUCION PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
 El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** **BRONQUITIS CRÓNICAS**
 L. PAUTAUBERGE, 9^{ta}, Rue Lacaze, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 Desconfiarse de las Imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EXAMINASE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE.

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, o Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Deposito General, Dr. Paul GAGE Hijo, F^{co} de 1^a cl., 3, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

LINIMENTO GENEAU para los CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esquinces, Alcanes, Moletas, Alifates, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades e Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar Ullaga ni caída de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas. — P^{recio} 6 fr. Deposito General: Farm^a GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS



ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

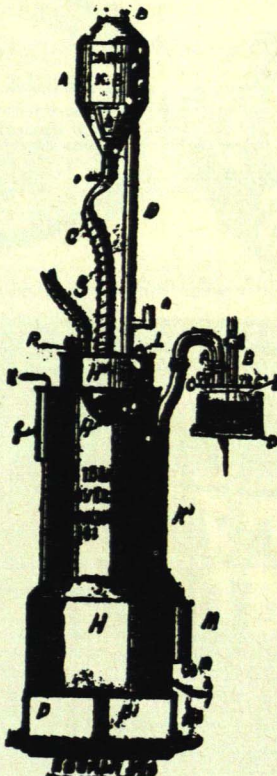
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

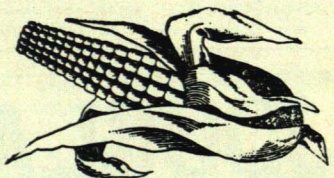
Departamento Acetileno
 Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera a \$ 17 los kilos 100 netos — Quemadores Hansen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL a caída de carburo en el agua— Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles
 Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Puro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.
 Más de 30 son los aparatos colorados
 Carga de k 1 a k 50 — Valor: de \$ 10 a \$ 250

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{nos}.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior a las Maizenas conocidas.
 Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.
 Agente General,
 Conde Hermanos. Carlos Orta Ibarra.

EL APIOL de los D^{ras} JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

adquirir un ratón, y no exigiendo una alimentación costosa su mantenimiento, era cosa de intentar sacar partido de esta fuerza motriz, encontrando una fabricación a la cual pudiera aplicarse. Comprobó que tal idea daba el mejor resultado en la fabricación del hilo de coser. Es necesario advertir que el primer ratón que había utilizado era un andarín infatigable, pues recorría 29 kilómetros por día. Pero por término medio se puede contar con un recorrido de 23 kilómetros al menos.
 Nuestro hombre tuvo durante dos años a dos ratones que trabajaban. En cinco semanas, uno de estos pequeños trabajadores involuntarios, hacía 3.350 hilos de 0^m625; si se hubiese evaluado su trabajo, tomando por base el salario que percibían las mujeres empleadas en las máquinas, se habría visto que ganaba al año más de nueve francos.
 Esto dejaba un lindo beneficio, aun tenien-

do en cuenta la amortización é interés de las ruedas y demás aparatos mecánicos.
 Hatton se preparaba ya a habilitar una antigua catedral abandonada, y a instalar allí 10.000 ratones, cuando murió de repente.
El sol y la longevidad
 Al decir de un estadístico alemán, la proporción de centenarios es mucho mayor en las regiones cálidas de Europa que en las frías. Francia sólo cuenta con 213 centenarios é Inglaterra con 146. Escocia, Suecia y Noruega, tan frecuentadas por los turistas, no tienen más que 16; 10 y 23 centenarios, respectivamente. Bélgica posee 5, y Dinamarca 2; Suiza no tiene más que uno.
 En cambio, en España y en Servia, países no muy ricos en dinero, pero potentados en lo que a sol se refiere, tiene la primera 401 y la segunda 575, y eso que no cuenta más que dos millones y medio de habitantes.

Útil y agradable.—Dice el doctor Narciso de la Rosa, buen facultativo de Caracas:
 «Hace algunos años que uso con frecuencia la Emulsión de Scott, y me es grato manifestar que no he tenido nunca ocasión de arrepentirme de su favorable acción. Es un preparado útil y agradable, de tal manera que los niños y aun las personas de estómago delicado lo toman sin ninguna repugnancia. En la escrofulosis, al principio de la tuberculosis, y como reconstituyente de los organismos debilitados por enfermedades agudas, la Emulsión de Scott es una preparación de gran mérito.»

¿Se podrá acabar la guerra ruso-japonesa?
 Una gran incógnita se presenta a los entendidos en el arte de la guerra con motivo de la actual ruso-japonesa.
 ¿Se podrá concluir por medio de hechos de armas?
 ¿Cómo se explica la duda?
 Los que tal piensan, recuerdan que cuando la guerra del Transvaal se decía que aquella tendría que acabarse a la fuerza militar? No. A la fuerza, por carecer de municiones los boers, porque habría de llegar el momento en que se les agotasen y de no poder proporcionarse nuevas cantidades.

GOTA
LICOR
 DEL DR.
LAVILLE
 CLIN Y COMAR - PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS
REUMATISMOS

Libros de Registro para 1905

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadración, están de venta en esta Empresa.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 AR-UGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc. N. St-Denis

Contra
 las
ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
 no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL DR CLIN
 al Bromuro de Alcanfor
 CLIN & COMAR - PARIS
 y en las Farmacias 636



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA
Phosphadine Fullié
 es un alimento completo
 DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida
 Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas
 Alimentación natural de los niños
 Nutrición de los convalecientes
 En el raquitismo y en la anemia
 Embarazos y dentición
 En las diarreas y afecciones intestinales
Precio en toda Venezuela:
 Pote grande Bs. 2,50
 Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
 De venta en los principales establecimientos de la República

Ahora ocurre una cosa análoga con los japoneses. Casi todos los cañones que poseen los japoneses han sido hechos en Inglaterra por fabricantes particulares con un metal ordinario que no ofrece la resistencia que se exige en todos los países para los cañones de las marinas militares. Además, los hijos del Imperio del Sol naciente usan la *cordita*, que es un explosivo á base de nitroglicerina, el cual produce tales efectos corrosivos en las piezas de artillería, que muchas naciones han renunciado á su uso.

La *cordita* da una velocidad inicial extraordinaria, pues sobrepuja en un 10 por 100 á la de otras pólvoras á base de nitrocelulosa; pero el metal del cañón se estropea tan rápidamente, que al cabo de 75 á 80 disparos con toda la carga, no es posible tirar con la precisión requerida. Por esta causa, en tiempo de paz los japoneses sólo empleaban la mitad de la carga; pero desde hace tres meses, para que los proyectiles puedan desarrollar toda su potencia destructiva, hay que dispararlos con toda la carga.

Calculando que ya se ha desgastado una

EXIJAN Vds.
 sobre cada PILDORA BLANCA las palabras:
 DEHAUT A PARIS impresas en negro.
 Las **PILDORAS**
 Purgativas y Depurativas
 del Doctor
DEHAUT
 se toman
al comer.
 Ningun Regimen. No más Dieta.
 Las menos **COSTOSAS**
 para que son
 las más activas.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
 SIEMPRE SON INMEJORABLES

tercera parte de su artillería en tres meses, sólo le quedan seis de vida; y luego, ¿podrán comprar nuevos cañones si la guerra continúa? En caso negativo, todas sus victorias presentes se convertirían en gravísimas derrotas.

Debilidad del sexo fuerte

Las estadísticas acusan que, para los países de la Europa occidental, nacen de 1.040 á 1.060 niños por cada 1.000 niñas.

Pero la misma estadística nos dice que el número de mujeres que existe sobrepuja al de hombres. Relacionando ambos hechos, se impone concluir de ellos que, naciendo más hombres que mujeres, y quedando más mujeres, es porque hay un exceso de mortalidad masculina. No hay otra solución, aparte de que existe conformidad sobre el asunto.

Pero, ¿á qué es debido este exceso de mortalidad masculina?

Los maliciosos aseguran que reconoce por causa los vicios. Sin duda que algo de cierto hay en tal afirmación; no es el respeto á la higiene la norma de nuestra existencia, ni mucho menos: gran número de hombres mueren prematuramente por intemperancias diversas. Pero es que sucede otra cosa: la mortalidad masculina es mayor que la femenina en la edad en que los vicios no se han apoderado aún de nosotros, y á una edad en que

INFLUENZA ★ RACHITIS
 ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

el género de vida, el medio y las dificultades especiales no existen en el hombre.

Es, en efecto, evidente que la mortalidad masculina es muy superior á la femenina durante la menor edad, principalmente en los dos primeros años. Todas las enfermedades de la infancia, excepción hecha de la difteria y de la pertusis, producen entre los niños mayores estragos que entre las niñas. Hasta los cinco años, el sexo masculino es especialmente frágil: el hombre es un animal sumamente delicado. Tal es la afirmación á que conducen los hechos.

La fragilidad del hombre es cierta. Sin duda alguna, la trae consigo al nacer.

Una invasión de mariposas

Si bien es verdad que todas las invasiones de bichos son odiosas, tratándose de ratones, sapos, conejos, etc., de vez en cuando hay otras que son hasta poéticas. Aún no hace muchos días los habitantes de Granville, población francesa del Departamento de la Mancha, han sido sorprendidos por un espectáculo

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
París, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA

Por Felipe Tejera

Avisamos al público que ya está en prensa en los talleres de la Empresa El Cojo la 4ª EDICION de esta importante obra didáctica que ha sido aceptada como texto en los Colegios y Escuelas de la República; y que esta Edición está notablemente corregida y aumentada y lleva la narración histórica hasta el fin del siglo XIX.

encantador: una invasión de mariposas blancas, con la particularidad de que dichos insectos no han tomado tierra.

Durante dos días la superficie del mar estuvo cubierta completamente por estos preciosos lepidópteros, que revoloteaban á miríadas y tan apretadas, que producía su vista la ilusión de una borrasca de nieve.

La invasión se extendía hasta las islas Chausey, es decir, á más de 17 kilómetros, y aun más allá de las islas se encontraron algunas bandadas.

¿De dónde pudo venir este ejército de mariposas? ¿Qué iba á hacer en el mar, el cual, cubierto de grandes bancos blancos, recordaba las nieblas en formación?

A los dos días de presentarse las mariposas fueron arrastradas hacia alta mar por los vientos del Este, pero luego cambiaron éstos de dirección, y no han vuelto á tierra ni tampoco las olas han traído á la costa ninguna mariposa muerta.

Sería curioso saber qué ha sido de estas bafistas de nuevo género.

¿Se cura ó se provoca la rabia con el tratamiento Pasteur?

El doctor Boucher, cuyos trabajos sobre la vivisección y la antivacunación son bien conocidos, sostiene en el *New York Herald* que «las inoculaciones antirrábicas no sólo no curan ni previenen la rabia, sino que la provocan bajo dos formas, la primera espasmódica, y la segunda paralítica, con todos los caracteres de lo que se llama rabia de laboratorio».

¿Qué contiene el famoso suero?, se pregunta. El virus de la rabia considerablemente atenuado, y nada más. Entre las personas que se envían á los Institutos antirrábicos por haber sido mordidas, hay, indudablemente, un gran número que no tienen el menor germen de rabia; á éstos se les inocular también el virus, y aunque esté debilitado, su acción depende de la impresionabilidad del sujeto: para unos, el efecto de la inoculación será

nulo; pero para otros, que estén en buenas condiciones de recepción, el virus puede producir efecto y engendrar la rabia. Por eso, desde que se practica la inoculación, la hidrofobia, sin exageración, se ha duplicado.

Antes de la existencia del Instituto Pasteur, según Charcot, no morían en Francia de hidrofobia más que treinta personas al año; las cifras oficiales dadas por Lutaud atestiguan en 1890, que en los 5 primeros años del tratamiento antirrábico, el promedio anual de los fallecimientos ha sido 38; y desde entonces, la hidrofobia ha seguido aumentando, llegando los fallecimientos al promedio de 45 á 50. Lo mismo ha sucedido en Italia: antes de 1886 morían de 60 á 65 hidrófobos, y hoy el promedio es de 85. En Inglaterra, sin más que el empleo juicioso del bozal, la cauterización y el baño Brisser, las defunciones por hidrofobia han bajado, desde 1886 hasta hoy, de 30 que eran, á 10 que son en la actualidad.

«Lo que puedo decir—termina declarando el doctor Boucher—es que la labor de Pasteur, basada sobre las inoculaciones de los virus, es mortal. Sus conclusiones son falsas, más que falsas, groseramente erróneas, y han sido aceptadas, sin embargo, porque eran consoladoras».

Las heridas causadas por el fusil japonés

Bien sabido es que los japoneses usan el fusil Meiji, y los acontecimientos actuales han hecho ver, que bien saben manejarlo y servirse de él.

Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes
Teléfono 686 CARACAS
GATHMANN HNOS.
Joyería - Relojería - Casa de Óptica

Surtido más completo



Garantía absoluta



Trato más esmerado

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

y la Dirección al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Para la época en que fue propuesto este fusil en competencia con otros modelos, un médico japonés, de nombre Kikuchi, hizo de la arma dicha un grande elogio, y aseguró más de una vez, que el mencionado fusil era preciosa adquisición, como que tenía un poder considerable para paralizar al enemigo causándole heridas, no obstante, pero de tal naturaleza, que podían fácilmente curarse. Es un fusil que tiene la ventaja de contener, sin matar necesariamente en el acto, y que sólo pone al hombre que ha herido en la impotencia de continuar las hostilidades; es en suma un fusil soberbio, que anula, indudablemente, el ímpetu y la actividad del agresor. De hecho quedó adoptado el fusil Meiji. Es el que sirve hoy en las presentes campa-



ñas; y el doctor Kikuchi, que es cirujano militar en el Grande Estado Superior del ejército japonés, ha publicado estos días un informe, del cual resulta, que las previsiones que él formuló, están hoy plenamente confirmadas y autorizadas.

El fusil Meiji encierra un poder de detención extraordinario, lo cual se debe á que la bala corta por derecho las venas y las arterias, sin producir desgarraduras sajadadas, y pueden aquéllas cerrarse por sí mismas.

Gracias al corte ó sección de esa naturale-

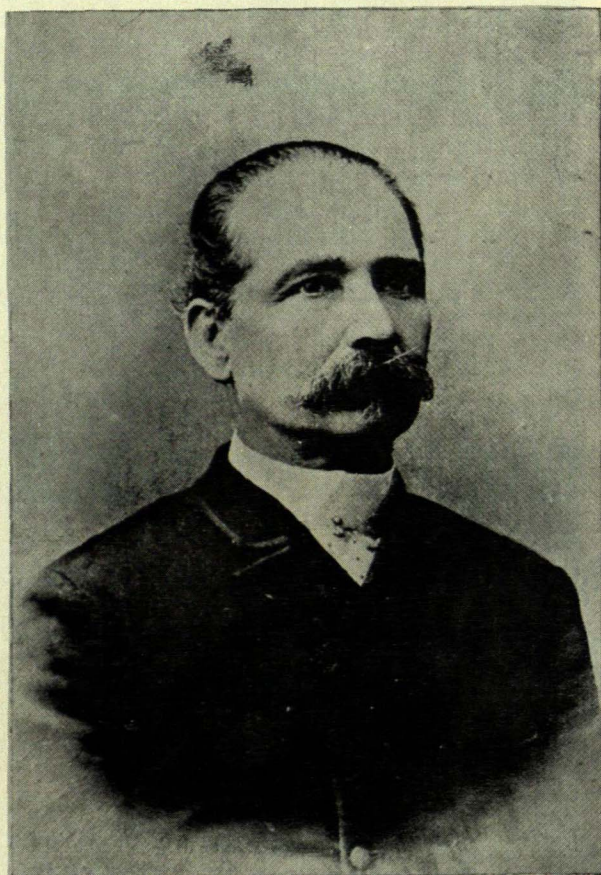
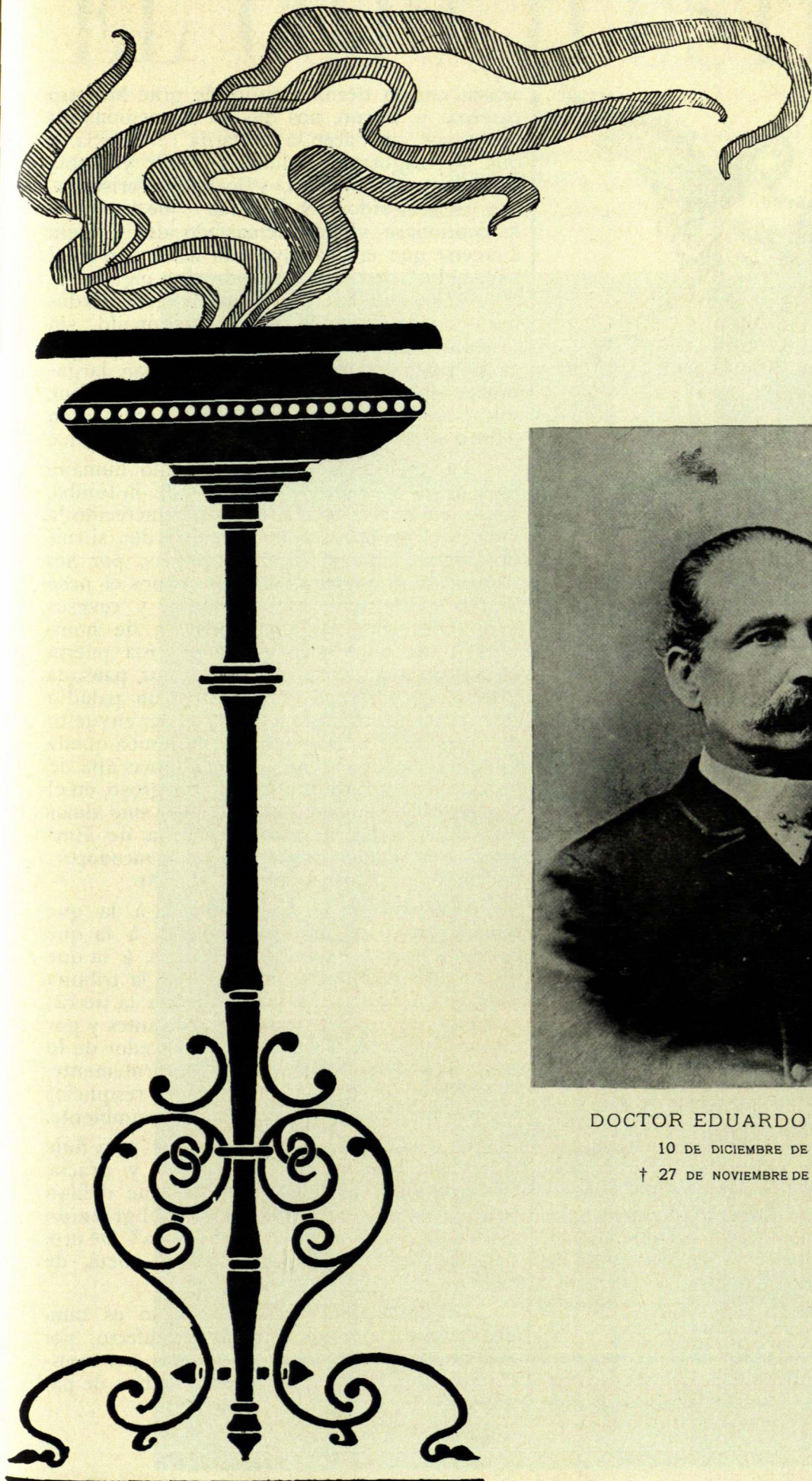
za, sobreviene una hemorragia abundante; esta hemorragia incapacita al herido de proseguir sus operaciones, y queda en el instante como petrificado.

Pero en cambio, la herida se cura muy bien. El profesor Kikuchi que ha asistido á muchísimos rusos heridos en la batalla del Yalou, ha comprobado que al cabo de cuarenta días, estaban los heridos,—aun más graves,—en plena convalecencia.

Había sido herido uno de ellos en el pulmón, y había arrojado por este órgano una

cantidad considerable de sangre. Pocos días más tarde estaba enteramente bueno y sano, y así, de muchísimos otros.

La conclusión relativa á los méritos del fusil Meiji, queda extensamente confirmada, con las observaciones que los rusos mismos han hecho en aquellos de sus heridos que han tratado en los hospitales militares, y en la Cruz-Roja. Allí han visto curarse en brevísimo tiempo, varios soldados que tenían el hígado traspasado, y muchos, muchos, á quienes las balas les habían atravesado la cabeza.



DOCTOR EDUARDO CALCAÑO

10 DE DICIEMBRE DE 1831

† 27 DE NOVIEMBRE DE 1904



NUESTRO DUELO



A Dirección y Redacción de EL COJO ILUSTRADO visten luto estos días, por la misma íntima desgracia que lo deben llevar la Patria, las letras americanas y la sociedad de Caracas.

Para nuestro afecto, para nuestras diarias delectaciones de espíritu, para nuestra salud de alma, es preciso decir que EDUARDO CALCAÑO ha muerto . . . Muerto para la visión material de su familia, de sus amigos, de la sociedad, de los pensadores. No, ni puede jamás, para la admiración, para la veneración, para el inextinto holocausto de los que saben y sienten quiénes son, genuinamente, realmente, gloriosamente, los representantes de excelencia y alteza del honor, de los blasones ilustres y del orgullo fiero de la grandeza nacional.

EDUARDO CALCAÑO ha sido, la mañana de su muerte, un triunfador. Sonriente, sereno, amable y dulce, con su suave gesto de grande

artista, con su tierna actitud de gran Maestro paternal y bueno, nos dió su despedida, diciéndonos,—al hacer la gallarda reverencia,—que su inagotable caridad de vivir ya había sido bastante pródiga, y lealmente cristiana, con los adoloridos por la Vida; que temía se le continuase viendo demasiado alto, y fuera á creerse que era la suya una ascensión cruel para el bullicio de la muchedumbre pigmea . . . Y lo único que ha tenido que hacerse perdonar,—su viaje,—se lo hemos perdonado, sin preguntar á la incansable Fatalidad porque es despiadada, pues recordamos cuan largamente fué misericordiosa, permitiendo que nuestros días menos brumosos contuviesen dentro su nébula el rescoldo de aquella alma.

La enfermedad llamada miedo humano hace negra y temerosa la puerta de la tumba, acaso porque se sienta no haber merecido la vida, si feliz, por ser un dón absurdo; si ruidosamente llena de peleas egregias, por ser demasiado grave para hombros enanos el peso de la gloria que erigen triunfos y reveses magníficos sobre la ínfima estatura de hombres. Y hé aquí que cuando por esa puerta ha pasado una densa columna de luz, pausada y solemne como una grande alba, un paladín de excepción, eterizado á fuerza de ser envuelto en resplandores, esa puerta de la tumba queda vibrando en fulgescencia y señala más allá de su marco un seno insondable y milagroso, en el cual parece no puedan ser contenidas sino almas especiales, hechas de pura substancia de Empíreo. Por ahí no pasan sino los vencedores: por ahí ha pasado EDUARDO CALCAÑO.

Vencedor de la Vida misma, á la que domeñó para su imperio personal, á la que enseñó á hablar en músicas divinas, á la que disciplinó en actitudes insignes, en la tribuna y en el bufete, para sal y luz de la tierra; vencedor de competencias intemperantes y por tal intemperancia, formidables. Vencedor de lo fatal, irguiendo lentamente, pero firmemente, su cabeza—tabernáculo, por entre los resquicios y por sobre la vulgaridad asediante y ambiente.

Orador, él descogía sus labios para fluir maravillas, cuando, lleno de piedad y gracia, temía por la intensidad de dolor que debían padecer los que eran forzados á oír el graznido estridente de los rapaces. ¿Su pluma? De oro, de seda, como uno de los cisnes del poeta, de armiño . . .

El dolor de la familia Calcaño es también nuestro, por los vínculos del afecto, por la comunión en las letras americanas, por nuestra relación social, por nuestro deber de patriotas.